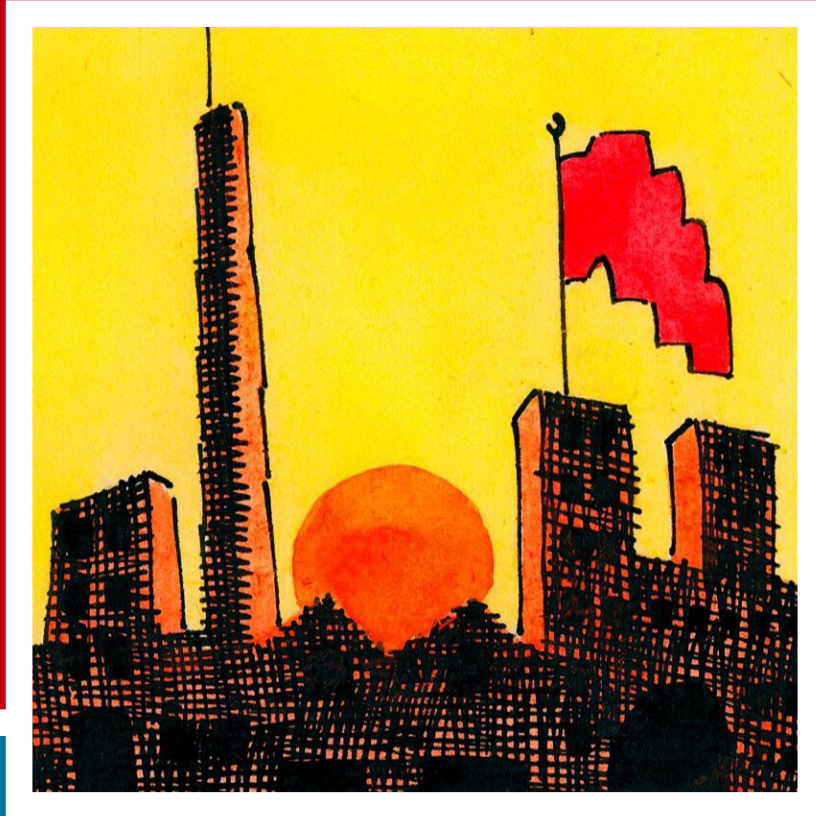


REVOLUCIÓN SOCIALISTA Y ANTIPARLAMENTARISMO

GYÖRGY LUKÁCS



**REVOLUCIÓN SOCIALISTA Y
ANTIPARLAMENTARISMO**

GYÖRGY LUKÁCS

EDICIONES UNO EN DOS



Este libro no se hizo para languidecer en una estantería o en una carpeta de ordenador. Por ello te animamos a que lo compartas o hagas tu propia versión, y te lo lleves de viaje allá donde desees.

Primera Edición, Madrid, 2024.

info@unoendos.net

<https://unoendos.net>

Ahora que está en tus manos, este libro es
instrumento de trabajo para construir tu educación.
Cuídalo, para que sirva también a quienes te sigan.

ÍNDICE

ADVERTENCIA	8
DEL PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN EN ITALIANO DE <i>HISTORIA Y CONCIENCIA DE CLASE</i>	10
GYORGY LUKÁCS. <i>KOMMUNISMUS</i> 1919-1921	15
EL PROBLEMA DE LA ORGANIZACIÓN DE LOS INTELLECTUALES	16
LA ÚLTIMA SUPERACIÓN DEL MARXISMO	20
SOBRE LA CUESTIÓN DEL PARLAMENTARISMO	22
CUESTIONES ORGANIZATIVAS DE LA III INTERNACIONAL	30
LA MISIÓN MORAL DEL PARTIDO COMUNISTA	38
BLOQUEO CAPITALISTA, «BOICOT» PROLETARIO	43
OPORTUNISMO Y PUTSCHISMO	50
LA CRISIS DEL SINDICALISMO EN ITALIA	56
KASSEL Y HALLE	64
VIEJA Y NUEVA <i>KULTUR</i>	71
EL CONGRESO DEL PARTIDO COMUNISTA ALEMÁN	82
NACIONALBOLCHEVISMO UCRANIANO	85
ANTE EL TERCER CONGRESO	88
INTRODUCCIÓN AL TRABAJO DE LUKÁCS SOBRE BUJARIN	98
TECNOLOGÍA Y RELACIONES SOCIALES	101
EL PAPEL DE LA TECNOLOGÍA	103
LA CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO	104
SOCIOLOGISMO E HISTORIA	105

PREDICCIÓN Y PRÁCTICA	107
EL GRAN INTELLECTUAL FRENTE AL PROCESO HISTÓRICO	109
TEXTO DE LA ENTREVISTA A LUKÁCS	118
KOMMUNISMUS	130
NOTAS	132

ADVERTENCIA

Órgano de la Tercera Internacional para los países danubianos, «*Kommunismus* es una revista *ejemplar* de la tentativa de mediación entre la ideología de la izquierda comunista alemana, y centroeuropea en general, y el leninismo soviético».

En sus dos años de vida, entre el segundo y el tercer congreso de la Internacional, *Kommunismus* incorporó numerosas contribuciones de Lukács —del Lukács que estaba preparando los ensayos de *Historia y conciencia de clase*—, que giraban todas en torno al problema de aquella mediación.

Pero este núcleo central de la problemática lukacsiana de entonces, de su actividad política más «directa», debe ser encuadrado históricamente en todo el debate sobre la *Organisationsfrage* (el problema de la organización): sobre el problema del partido que, si compromete a todo el movimiento obrero europeo solamente con la Primera Guerra Mundial, ya con el debate sobre el revisionismo de Bernstein, ya con las posiciones sociológicas más próximas a la socialdemocracia alemana, ya con los escritos de Luxemburg, había emergido con toda claridad.

Frente a estos nudos los ensayos políticos de Lukács, muchos de los cuales no están aún recogidos en sus obras completas editadas por Luchterhand de Berlín, tienen un valor *conclusivo*, en el sentido de que ellos demuestran la falencia del punto de vista tanto de la izquierda comunista europea como del leninismo soviético. Y demuestran esta falencia no únicamente en el terreno de las contradicciones teóricas, sino en el de la iniciativa organizativo-política, de la construcción de la organización.

Pero el espesor de estos ensayos lukacsianos no es mensurable únicamente en el interior de la historia del movimiento obrero europeo en sí y por sí. *Dentro* de ellos está todavía el Lukács próximo a Simmel y a Weber. La síntesis continuamente intentada de izquierda comunista y leninismo se entrelaza con la utopía del redescubrimiento de la gran *Kultur* burguesa *en el terreno del marxismo*. Y esta utopía vive hasta en sus ensayos más directamente políticos. No existe «cuestión de detalle» que no sea controlada y dirigida por esa utopía.

Cada uno de estos temas —desde la «armonía» *Kultur*-marxismo hasta la de Lenin-Europa, desde las relaciones entre *Soziologie* y movimiento obrero, hasta las existentes entre socialdemocracia e izquierda comunista— es el inicio de una *tradición*. La actualidad de estos ensayos lukacsianos consiste en la «actualidad» que tiene para nosotros el origen de esta tradición, todavía *actuante* en todas sus variantes. Y es precisamente su *crítica de conjunto*, lo que aquí nos interesa.

Tal como se refleja en el artículo incluido con apéndice, Lenin no manifestaba simpatías por la revista *Kommunismus*, ni por las posiciones de Lukács

y de Béla Kun. Y sin embargo, la revista se presenta con el propósito declarado de mediar leninismo e izquierda comunista europea. En esto inaugura una tendencia, toda una serie de motivos ideológicos. El hecho de que Lenin incluyese a la revista en su crítica de la izquierda comunista en su conjunto, demuestra a su vez su absoluta distancia teórica frente a la propuesta mediadora de la revista.

Los artículos incluidos en este volumen cubren un período que va desde la entrada en vigor del tratado de paz en enero de 1920 hasta el III Congreso de la Internacional, en julio de 1921. El *centro* es el III Congreso: el tema de la organización revolucionaria europea y la lucha política en torno a esto. La escisión del KPD, la escisión de la USPD, el VKPD, la crisis del SPD en la primera mitad de 1919 —y todo esto a la luz de la crisis de conjunto del «sistema weimariano», irreversible luego del *putsch* de Kapp—, tales son los acontecimientos analizados en los diversos artículos incorporados por Lukács a la revista. *Kommunismus* encarna la lógica de la izquierda comunista europea frente a estos acontecimientos: una determinada interpretación de la línea del II Congreso, como línea de la *autonomía* comunista, de la «educación» de la conciencia comunista «pura». Su silenciamiento después del III Congreso fue *inevitable*.

Los artículos de Lukács fueron publicados en el siguiente orden:

Zur Organisationsfrage der Intellektuellen, n. 3, 1920, pp. 14-18.

Die neueste Überwindung des Marxismus, n. 5, 1920, pp. 115-156.

Zur Frage des Parlamentarismus, n. 6, 1920, pp. 161-172.

Organisationsfrage der Dritten Internationale, n. 8-9, 1920, pp. 238-250.

Die moralische Sendung der kommunistischen Partei, n. 16-17, 1920, pp. 482-488.

Kapitalistische Blockade, proletarische Boykott, n. 25-26, 1920, pp. 847-854.

Opportunismus und Putschismus, n. 32, 1920, pp. 1107-1115.

Die Krise des Sindikalismus in Italien, n. 40, 1920, pp. 1432-1440.

Kassel und Halle, n. 41-42, 1920, pp. 1466-1473.

Ante und neue Kultur, n. 43, 1920, pp. 1538-1549.

Der Parteitag der KPD, n. 44, 1920, pp. 1561-1564.

Ukrainischer Nationalbolschewismus, n. 5-6, 1921, pp. 185 ss.

Vor dem dritten Kongress, n. 17-18, 1921, p. 583.

Vale decir que, excepto tres ensayos que aparecieron luego en *Historia y conciencia de clase* (*Klassenbewusstsein; Legalität und Illegalität* y *Rosa Luxemburg als marxist*), en el presente volumen editamos la totalidad de los artículos escritos por György Lukács para la revista *Kommunismus*.

Además del mencionado artículo de Lenin, incluimos como apéndice el texto de la última entrevista concedida por Lukács, precedida de una introducción de Cesare Luporini donde se destacan la fecundidad aún no agotada del pensamiento de Lukács y su intento por desarrollar la teoría en momentos de marcado estancamiento teórico a pesar de las ricas experiencias prácticas del proletariado, en suma el papel que un gran intelectual desempeñó frente al proceso histórico.

DEL PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN EN ITALIANO DE *HISTORIA Y CONCIENCIA DE CLASE*

Gyorgy Lukács |

[...] Solo con la Revolución rusa se abrió, también para mí, una perspectiva de futuro en la realidad misma, ya con la caída del zarismo, pero todavía más con la caída del capitalismo. Nuestro conocimiento de los hechos y de los principios era por entonces muy escaso y muy poco de fiar, pero a pesar de ello vi que —¡por fin!, ¡por fin!— se abría un camino para la humanidad que le permitía salir de la guerra y del capitalismo. Es verdad que ni siquiera al hablar de aquel entusiasmo tiene uno derecho a embellecer el pasado. Yo también —pues que estoy hablando en estas páginas en mi propio proceso— sufrí una breve transición, cuando la vacilación última ante la decisión definitiva —definitivamente justa— produjo una fracasada cosmética espiritual adornada con argumentos de abstracto y mal gusto. Pero eso fue pasajero, y la decisión irrefrenable. El breve ensayo *Taktik und Ethik* [Táctica y ética] muestra los motivos humanos internos de aquella fase.

No hay mucho que decir acerca de los pocos escritos de la época de la República Soviética Húngara y su preparación. Estábamos muy poco preparados intelectualmente para dominar aquellas grandes tareas, también yo, o acaso yo menos que ninguno; el entusiasmo intentó sustituir a trancas y barrancas el saber y la experiencia. Me limitaré a indicar un solo hecho, pero muy importante en este contexto: no conocíamos apenas la teoría de la revolución de Lenin, su esencial continuación del marxismo en estas cuestiones. Lo único entonces traducido y accesible a nosotros eran unos pocos artículos y folletos, y los húngaros que participaron en la Revolución rusa eran personas de escasa disposición teórica (como Szamuely) o bien muy decisivamente influidos en la teoría por la oposición rusa izquierdista (como Béla Kun). Hasta mi período de emigración en Berlín no conseguí un conocimiento sólido de Lenin como teórico. Por eso en mi pensamiento de la época hay un dualismo contradictorio más. Por una parte, yo no era capaz de tomar una actitud de principio acertada ante peligrosos y básicos errores oportunistas de la política de entonces, como, por ejemplo, la solución puramente socialdemócrata de la cuestión agraria. Por otra parte, y en el otro extremo, mis propias tendencias intelectuales en el terreno de la política cultural me llevaban por una abstracta dirección utópica [1]. Hoy, casi medio siglo después, me asombra el que en este terreno consiguiéramos dar vida a un número relativamente grande de

cosas merecedoras de continuación. (Por mantenerme en el terreno de la teoría, querría observar que los dos trabajos *¿Qué es el marxismo ortodoxo?* y *El cambio funcional del materialismo histórico* recibieron en esta fase su primera versión. Los reelaboré, ciertamente, para su inclusión en *Historia y conciencia de clase*, pero no alteré en nada su orientación básica).

El período de emigrante en Viena abrió ante todo una época de aprendizaje. Esto se refiere principalmente al conocimiento de las obras de Lenin. Se trata, desde luego, de un aprendizaje que no se separó en ningún momento de la actividad revolucionaria. Había ante todo que revitalizar la continuidad del movimiento obrero revolucionario en Hungría, hallar consignas y medidas que parecieran adecuadas para preservar y fomentar sus características incluso bajo el terror blanco, para defenderle de las calumnias de la dictadura —de las reaccionarias igual que de las socialdemócratas— y para abrir al mismo tiempo una autocrítica marxista de la dictadura del proletariado. Al mismo tiempo fuimos absorbidos en Viena por el torrente del movimiento revolucionario internacional. La emigración húngara era por entonces tal vez la más numerosa y la más dividida, pero no la única. Muchos hombres de los Balcanes y de Polonia vivían como emigrantes en Viena, permanente o transitoriamente; Viena era además un punto de tránsito internacional en el cual nos encontrábamos constantemente con comunistas alemanes, franceses, italianos, etc. No puede sorprender que en esas circunstancias naciera en Viena la revista *Kommunismus*, que por algún tiempo fue un órgano capital de las corrientes ultraizquierdistas de la III Internacional. Además de los comunistas austríacos y de los emigrantes húngaros y polacos, que formaban la dirección interna y el cuerpo de colaboradores permanentes, simpatizaban con los esfuerzos de la revista los ultraizquierdistas italianos, como Bordiga y Terracini, los holandeses, como Pannekoek y Roland Holst, etc.

El dualismo de las tendencias de mi desarrollo, del que ya he hablado, culminó propiamente en esas circunstancias, y consiguió además una nueva forma de cristalización curiosamente dúplice, teórica y práctica. Como miembro del colectivo interno de *Kommunismus*, tomé activamente parte en la elaboración de una línea político-teórica «izquierdista». Se basaba en la fe, por entonces aún muy viva, en que la gran oleada revolucionaria que en poquísimos tiempo iba a llevar el mundo entero al socialismo, o, por lo menos, Europa sin excepción, no había quedado en modo alguno detenida por las derrotas de Finlandia, Hungría y Baviera. Acontecimientos como el *putsch* Kapp, o las ocupaciones de las fábricas en Italia, o la guerra polaco-soviética, y hasta la misma Acción de Marzo, nos confirmaban en esa convicción de que la revolución mundial se estaba acercando velozmente, de que el entero mundo civilizado iba a quedar pronto transformado totalmente. Está claro que al hablar del sectarismo de los años veinte no se le debe confundir con la variante de sectarismo que ha conocido la práctica estaliniana. El sectarismo estalinista se propone ante todo proteger las relaciones de poder dadas contra toda reforma, o sea, que es un sectarismo de objetivos conservadores y de carácter burocrático en sus métodos. El sectarismo de los años veinte, por el contrario, tenía objetivos mesiánicos y utópicos, y sus métodos revela-

ban tendencias básicas categóricamente antiburocráticas. Por lo tanto, esas dos tendencias que hoy conocemos con el mismo nombre no tienen más que el nombre en común, mientras que internamente representan una tajante contraposición. (Que ya por entonces se introdujeron en la III Internacional usos burocráticos, por obra de Zinóviev y sus discípulos es, desde luego, tan indiscutible como el hecho de que los últimos años de Lenin, al final de su enfermedad, estuvieron gravados por la angustiada preocupación acerca de los modos de combatir la creciente burocratización espontánea de la República de los Soviets o Consejos, sobre la base de una democracia proletaria. Pero también en este punto se puede apreciar la contraposición entre los sectarios de hoy y los de entonces. Mi artículo acerca de las cuestiones de organización en el partido húngaro está dirigido contra la teoría y la práctica del discípulo de Zinóviev que fue Béla Kun).

Nuestra revista servía al sectarismo mesiánico por el procedimiento de elaborar ante cualesquiera cuestiones los métodos más radicales posibles y proclamando en todos los terrenos una ruptura total con todas las instituciones, formas de vida, etc., procedentes del mundo burgués. De este modo se quería desarrollar hasta mayores alturas la auténtica conciencia de clase de la vanguardia, en los partidos comunistas, en las organizaciones juveniles comunistas. Mi artículo polémico contra la participación en los parlamentos burgueses es un ejemplo típico de esta tendencia. Su destino —la crítica a que lo sometió Lenin— me permitió el primer paso hacia la superación del izquierdismo. Lenin me mostró en efecto la diferencia decisiva, incluso la contraposición que se da en esta cuestión: que de la superación histórico-universal de una institución —por ejemplo, la del Parlamento por los Soviets— no se sigue en modo alguno la recusación de una participación en la primera, sino al contrario. Esta crítica, cuyo acierto comprendí inmediatamente, me obligó a enlazar mis perspectivas históricas de un modo más diferenciado y más mediado con la táctica de la lucha cotidiana, y significó, pues, para mí el comienzo de una transformación de mis concepciones, aunque todavía dentro de una imagen del mundo que en lo esencial seguía siendo sectaria. Esto se manifestó un año más tarde, cuando, aun viendo ya críticamente algunos errores tácticos de la Acción de Marzo, sin embargo, seguí aprobándola en su conjunto de un modo acríticamente sectario [2].

Precisamente por eso se manifiesta rotundamente el dualismo temática e íntimamente contradictorio de mis concepciones políticas y filosóficas de la época. Mientras que en la vida internacional podía dar rienda suelta a toda la pasión intelectual de mi mesianismo revolucionario, el movimiento comunista que poco a poco se iba reorganizando en Hungría me recababa decisiones cuyas consecuencias generales y personales inmediatas y a plazo largo, había de registrar constantemente y tomar como fundamento de las decisiones siguientes. Ya me había encontrado en una situación así, como es natural, durante la República de los Consejos Húngaros. Y la necesidad de no orientar exclusivamente el pensamiento por las perspectivas mesiánicas impuso ya entonces más de una resolución realista, tanto en la Comisaría del Pueblo para la Instrucción cuanto en la división del ejército cuya dirección política

era de mi competencia. Al choque con los hechos, la obligación de estudiar lo que Lenin llamaba «el eslabón siguiente de la cadena», se hizo ahora incomparablemente más inmediata e intensa que en cualquier momento anterior de mi vida. Precisamente el carácter aparentemente empírico puro del contenido de esas decisiones tuvo consecuencias importantes para mi actitud teórica. Había que coordinar esta con las situaciones y las tendencias objetivas; si se quería llegar a una decisión de principio correctamente fundada, no era posible detenerse nunca ante la facticidad inmediata, sino que había que esforzarse siempre por descubrir las mediaciones, a menudo muy ocultas, que habían producido la situación, y, ante todo, había que intentar prever aquellas otras mediaciones que, partiendo de la situación conseguida, iban probablemente a surgir de ella, determinando la práctica futura. La vida misma me impuso, pues, con estos problemas, un comportamiento intelectual que a menudo se encontró en contradicción con mi mesianismo revolucionario, utópico, idealista.

El dilema se agrió todavía más por el hecho de que en la dirección práctica del partido húngaro se situaba, como contrapartida, otro sectarismo, este ya de tipo moderno, burocrático, encarnado por el grupo de Béla Kun, verdadero discípulo de Zinóviev. En un plano puramente teórico, habría podido rechazar sus concepciones mostrando su naturaleza pseudo-izquierdista; pero concretamente sus propuestas no se podían combatir sino apelando a la realidad cotidiana, a menudo muy prosaica, y solo enlazable con la gran perspectiva de la revolución mundial gracias a una amplísima cadena de mediaciones. Como tantas otras veces a lo largo de mi vida, también en esta tuve personalmente suerte; encabezando la oposición contra Béla Kun se encontraba Eugen Landler, hombre de inteligencia superior, no solo —aunque sí sobre todo— práctica, sino también dotada de sensibilidad para con los problemas de teoría, especialmente si estos se ligaban, por mediatamente que fuera, pero de un modo real, con la práctica revolucionaria; era un hombre cuya más profunda actitud interior estaba siempre determinada por su muy íntima vinculación con la vida de las masas. Su protesta contra los proyectos burocráticos y a la vez aventureros de Béla Kun me convenció desde el primer momento, de modo que desde que estalló la lucha de fracciones estuve permanentemente a su lado. Sin poder entrar aquí ni en los detalles más importantes —de interés, a menudo, incluso teórico— de aquellas luchas internas del partido, me limitaré a llamar la atención sobre el hecho de que la escisión metodológica de mi pensamiento culminó ahora en una escisión no solo teórica, sino también práctica: en las grandes cuestiones internacionales de la revolución seguí siendo miembro de las tendencias ultraizquierdistas, mientras que en cuanto miembro de la dirección del Partido Comunista de Hungría me convertí en encarnizado enemigo del sectarismo. La contradicción se reveló de modo particularmente craso en la primavera de 1921. En la política húngara defendí, siguiendo a Landler, una línea antisectaria y, sin embargo, en el terreno internacional figuré como defensor teórico de la Acción de Marzo. Con eso llegué al punto culminante de esa simultaneidad de tendencias contrapuestas. Al profundizarse las diferencias en el seno del partido húnga-

ro y al comenzar a notarse de nuevo los primeros movimientos de nueva vida del proletariado radical de Hungría, aumentó como era natural, en mi pensamiento la fuerza de las tendencias teóricas dimanantes de ese hecho, desde luego que sin llegar todavía a conseguir, en ese primer nivel, una superioridad que determinara el resto de mis ideas, pese a lo mucho que la crítica de Lenin resquebrajó mis opiniones acerca de la Acción de Marzo.

En esa época de transición y de crisis interna nació *Historia y conciencia de clase* [...]

GYORGY LUKÁCS.
KOMMUNISMUS
1919-1921

EL PROBLEMA DE LA ORGANIZACIÓN DE LOS INTELLECTUALES

Como ya tuvieron oportunidad de demostrarlo Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista*, uno de los signos más importantes de la inminente fase decisiva en la lucha de clases está representada por el hecho de que «el proceso de esclarecimiento dentro de la clase dominante, dentro de toda la vieja sociedad, asume un carácter tan violento y agudo que una pequeña parte de la clase dominante se separa de ella y se une a la clase revolucionaria, a esa clase que tiene en sus manos el futuro» [3]. Esta fase, para el capitalismo, se inició ya antes de la guerra; y las consecuencias de la guerra no han hecho sino más aguda la crisis latente del capitalismo. A esta crisis corresponde el rápido desarrollo de las organizaciones intelectuales, en las cuales muchos han visto, en la primera ebriedad revolucionaria, no solo un signo de la lucha decisiva (cosa que en parte era verdad), sino hasta un refuerzo interno de las masas del proletariado que deberán librar esta batalla decisiva. Todos los movimientos revolucionarios que se han creado ilusiones a propósito, sufrieron intensas desilusiones. Las organizaciones de intelectuales, salvo algunas esporádicas excepciones, se pasaron todas al campo de la contrarrevolución. Sus dirigentes, a menudo genuinamente revolucionarios, han ido quedando paulatinamente, y de manera total, aislados, o bien, cuando no tuvieron el coraje de alejarse de sus compañeros de clase, han sido rechazados de algún modo de las filas de la burguesía.

Este fenómeno es tan general que parece merecer un breve análisis en cuanto a sus motivos. Las organizaciones de los obreros de la industria (y también las de los trabajadores agrícolas) son, por un lado, eficaces organizaciones de lucha del proletariado, que hacen posible la lucha de clases tanto en el plano material como en el ideológico; por otro lado, constituyen formas preparatorias, representan los gérmenes de la futura organización comunista de la vida económica. Y, en efecto, en la vida económica se verifica un proceso *directamente dialéctico*: el capitalismo crea por sí mismo las condiciones de su propio ocaso, y hasta da vida a las fuerzas y a las potencias destinadas a sustituirlo. En cambio, en todos aquellos campos a los que, en contraposición con la economía, estamos habituados a llamar en conjunto como «ideología», la relación dialéctica entre la disolución del capitalismo y el nacimiento de las formas destinadas a sustituirlo, es una *relación indirecta*, y por ello, extremadamente *complicada*. Ante todo, la transformación operada en todos estos campos de parte del proletariado que va organizándose en clase dominante es más poderosa que la organización industrial de la socialización. A ello agréguese el hecho de que la nueva estratificación social, que se vuelve nece-

saría en tal caso, no responde a los intereses de los intelectuales considerados como clase, y *no puede responder*. Aludo solo al hecho de que la administración unitaria de las empresas económicamente interdependientes, que es indispensable para una organización racional de la producción, debe obligar a masas enteras de empleados privados a cambiar su tenor de vida, desde que su posición en el proceso productivo no estaba basada, como en el caso de los obreros, sobre las necesidades objetivas de la producción, sino más bien en el carácter capitalista-concurrencial de las numerosas empresas privadas.

Similar es la posición de clase de los empleados estatales, de los oficiales, y esta contradicción es todavía más aguda para los abogados, los jueces, o hasta para los periodistas. Esta posición de clase explica de manera más adecuada por qué dichos estratos sociales empiezan a organizarse solo en la época de una crisis profunda, o por lo menos solo entonces empiezan a considerarse seriamente como organización. Su organización, en los hechos, tiene un *carácter puramente defensivo*. Desde que ellos son «parásitos» del capitalismo, el derrumbe del capitalismo se manifiesta al comienzo del derrumbe de su posición de clase. Aunque es cierto que la situación económicamente precaria ha impuesto la lucha de clases al mismo proletariado, ello no quita nada al hecho de que las organizaciones de los obreros de la industria han sido *desde el comienzo de su lucha, y según su concepción, organizaciones ofensivas*, es decir, organizaciones de una ofensiva dirigida contra la existencia del capitalismo. Por lo tanto, toda organización obrera de la industria, es, según su esencia, una organización revolucionaria, y solo esporádicamente (luego de la burocratización de los sindicatos) puede actuar de manera reaccionaria. Mientras tanto, las organizaciones de los intelectuales, por su naturaleza, son reaccionarias, y solo casualmente llegan a acciones revolucionarias.

Este carácter contradictorio de las dos formas organizativas no se funda solo en un contraste de intereses acerca de la estructura externa de la sociedad en el período de la dictadura del proletariado, sino también en radicales contrastes ideológicos. La nueva sociedad que está llamada a instaurar la dictadura del proletariado *debe surgir del espíritu del proletariado*. Si la dictadura del proletariado es designada también como democracia proletaria, con ello se quiere aludir al hecho de que los intereses vitales del proletariado deben devenir las líneas directivas para la construcción de la nueva sociedad. Pero la vocación histórica del proletariado por esta revolución consiste esencialmente en el hecho de que sus intereses de clase coinciden con los intereses de la humanidad, que no puede liberarse de la condición de clase oprimida sin eliminar al mismo tiempo toda diferencia de clases [4]. La dictadura del proletariado debe entonces significar derecho de autodeterminación del proletariado. Pero ¿puede este derecho de autodeterminación ser aplicado en relación a los intelectuales, eventualmente «organizados» también ellos bajo la bandera del socialismo? Por cierto que no; y absolutamente no allí donde estas organizaciones insisten, en apariencia con el más grande de los derechos, por su propia autonomía de decisiones: en cuanto a los problemas de la construcción de la nueva sociedad. ¿Es verdad que en la edificación de la sociedad comunista la organización de los maestros tendría la capacidad de lle-

var a buen fin la planificación de la obra de educación, o que una asociación de los artistas y de los científicos podría preparar la organización del arte y de la ciencia? Por cierto que no. Ellos se remitirían inútilmente a sus «conocimientos especializados», al hecho de que en estos problemas son «expertos». Pero no son competentes, pues en su gran mayoría —y ello es una consecuencia de la esencia misma del capitalismo— no son en nada expertos, sino simplemente vacíos, *routiniers*, operadores y artesanos sin alma; en segundo lugar, porque son expertos en la educación de tipo capitalista, y, por eso, como tales no pueden tener un poder de dirección en el ámbito de la nueva cultura. Aplicar el concepto de democracia proletaria a los «sindicatos» de intelectuales sería lo mismo que ahogar en germen la nueva sociedad que está surgiendo, darla como presa a la iniciativa pequeñoburguesa y a la práctica de rutina del capitalismo.

El evidente sabotaje de la «intelligentsia» en Rusia, su creciente actitud contrarrevolucionaria en Hungría (los periodistas han dado el primer indicio para la contrarrevolución y el sindicato de los empleados privados ha obstruido al máximo la reconstrucción económica), no constituyen hechos casuales. No se han verificado por culpa de una táctica «equivocada», y no pueden ser evitados con una «justa» táctica; derivan inevitablemente de la posición de clase de los intelectuales y del modo de ser propio de sus organizaciones: estas organizaciones son defensivas, mientras que las de los trabajadores, por el contrario, son ofensivas. *Estas toman por asalto la sociedad burguesa, aquellas defienden sus propios privilegios amenazados, privilegios que son internos a la sociedad burguesa.* Si ellas se definen como socialistas, es porque les falta conciencia; si los partidos socialistas las reconocen como tales, entonces se trata de incapacidad estratégica. ¿Cómo jamás un estudiante podría ser socialista, *permaneciendo como estudiante*, si la característica de la clase estudiantil de la que él defiende el derecho de «autodeterminación» se asienta sobre la contradicción entre quien ha estudiado y quien no ha estudiado, sobre el privilegio de la formación cultural, sobre aquella realidad, entonces, cuya eliminación representa el sentido del socialismo? El equívoco del primer entusiasmo se aclara bien pronto; cuando la necesaria contradicción clasista a resolver es aclarada rápida y abiertamente. La clase de los intelectuales, hoy, no es revolucionaria como *clase*, y no puede ser revolucionaria, mientras que el proletariado, justamente como *clase* es revolucionario. (Es un error remitirse a la Revolución francesa y en general a las revoluciones burguesas. En relación al feudalismo o al absolutismo que debían ser abatidos, los «intelectuales», en muchos casos, aun como clase, pueden haber sido revolucionarios; pero de este hecho no se deben extraer conclusiones acerca de su actitud ante el capitalismo). Este es un dato de hecho objetivo, cuyo desconocimiento ha llevado a graves errores, y llevará a otros errores.

¿Acaso con ello quiere negarse la importancia revolucionaria de los intelectuales? En lo más mínimo. Aún muchos intelectuales son buenos revolucionarios, y a veces son los mejores vanguardistas de la revolución. Si los contemporáneos de Lenin y Trotski, de Béla Kun y de Rosa Luxemburg lo negaran, serían ciegos. Pero los intelectuales pueden convertirse en revolucionarios

solo como individuos; pueden *abandonar* su clase para poder participar en la lucha de clase del proletariado. En ese caso, ellos pueden convertirse en verdaderos combatientes de primera línea; desde el momento en que hacen con absoluta conciencia lo que la gran masa del proletariado hace solo instintivamente, pueden volverse los mejores dirigentes, los más dispuestos al sacrificio. En los hechos, ellos, como dice el *Manifiesto comunista* en el pasaje citado, «han alcanzado el punto de la inteligencia teórica de todo el movimiento histórico».

LA ÚLTIMA SUPERACIÓN DEL MARXISMO

Es difícil que pase un año sin que Marx sea «superado» por algún solícito docente libre o por algún filósofo a la moda. La lucha mortal que la sociedad burguesa debe librar se desarrolla también en el terreno ideológico. Estas superaciones muestran al observador atento siempre el mismo rostro. Cambia el tenor de la demostración, los argumentos gnoseológicos o metafísicos parecen nuevos, pero el carácter esencial, el punto de partida y el punto de llegada, son siempre los mismos. Ellos encuentran su origen en la naturaleza pequeñoburguesa-parasitaria de la situación de clase de los intelectuales. Como verdaderos pequeñoburgueses, los intelectuales no están en condiciones de ver de manera correcta la realidad de la lucha de clases, y por lo tanto menos aún están en condiciones de valorarla. Ellos tienden, como dice Marx, hacia instituciones tales como para «no abolir los dos extremos, capital y trabajo asalariado, sino para atenuar sus contrastes y llevarlos a convivir en armonía». Dado que los intelectuales son seres parasitarios dentro del estado capitalista, este último se les aparece como un absoluto, o aun como el Absoluto. Ellos contraponen a la teoría marxista una utopía que, despojada de las frases más o menos seductoras, reposa sobre la glorificación del estado existente.

El último grande de esta serie es el filósofo a la moda Oswald Spengler, cuya obra *La decadencia de Occidente*, a ratos ingeniosa, pero en el conjunto *diletantesca*, ha obtenido recientemente ese éxito que en realidad habría debido esperar a la profunda obra de Ernest Bloch *Espíritu de la utopía*. El nuevo libro del señor Spengler, *Prusianismo y socialismo*, quiere «liberar de Marx al socialismo alemán». A Marx se le ha escapado, parece, el gran problema de la historia de la filosofía de la época moderna, que nuestro filósofo resume así: «Tres pueblos han personificado al socialismo en sentido general: españoles, ingleses y prusianos. En París y en Florencia se desarrolló el opuesto anárquico en otros dos: italianos y franceses». Marx no estaba por ello en condiciones de hacer los siguientes descubrimientos fundamentales: primero, que en la Revolución francesa no hubo lucha de clases; que no existe burguesía francesa, en tanto «todo verdadero francés era y es todavía hoy un burgués. Todo verdadero alemán es un obrero»; en Francia no existen verdaderas clases. El segundo descubrimiento es que en Inglaterra no existe el estado; que solamente Inglaterra conoce el capitalismo en sentido verdadero; que en consecuencia solo en Inglaterra existe una distinción de clases. Así el superficial Marx, que ha distinguido las clases en base a su posición en el proceso productivo, queda profundizado y superado; la división en clases deriva de la distinta posesión de bienes, es la contraposición entre rico y pobre. Al pobre

Marx, a quien se le escapó todo esto, no podía por lo tanto dejar de escapársele también el hecho de que el socialismo estaba ya realizado desde largo tiempo atrás, en el reino de Prusia. Por este motivo, Marx no ha estado en condiciones de comprender el problema del estado; de ello sigue su elogio «dilettantesco» de la Comuna de 1871; y por eso mismo no estuvo en condiciones de apreciar el sistema de los Consejos (*Rätesystem*) que el Barón von Stein proyectó años antes. El socialismo superficial es remplazado de la manera siguiente por el socialismo filosóficamente profundizado. Este socialismo es un orden de la autoridad, «dicho con lenguaje técnico es el principio burocrático». Así es natural que Marx no viera ni siquiera la socialización ya existente «introducida por Federico Guillermo I e incesantemente desarrollada hasta Bismarck». En correspondencia a esta profundidad filosófica también el concepto de imperialismo es dado vuelta: «la verdadera internacional es el imperialismo». Por esto ambos partidos, conservador y socialista, como representantes del socialismo profundizado, pertenecen al mismo grupo: «los conservadores eran mejores oficiales, los socialistas mejores soldados». La reconciliación de estos hermanos-enemigos es el objetivo del socialismo redescubierto filosóficamente. ¿Vale la pena la crítica de tales escritos? Considerados como síntoma, ellos son interesantes. El hecho de que la única cita del señor Spengler sea del señor Lensch no demuestra solamente su ignorancia en materia de marxismo, sino también adónde llevan necesariamente la teoría y la praxis de los socialistas de derecha. En lo restante este folleto no se distingue en nada de las otras «superaciones» del marxismo archiconocidas desde tiempos de Dühring y compañía, ya entonces en primera fila de la adoración del estado prusiano. Solamente es nuevo el que se compruebe que tampoco la revolución logrará curar a los alemanes «de su espíritu servil, radicado en la conciencia nacional», como dice Engels.

SOBRE LA CUESTIÓN DEL PARLAMENTARISMO

1. Con frecuencia se observa que el problema del parlamentarismo no se refiere a una cuestión de fondo sino solo a una cuestión táctica.

A pesar de ser cierta esta afirmación no deja de estar resentida de ciertas oscuridades. Prescindiendo del hecho de que ella casi siempre es pronunciada por quienes —prácticamente— revelan con su actitud una toma de posición en favor del parlamentarismo, la afirmación en sí dice todavía demasiado poco. Y esto sucede justamente porque —al faltar una efectiva teoría del conocimiento del socialismo— la relación entre cuestión táctica y principios se hace absolutamente oscura.

Aun no pudiendo profundizar en este lugar tal problema, debemos comenzar subrayando lo que sigue: táctica significa aplicación práctica de principios planteados teóricamente; vale decir que táctica es el término de conjunción entre un programa y la realidad efectiva inmediatamente dada. Ella entonces está determinada, por una parte, por los principios planteados inmutablemente y por los objetivos finales del comunismo; por otra, por la efectiva realidad histórica en continua transformación. Cuando se habla repetidamente de la disponibilidad de la táctica comunista (por lo menos respecto de lo que esta debería ser), para la exacta comprensión de esta afirmación es necesario no olvidar que *la flexibilidad de la táctica comunista es la directa consecuencia de la solidez de los principios del comunismo*. Los inmutables principios del comunismo pueden tener esta flexibilidad solo por el hecho de que son llamados a representar en su aspecto vivo y fecundo la realidad efectiva que perpetuamente se ha ido modificando. En cambio, toda *Realpolitik*, toda acción sin principios, se vuelve rígida y esquemática cuanto más caracterizada esté unilateralmente por principios arbitrarios (así, por ejemplo, la política imperialista alemana). En los hechos, lo que permanece en el cambio, el elemento estratégico, no puede ser sustituido por ninguna *Realpolitik*. Si esta función no fuera agotada por una teoría capaz en todo momento de influir fecundamente sobre los hechos y de volverse fecunda en los hechos, en su lugar aparecerían el acostumbramiento, la facilonería, la rutina, con la consecuencia de que no nos podríamos adaptar a las exigencias del momento. Justamente por este su sólido anclaje en la teoría, la táctica comunista se distingue en los principios de toda táctica de «realismo político» burgués o pequeño-burgués-socialdemocrático. Cuando, entonces, para el partido comunista se plantea un problema como problema táctico, es necesario preguntarse: 1) ¿De qué principios depende el problema táctico considerado? 2) ¿A qué situación histórica concreta se aplica esta táctica, quedando en firme que ella depende

de la teoría? 3) ¿De qué naturaleza será la táctica, aun en esta dependencia de la teoría? 4) ¿Cómo hace falta concebir la conexión de una particular cuestión táctica con otros problemas tácticos, entendidos una vez más en su conexión con las cuestiones de principio?

2. Para una más adecuada comprensión del parlamentarismo como problema táctico del comunismo, es necesario partir del principio de la lucha de clases y del análisis concreto de la actual situación objetiva de las relaciones de fuerza, materiales e ideológicas, entre las clases en lucha. Desde aquí se separan los dos modos decisivos de plantear el problema: 1) ¿Cuándo el parlamentarismo debe ser usado como arma, como instrumento táctico del proletariado? 2) ¿Cómo es necesario servirse de esta arma en el interés de la lucha de clase del proletariado?

La lucha de clase del proletariado niega por su esencia a la sociedad burguesa. Pero esto no implica de manera alguna aquella indiferencia política en relación al estado ya criticada con razón por Marx. Por el contrario, implica un tipo de lucha en que el proletariado no se deje subyugar en lo más mínimo por las formas y los medios que la sociedad burguesa ha construido para los propios fines; un tipo de lucha donde la iniciativa en todo caso está en manos del proletariado. Pero es necesario no olvidar que este tipo absolutamente puro de lucha de clase del proletariado puede desplegarse solo raramente en su pureza. Ante todo porque el proletariado —aunque *en base a su misión histórico-filosófica* esté en continua lucha contra la existencia de la sociedad burguesa— *en situaciones históricas objetivas* se encuentra a menudo en posición de defensa respecto de la burguesía. La idea de la lucha de clase del proletariado es una gran ofensiva contra el capitalismo; la historia hace aparecer esta ofensiva como impuesta al proletariado. La posición táctica en que el proletariado viene a hallarse de vez en vez se puede analizar de manera sencillísima en base a su carácter ofensivo o defensivo. De todo lo dicho hasta ahora se deriva que en las situaciones defensivas estamos obligados a recurrir a medios tácticos que por su esencia más íntima contrastan con la idea de la lucha de clase del proletariado. La utilización necesaria de estos medios, por otro lado, siempre puede poner en peligro el fin para el cual han sido dispuestos; la lucha de clase del proletariado. El parlamento, el instrumento peculiar de la burguesía, puede entonces representar solamente *un arma defensiva del proletariado*. El problema de «cuándo» debe usárselo, se aclara ahora por sí solo: se trata de una fase de la lucha de clase en que el proletariado, ya como consecuencia de las relaciones de fuerza externas, ya por su propia inmadurez ideológica, no puede combatir a la burguesía con sus propios medios de ataque. El empeño de la actividad parlamentaria comporta entonces para todo partido comunista *la conciencia y la admisión de que la revolución es impensable en un tiempo cercano*. El proletariado, obligado a la defensiva, puede entonces servirse de la tribuna del parlamento para la agitación y la propaganda política; puede utilizar las posibilidades que la «libertad» de la burguesía asegura a los miembros del parlamento en sustitución de aquellas formas de manifestación ya prohibidas; puede servirse de las luchas parlamentarias contra la burguesía para recoger sus propias fuerzas, como preparación para la efectiva, la autén-

tica lucha contra la burguesía. Que una fase tal pueda durar un lapso considerablemente largo, es cosa que se comprende de por sí, pero ello no modifica nada el hecho de que para un partido comunista la actividad parlamentaria *no puede ser nada más que una preparación para la lucha verdadera y propia*, y nunca la auténtica lucha del proletariado.

3. Más difícil que elegir el momento en que puede ser aplicada la táctica parlamentaria es establecer cómo debe comportarse una fracción comunista en el parlamento (los dos problemas se conectan estrechamente). Casi siempre nos remitimos [5] al ejemplo de Karl Liebknecht y al de la fracción bolchevique de la Duma. Pero justamente con estos dos ejemplos muestran qué difícil es para los comunistas respetar las reglas del juego parlamentario. Ello presupone una capacidad extraordinaria de parte de los parlamentarios comunistas. En pocas palabras, la dificultad es esta: el diputado comunista debe combatir al parlamento en el parlamento —y esto deber ser hecho con una táctica que ni siquiera por un momento se plantea en el terreno de la burguesía, del parlamentarismo. No queremos referirnos a la «protesta» contra el parlamentarismo, ni a su «lucha» durante los «debates» (todo esto sigue siendo parlamentarista, legal, no va más allá de las meras frases revolucionarias), sino a la lucha contra el parlamentarismo y el poder de la burguesía llevada *con la acción* en el parlamento mismo.

Esta acción revolucionaria no puede dirigirse sino a preparar el pasaje del proletariado de la clase defensiva a la ofensiva; vale decir, que mediante esta acción, la burguesía —y con ella sus cómplices socialdemócratas— se verán obligados a mostrar al desnudo su dictadura de clase de manera tal que pueda quedar comprometida su duración posterior. En el caso de la táctica comunista dirigida a desenmascarar a la burguesía, no se trata por lo tanto de una crítica verbal (esta en muchos casos no es más que una mera fraseología revolucionaria tolerada por la burguesía), sino de una provocación hacia la burguesía para inducirla a develar más abiertamente su conducta, a manifestarse mediante acciones que, en cierto momento, puedan resultarle desfavorables. Desde que el parlamentarismo no representa sino una táctica defensiva, hace falta preparar tal defensiva de manera tal que la iniciativa táctica quede siempre en manos del proletariado, y que los ataques de la burguesía resulten desventajosos para ella misma [6].

Esta breve y apresurada discusión muestra con suficiente claridad las grandes dificultades de esta táctica. La primera dificultad a que todos los grupos parlamentarios —casi sin excepción— sucumben, es la siguiente: llegar dentro del mismo parlamentarismo a una efectiva superación del parlamentarismo. En los hechos, aun la más aguda crítica a la acción de las clases dominantes, sigue siendo verbalista, puro eslogan revolucionario, si no llega a incidir de alguna manera más allá del mero ámbito parlamentarista, si no pone al desnudo los contrastes de clase, de la manera más explícita, para la rápida retoma de la ideología del proletariado: si no tiene como efecto la explosión de la lucha de clases. El oportunismo, el mayor peligro de la táctica parlamentaria, tiene su razón primera en esto; toda actividad parlamentaria que por su naturaleza y por sus efectos no vaya más allá del mismo parlamento, que no

tenga por lo menos la tendencia a la destrucción de la estructura parlamentaria, es oportunista. En todo caso, la más cerrada crítica ejercida en el interior de este ámbito no puede cambiar muchas cosas. Por el contrario. Justamente este hecho —de que una severa crítica de la sociedad burguesa aparezca como posible en el parlamento— contribuirá a la desorientación auspiciada por la burguesía en la conciencia de clase del proletariado. La ficción de la democracia parlamentaria burguesa se basa sobre el hecho de que el parlamento aparece como órgano de «todo el pueblo». Todo radicalismo verbal —con el hecho mismo de su posibilidad de desplegarse en el parlamento—, reforzando la ilusión de los estratos menos conscientes del proletariado en relación a tal ficción, resulta oportunista y reprobable.

Hace falta entonces sabotear al parlamento *en cuanto parlamento*, y la actividad parlamentaria deber ser llevada más allá del parlamentarismo. Pero con tal actitud, la representación parlamentaria comunista se dirige hacia una ulterior dificultad táctica que, justamente en el momento en que el peligro del oportunismo parece superado, se aventura a poner en serio peligro a este trabajo. El peligro consiste en el hecho de que la iniciativa y la superioridad táctica quedan en manos de la burguesía, a pesar de todos los serios esfuerzos que la fracción parlamentaria comunista pueda cumplir. La superioridad táctica se verifica cuando una de las dos partes logra imponer al adversario condiciones de lucha favorables para sí. Ahora bien, se ha notado ya que toda detención parlamentaria de la lucha es una victoria de la burguesía; el proletariado, por ello, en numerosos casos, está delante de esta opción: o evitar la lucha decisiva (detención parlamentaria, peligro de oportunismo), o moverse más allá del parlamentarismo, recurrir al llamado a las masas en un momento que sin embargo es más bien favorable a la burguesía. El ejemplo más claro de la insolubilidad de este problema nos lo ofrece la actual situación del proletariado italiano. Las elecciones —que se han desarrollado bajo la bandera comunista de la gran «agitación»— han hecho ganar al partido un considerable número de bancas. ¿Y con esto? O se toma parte en el «positivo trabajo» parlamentario como Turati y sus secuaces lo auspician, con esta consecuencia: victoria del oportunismo, debilitamiento del movimiento revolucionario; o bien se realiza un abierto sabotaje del parlamento, con esta consecuencia: antes o después acaecerá el choque directo con la burguesía, justamente cuando el proletariado no esté en condiciones de elegir el momento del choque. No debe entenderse mal: nosotros no partimos del ridículo presupuesto de que se puede «elegir el momento» para la revolución; por el contrario, consideramos que las explosiones revolucionarias son acciones de masa espontáneas durante las cuales al partido le espera la tarea de volver consciente el fin, de indicar la dirección. Pero, por el hecho mismo de que el punto de partida de este choque está en el parlamento, justamente la espontaneidad de las masas corre un serio peligro. La acción parlamentaria se transforma en vacías demostraciones (cuyo efecto con el andar del tiempo consiste en desguarnecer y adormecer a las masas), o bien acarrea el éxito de las provocaciones de la burguesía. La fracción italiana, temiendo esta última eventualidad, oscila sin cesar entre las vacías demostraciones y el cauto oportunismo de una retórica revolucionaria.

(Junto a estos errores tácticos de método, por cierto se han verificado otros errores tácticos de contenido, como por ejemplo, las manifestaciones pequeñoburguesas en favor de la república).

4. De este ejemplo surge reforzada la enseñanza que muestra cómo una «victoria electoral» puede convertirse en algo riesgoso para el proletariado. Para el partido italiano, el mayor peligro consiste en el hecho de que su actividad antiparlamentaria, librada dentro del parlamento, puede llevar muy fácilmente a la destrucción del parlamento mismo, aunque el proletariado no posea todavía la madurez ideológica y organizativa necesaria para la batalla decisiva. El contraste entre victoria electoral y falta de preparación esclarece de manera drástica la inconsistencia de la argumentación favorable al parlamentarismo, que ve en él una especie de «parada militar» del proletariado. Si cada «voto» obtenido significara realmente un verdadero comunista, estas objeciones no se plantearían: habría desde ahora una notable madurez ideológica.

Pero esto muestra también que la misma agitación electoral como mero instrumento de propaganda no es entonces tan irreprensible. La propaganda del partido comunista debe servir al esclarecimiento de la conciencia de clase de las masas proletarias, a su despertar a la lucha. Por consecuencia, debe ser dirigida al fin de acelerar, de la manera más vasta posible, el proceso de diferenciación dentro del proletariado. Solo así puede conseguirse que, por una parte, el núcleo sólido y consciente del proletariado revolucionario (el partido comunista) se desarrolle en el sentido de la cantidad y de la calidad; y que, por la otra, el partido, mediante la lección de la práctica, se atraiga a los estratos menos conscientes y los lleve a la conciencia revolucionaria de su condición. La agitación electoral se revela a tal fin como un instrumento exterior muy peligroso. El voto, en los hechos, no es un acto real, sino mucho peor: es un hecho, aparente, la apariencia de un hecho. No actúa promoviendo la conciencia de clase sino por el contrario engañándola. Se crea así un gran ejército ilusorio, que desaparece del todo en cuanto se hace necesaria una firme oposición (ver la socialdemocracia alemana en agosto de 1914).

Esta situación deriva por necesidad del carácter típicamente burgués de los partidos parlamentarios. Como para la organización de conjunto de la sociedad burguesa, así también para los partidos burgueses el objetivo final, aunque raramente consciente, es el oscurecimiento de la conciencia de clase. En cuanto pálida minoría de la población la burguesía puede mantener su poder solamente porque acomoda a sus espaldas a todos los estratos sociales, material e ideológicamente indefinidos. En consecuencia, el partido burgués en el parlamento es una resultante de los más variados intereses de clase (resultante en la cual, obviamente, desde el punto de vista capitalista, el compromiso aparente es siempre más importante que el real). Pero esta estructura partidaria casi siempre le es impuesta al proletariado desde arriba en cuanto él participa, como fuerza política, de la lucha electoral. La vida absolutamente particular de un mecanismo electoral que necesariamente trabaja para la más grande «victoria» posible, influye casi siempre sobre los eslóganes dirigidos a ganar «secuaces». Y aun cuando esto no sucede, o sucede inconscientemente,

en la técnica de conjunto de las elecciones siempre está implícito un método de seducción de los «secuaces» que esconde dentro suyo un peligro funesto: separar entre sí principios políticos y hechos, despertando así la inclinación al aburguesamiento y al oportunismo. La obra de educación de los partidos comunistas, su influencia sobre los estratos más inciertos e indefinidos del proletariado, puede ser realmente eficaz solo a condición de que refuerce en ellos la convicción revolucionaria mediante la lección directa de la acción revolucionaria. En cambio, toda campana electoral —según su propia esencia burguesa— puede tomar una dirección completamente opuesta, que solo en rarísimos casos se logra abandonar después. También el partido italiano corre este peligro. El ala derecha ha considerado la adhesión a la III Internacional y el objetivo de la república de consejos como meras palabras de orden electorales. El proceso de diferenciación, la *efectiva* conquista de las masas por la *acción* comunista, puede *comenzar*, en tales condiciones, solamente más tarde (y evidentemente en condiciones más desfavorables). En general, los eslóganes electorales, justamente porque no guardan relación alguna con la acción, revelan una sorprendente tendencia a la eliminación de las contradicciones, a la unificación de las corrientes disidentes; características que obviamente son más que sospechosas en este particular momento de la lucha de clases, cuando está en juego la real y activa unidad del proletariado, y no la aparente unidad de los viejos partidos.

5. Entre las casi insuperables dificultades de una acción comunista en el parlamento, es necesario anotar la excesiva independencia y el excesivo poder de decisión que habitualmente se atribuyen al grupo parlamentario en la vida política del partido. Que esto represente una ventaja para los partidos burgueses, es indudable; pero aquí no podemos analizar la cuestión desde más cerca [7]. Pero aquello que es útil para la burguesía, casi sin excepción es sospechoso para el proletariado. Así sucede también en este caso; dados los supuestos peligrosos que derivan de las tácticas parlamentarias, se puede alimentar cierta esperanza de evitarlos solo si *la actividad parlamentaria en cada uno de sus aspectos queda incondicionalmente expuesta a la dirección central extraparlamentaria*. Teóricamente, la cosa parece obvia; pero la experiencia nos enseña que la relación entre partido y fracción se invierte casi constantemente, y es entonces el partido el que va a remolque de la fracción parlamentaria. Así, por ejemplo, en el caso Lieb knecht durante la guerra, cuando, en relación a la fracción del *Reichstag*, él se remitió sin utilidad alguna, como es obvio, al carácter obligatorio del contenido del programa del partido [8].

Todavía más difícil que la relación entre fracción y partido es la relación entre la fracción y el consejo obrero. La dificultad de un planteo teóricamente riguroso del problema echa todavía una luz estridente sobre el carácter problemático del parlamentarismo en la lucha de clase del proletariado. Los consejos obreros, *como organización del proletariado en su conjunto* (de aquel consciente y de aquel todavía no consciente), *por el solo hecho de su existencia se proyectan más allá de la sociedad burguesa*. Ellos son, por su esencia, organizaciones revolucionarias de difusión, de capacidad operativa y de poder del proletariado y, como tales, verdaderos y propios índices del desarrollo de

la revolución. Todo lo que es realizado y conseguido en los consejos obreros es sustraído por la fuerza a la resistencia de la burguesía, y es entonces válido no solo como resultado, sino como instrumento educativo de la acción consciente de clase. El colmo del «cretinismo parlamentario» se muestra, entonces, cuando uno se esfuerza (como en el caso de la USPD) por «anclar en la Constitución» a los consejos obreros, por garantizarles un determinado campo de acción legalmente reconocido. *La legalidad mata a los consejos obreros*. Como organización ofensiva del proletariado revolucionario, el consejo obrero existe solo en cuanto lucha por su destrucción y prepara así la edificación de la sociedad proletaria. Toda forma de legalidad, vale decir su inserción en la sociedad burguesa con *determinados niveles de competencia*, transforma su existencia en una apariencia de vida: él se convierte en una mezcla de círculo para conferencias, comité, etc., en suma, una caricatura del parlamento.

¿Es entonces posible, en general, que el consejo obrero y la fracción parlamentaria coexistan uno junto a la otra como instrumentos tácticos del proletariado? Por el carácter ofensivo del primero y el defensivo de la otra parecerá fácil ponerlos en una relación de recíproca integración [9]. Pero tales intentos de acuerdo olvidan el hecho de que ofensiva y defensiva en la lucha de clases son conceptos dialécticos, cada uno de los cuales comprende todo un mundo de acción (y entonces, en ambos casos, determinadas acciones ofensivas y determinadas acciones defensivas), que puede ser aplicado a una determinada fase del choque de clases, con exclusión del otro. En referencia a nuestro problema, la diferencia entre las dos fases se puede definir así de la manera más breve y clara: el proletariado se encontrará a la defensiva hasta que no se inicie el proceso de disolución del capitalismo. Cuando se inicie esta fase del desarrollo económico, entonces —no importa si este cambio se ha vuelto un hecho consciente o no, y si se presenta como «científicamente» identificable y verificable— el proletariado estará obligado a la ofensiva. Pero como la evolución de la ideología no se combina directamente con la de la economía, y nunca los dos procesos van paralelos, raramente sucede que la posibilidad y la necesidad objetivas de pasar a la fase de ataque en la lucha de clases encuentren al proletariado suficientemente preparado en el plano ideológico. A consecuencia de la situación económica, la acción espontánea de las masas asume una dirección revolucionaria; pero ella siempre es desviada a falsos rieles por los dirigentes oportunistas, que no quieren o no pueden liberarse de las costumbres propias de la fase defensiva; o bien aquella dirección es completamente sabotada. Por lo tanto, en la fase ofensiva de la lucha de clases no son solo la burguesía y los estratos sociales por ella guiados los que se encuentran agrupados contra el proletariado, sino también sus *viejos grupos dirigentes*. La crítica, por eso, no debe ser dirigida ya, en primera línea, contra la burguesía (esta ya ha sido juzgada por la historia), sino contra el ala derecha y el centro del movimiento obrero, la socialdemocracia, sin cuya ayuda el capitalismo no tendría hoy en país alguno la mínima posibilidad de superar, aun temporariamente, su propia crisis.

La crítica del proletariado, por lo tanto, es también una *crítica de la acción revolucionaria*, una obra de educación en la acción revolucionaria, una en-

señanza práctica. Con este fin, los consejos obreros son el instrumento más idóneo que podemos pensar. En los hechos, su función educativa es más importante que todas las conquistas particulares que ellos están en condiciones de obtener en favor del proletariado. *El consejo obrero es la muerte de la socialdemocracia*. Mientras en el parlamento se hace posible ocultar el real oportunismo con la retórica revolucionaria, el consejo obrero está obligado a hacer, pues de otro modo dejaría de existir. Esta acción, cuya guía consciente debe ser el partido comunista, lleva a la eliminación del oportunismo y permite el ejercicio de la crítica, hoy necesaria. No asombra que la socialdemocracia tenga terror a la autocrítica que es impuesta en este aspecto. La evolución de los consejos obreros en Rusia, desde la primera hasta la segunda revolución, demuestra claramente adonde conduce este proceso.

Desde el punto de vista teórico y táctico, entonces, la posición del consejo obrero y la del parlamento resultarían así definidas: *donde es posible constituir un consejo obrero* (aun en el ámbito más modesto) el parlamentarismo es superfluo. Hasta es peligroso por que, por su naturaleza, hace posible en su interior solo la crítica de la burguesía y no la autocrítica del proletariado. Y el proletariado, antes de entrar en la tierra bendita de la liberación, debe atravesar el purgatorio de la autocrítica, en la cual resuelve, repudia y lleva al fin a completa purificación, la forma que ha venido asumiendo en la época capitalista, y que en su aspecto más completo se manifiesta en la socialdemocracia.

CUESTIONES ORGANIZATIVAS DE LA III INTERNACIONAL [10]

1. La II Internacional era una mera suma de los partidos socialistas. La III Internacional debe convertirse en la real unidad del movimiento socialista. Al respecto, emergen, como signos de atención y cargados de consecuencia, dos momentos. Primero: que, en la moribunda II Internacional, las singulares unidades organizativas han fundado directamente los singulares partidos «nacionales», la Internacional era simplemente su «liga», su «federación». En neto contraste con ello, cada partido comunista se considera simplemente una parte de la Internacional. La Internacional misma es el dato directo, la realidad revolucionaria verdadera y decisiva. Los partidos singulares no son sino simples secciones que solamente en un trabajo orgánico de colaboración pueden encontrar su significado propio.

Pero la segunda contraposición parece ser más importante que la primera: la II Internacional se ha visto como *realidad*, mientras la Tercera tiene como *fin imprescindible* el dictar una idea regulativa para la acción del proletariado. La contradicción, que parece consistir en esta afirmación, es en realidad solo aparente. La ideología, el Deber, el Fin de la III Internacional significan una realidad, una efectividad incomparablemente más alta y más viviente que la de la II Internacional. En los hechos, este carácter de Deber de la III Internacional surge del intercambio entre la unidad viviente del proletariado, así como ella se presenta en la realidad, y la crítica tan viviente como aquella unidad que el proletariado ejerce sobre tal realidad. Esta autocrítica del proletariado, que se manifiesta de la manera más clara en su acción, desenmascara cada peldaño alcanzado como mera apariencia, lo hace aparecer como búsqueda insuficiente de la realización de la verdadera unidad del proletariado y lleva tal búsqueda de modo cada vez más fuerte hacia la verdadera unidad. La III Internacional es justamente este acicate, esta búsqueda, esta crítica y este esfuerzo. No es nada fijo o rígido, sino el principio vital del proletariado revolucionario. La II Internacional se había fijado como realidad, mientras todavía no había surgido la unidad activa del proletariado, tal como lo han mostrado la guerra mundial y los hechos posteriores. La II Internacional se ha asfixiado así en la *realidad acartonada*, en la *unidad burocrática*, perdiendo para siempre toda razón interna de ser.

Este punto de vista nos lleva de nuevo al primer contraste. Los partidos de la II Internacional podrían remitirse, aparentemente con razón, a las palabras del *Manifiesto*, según las cuales «la forma de lucha del proletariado contra la burguesía es primeramente nacional». Pero, como en otros puntos, también aquí la forma se ha hecho preponderante respecto del contenido (que nunca

es nacionalista en el *Manifiesto*), y se ha quedado también en una fase de la lucha de clases en la que ese «primeramente» ha perdido hasta ahora su validez formal. En los hechos, nación [11] es una expresión ideológica para un preciso estadio del desarrollo capitalista, pero cuando este estadio ha sido superado, la expresión pierde también su significado. Mientras la ideología nacional ha acompañado los procesos de unificación burgueses, la liquidación de los restos feudales-absolutistas en el camino del desarrollo capitalista (unidad de Alemania y de Italia), ello no solo era objetivamente favorable al proletariado, sino que lo obligaba a una forma de lucha de clases en la que el objetivo del nuevo ordenamiento nacional debía jugar un papel decisivo. Esta situación se ha transformado radicalmente al sobrevenir la fase imperialista. El capitalismo ha alcanzado un estadio de su desarrollo, en el que él «ha devenido un fenómeno internacional, un todo no divisible, reconocible solo en todas sus interrelaciones y a la que ningún estado particular puede sustraerse» [12]. Este internacionalismo, que indica la preparación dialéctica, el estadio negativo del verdadero internacionalismo de la organización mundial proletaria, ha sido identificado a través de la guerra y su finalización. En los hechos, la ruptura de los límites nacionales de la organización económica que se ha producido en el imperialismo justamente a través de la exaltación del elemento nacional, vale decir, a través de la política de expansión, agresión y sumisión, se cumple en las formas en las cuales la guerra mundial debe ser liquidada. La *Mittel Europa* y la Europa del Este no han pasado por un desarrollo paralelo de la producción capitalista y de los estados nacionales unitarios. El derrumbe del ordenamiento estatal feudal-absolutista podía ser alcanzado solamente en la culminación del desarrollo capitalista (el hecho de que algunos de estos estados económicamente sean más que retrasados cambia muy poco bajo el aspecto de la situación política mundial).

Los «estados nacionales» que se han formado luego de la guerra son por ello incapaces de vida. Su incapacidad de hallar reales «confines lingüísticos», etc., no es solo una agravante «histórica casual» del problema, sino que encuentra su razón aquí, justamente en el hecho de que estos pueblos han perdido para siempre el momento histórico de su organización estatal nacional (es decir, en los albores del capitalismo). Hoy ellos se encuentran ante un dilema insoluble. O su campo de intervención económica deberá expandirse mucho más allá de los confines lingüísticos, y ello repite multiplicadas todas las insolubles cuestiones del régimen feudal-absolutista abatido (Checoslovaquia), o bien el nuevo estado se muestra desde el comienzo incapaz de una autonomía económica real (Austria). Pero también en el primer caso la serie de los problemas insolubles no está terminada. En cuanto el nuevo estado se preocupe —prescindiendo del eslogan democrático de la autodeterminación— por asegurarse un territorio económico autóctono, capaz de expansión imperialista, estas cuestiones no se pueden resolver a través de simples medidas de sumisión político-militar. Territorios que, por su naturaleza económica (cuestión de la localización), están en una relación necesaria con otros, no se dejan separar tan simplemente de las viejas unidades ni agregar a las nuevas (por ejemplo, Polonia en relación a Galitzia). Por otro lado, también el

viejo conglomerado ha dejado de ser reconstituible, de manera tal que se deriva una constante inestabilidad en el conjunto de la economía del país: una superación de las divisiones nacional-capitalistas, superación que no ha alcanzado todavía su verdadera forma: la organización de la economía nacional en la república federativa de los soviets. Ello comporta necesariamente un caos sin dirección. La condición de la Europa occidental es naturalmente mucho más estable. Pero la superación de parte de las formas económicas respecto de las formas políticas nacionales, se hace notable también aquí y seguramente lo será cada vez más.

El espíritu que se había materializado en la II Internacional necesariamente debía fracasar ante este desarrollo. La causa del fracaso no está solo en la falta de visión teórica en cuanto a la esencia de la fase imperialista del capitalismo. Este defecto teórico es en realidad mucho más la consecuencia de todo el comportamiento que los partidos de la II Internacional tomaron, en medida siempre más maciza, en relación al estado moderno: la actitud de la *legalidad*. Pero no se debe pensar simplemente en la forma exterior de la legalidad, que no es otra cosa que la consecuencia de la actitud intrínsecamente legal de los partidos socialdemocráticos en relación al estado; exactamente como la «ilegalidad» de los comunistas es solamente la consecuencia necesaria del hecho de que en *toda su táctica* ellos se ubican fuera del cuadro de la sociedad burguesa [13]. Los partidos de la II Internacional, en el curso del desarrollo, se han colocado poco a poco, y casi imperceptiblemente, *todos en el campo de la sociedad burguesa*. Por cierto que ellos se encuentran casi siempre «en la oposición», pero las armas legales de la oposición se han vuelto cada vez más, de medios de batalla válidos para una fase defensiva que eran, en la esencia misma de la lucha. En cuanto los partidos de la II Internacional comenzaron a juzgar los acontecimientos desde el mismo punto de vista de la burguesía, les fue también a ellos imposible aprehender la esencia del desarrollo, como lo había sido desde el comienzo para la burguesía misma. En los hechos, ni el desarrollo del imperialismo ni su actual forma de disgregación, han negado de manera irreversible la ideología del nacionalismo, la ideología de la fase preimperialista [14]. La burguesía debe esta incapacidad de ir más allá de la superficie ideológica, a su misma situación de clase: como el destino que le ha sido predicho, tiene que deambular ciega como Edipo. Pero la misión y el objetivo del proletariado es justamente el volverse consciente de la esencia íntima del desarrollo, a pesar de estos velos ideológicos, a pesar de su presencia actual. El mismo proletariado puede ser afectado por los terribles males de esta ceguera. Pero él mismo puede sustraerse a la ruina. El mismo debe, lo quiera o no, volverse profeta. Solo el grupo dirigente de la II Internacional va hacia la ruina, en la medida en que nace esta nueva visión.

El absoluto fracaso de la II Internacional en agosto de 1914 es la necesaria consecuencia de su «legalidad». Sus miembros han perdido toda conciencia de que para el proletariado la única realidad es la deseada unidad del proletariado de todo el mundo; que la división del mundo en «naciones» no es sino una forma de transición del desarrollo capitalista, con la que el proletariado debe echar las cuentas solo tácticamente de acuerdo a las relaciones de

fuerzas que se establecen de vez en cuando, pero con la cual no tiene relación íntima alguna. La afinidad de los partidos de la II Internacional con la imagen ideológica de nación era tan fuerte, que no solo Bebel podía hablar de «tomar el fusil a las espaldas» sino que hasta un Estado-*monstre* como Austria-Hungría podía encontrar sus defensores. Y ni siquiera la crisis de la guerra ha podido traer un esclarecimiento. Ya cuando el punto de vista era el de la resistencia victoriosa, ya el del *statu quo ante*, en ambos casos se expresaba el deseo de hacerse el avestruz, de no comprender los acontecimientos, para poder volver a la situación de preguerra, a la oposición legal. Por eso ellos han considerado toda la situación actual, sin querer entender razones, como una «transición» que debería reconducir a la «consolidación» de aquellos estados nacionales que ya antes de la guerra sobrevivían a sí mismos.

Esta toma de posición explica cómo la II Internacional no ha ido jamás más allá de una realidad en los papeles. La unión del proletariado era para ella solamente «recíproca simpatía» de los movimientos obreros nacionales, que en primer lugar eran «nacionales» y solo luego —y en la medida en que ello era posible— «solidarios» el uno del otro. La Internacional era, por así decir, la política exterior del proletariado en esa época. Pero como los partidos permanecieron prisioneros de la ideología nacional burguesa, debieron decidir sus propias actitudes de «política exterior» a remolque de la burguesía, y acceder a las aspiraciones y a los sentimientos de una «política exterior» proletaria tanto como una dependencia de tal tipo permitía. Por ello la II Internacional debió limitarse cada vez más a simples «resoluciones» y «manifestaciones». Ella se volvió un órgano poco a poco decorativo, apto para congresos y otras reuniones parecidas. *Al no lograr levantar la idea de la solidaridad internacional del proletariado más allá de las divisiones nacionales ni traducirla en actos, la II Internacional debía deshacerse con la crisis del nacionalismo imperialista, con la guerra mundial.* Las profundas raíces que estos prejuicios tienen en los estratos dirigentes del proletariado quedan demostradas con el hecho de que todavía hoy la cuestión rusa no es tratada como una cuestión de vida o muerte por todo el proletariado —y por ello respecto a cada proletario— sino como una cuestión de «simpatía» por Rusia, de «ayuda recíproca», de «política exterior proletaria», etc.

2. La III Internacional ha nacido de la desastrosa y sangrienta autocrítica del proletariado durante la guerra. Su esencia debe ser por lo tanto la falta de ilusiones, el sentido de la realidad, la capacidad de actuar. En su construcción se expresa nuestra perspectiva: por un lado, el mantenerse firmes, sin incertezas, en la idea de la *unidad de todo el proletariado*; por el otro, no hacerse nunca ilusiones sobre lo que ha sido alcanzado, nunca tomar la apariencia por la realidad, nunca construir la propia organización (a la manera de la II Internacional), *como si la unidad del proletariado se hubiera conquistado ya efectivamente, sino más bien para poder realizarla con la mayor rapidez posible.* Pero señalando a la III Internacional como la idea regulativa de la acción proletaria, *se postula esa unidad real del proletariado todo planteada como fin necesario, fin que debe determinar cada acción particular de manera inmediata y decisiva.*

Para toda verdadera unidad es necesaria la liquidación de la unidad falsa del pasado, considerada como necesario presupuesto dialéctico. Por cierto, desde el punto de vista del pasado, la nueva unidad que está por surgir debe presentarse necesariamente como destrucción, como caos y anarquía. Como el comunismo, para llevar a término la verdadera unidad del proletariado, debe comportar en la estructura del partido una fase de división y de «guerra civil», así la construcción de la nueva Internacional, la Internacional de la acción revolucionaria, puede alcanzar la verdadera unidad solamente a través de contrastes y de escisiones. Toda tentativa de anticipar los períodos de esta unidad, podría resultar desastrosa. Podría entonces confundirse apariencia y realidad. *La estructura y por lo tanto el espíritu de la Internacional agonizante se introducirían desde los orígenes en la III y envenenarían sus principios.*

La verdad con la que la III Internacional debe hacer las cuentas es que su actual posibilidad de existir es la de una idea. Si se quiere: la de una «mera» idea, que todavía no ha penetrado la inmediata realidad existente. Pero es necesario agregar: una idea que está penetrando cada vez más la realidad, que *debe* penetrarla completamente. Este deber, que ya se ha convertido en la regla de acción de las vanguardias conscientes del proletariado (y su contraposición de hecho, vale decir que él ha seguido siendo todavía un simple Deber en relación al proletariado íntegro), debe ser definido por la organización de la III Internacional.

Deben servir como punto de partida de esta organización la situación caótica de Europa y la también caótica fase de desarrollo de la revolución. Los viejos límites —los de los estados burgueses o las entidades económicas territorialmente limitadas, como los de los viejos partidos proletarios de oposición— están ya deshechos o en vías de liquidación. A la caída del viejo mundo se opone el camino espinoso del nuevo, el proletariado consciente *de manera abiertamente ilegal*. De esta ilegalidad siguen dos importantes momentos organizativos. Primero: que los partidos proletarios no deben asumir ni siquiera por un momento el punto de vista de la sociedad actual, no deben dejarse engañar por ninguna de sus mistificaciones ideológicas, sino que deben, en cambio, hacerse orientar en su acción solamente por la real situación del desarrollo económico. Segundo: que ellos han sido declarados —aun por los actuales poseedores del poder— como «libre presa», *que a su ilegalidad de principio, debe corresponder la ilegalidad de su mismo trabajo*. En realidad, existen fases de la lucha en las que es posible alcanzar cierta libertad de movimiento, de manifestación, de prensa, etc. Pero ello raramente se extenderá al movimiento de un gran conjunto y nunca, en el mismo período, a todo el movimiento. Y aun en los casos en que una limitada libertad haya sido conquistada, en el actual estado de cosas, ella jamás podrá aplicarse a la posibilidad de comunicarse con todo el proletariado. Las relaciones internacionales del proletariado, en las condiciones actuales de la lucha de clases, pueden ser solo ilegales. (Ello ha sucedido en Italia, donde el partido es aparentemente muy fuerte, y sin embargo el viaje del compañero Bombacci a Rusia fue prohibido).

Pero la ilegalidad excluye ya en el plano meramente técnico-organizativo las formas de la II Internacional: Congresos y Oficinas Centrales. Queda como

presupuesto que las relaciones deben ser vitales y no simplemente decorativas o burocráticas. En los hechos, los preparativos técnicos para un Congreso general, los viajes de delegados, etc., ocuparían tanto tiempo que la mayor parte de las relaciones y de las decisiones tácticas llegarían en la práctica siempre retrasadas, prescindiendo de las dificultades de la comunicación ilegal, que ponen siempre en duda la posibilidad de convocar reuniones generales.

Un comité central unitario de la III Internacional debería luchar sin duda contra las mismas dificultades. Aparte de este hecho, en el curso de una estricta centralización, el movimiento íntegro se hallaría continuamente en el peligro de una parálisis momentánea, en el caso de que el órgano central cayera en manos de la burguesía. El único medio para evitar este peligro —el de llevar a Moscú el órgano central— resultaría ilusorio por las dificultades de comunicación ya recordadas.

Estas dificultades exteriores deberían resultar ya suficientes para delinear la necesidad de una estructura descentralizada de la III Internacional, como consecuencia de la situación actual del movimiento. Pero la posición económica y política de Europa, de cuyo reconocimiento correcto hemos partido para determinar el verdadero fundamento de la legalidad de nuestro movimiento, hace necesaria esta descentralización aun desde puntos de vista prácticos y de principios. Hemos dicho: el desarrollo objetivo ha superado la forma organizativa de la nación, aunque la burguesía y la socialdemocracia —ideológicamente influida por ella— no sean conscientes del hecho. La verdadera división de Europa no se presenta ya por naciones. Aparece mucho más a partir de una serie de cuestiones que, desde el punto de vista de la burguesía (y de la socialdemocracia) de los países interesados, son completamente insolubles, y *cuya solución puede ser alcanzada solamente por la acción unitaria de todos los trabajadores tocados por el problema*. (Hacemos referencia solo a un par de ejemplos: el distrito carbonífero entre Polonia, Checoslovaquia y Austria, del cual dependen para la satisfacción de sus necesidades de carbón; la región nororiental de Hungría, entre Hungría, Checoslovaquia, Polonia y Ucrania; Fiume entre Italia y Yugoslavia). Estas cuestiones exigen una colaboración táctica ininterrumpida de los proletariados afectados por ellas; no pueden ser abandonadas a acciones aisladas de cada partido ni pueden depender de decisiones emanadas de centrales lejanas, porque así las respuestas a estos problemas no podrían tener jamás la necesaria inmediatez y oportunidad.

La división creada por estas cuestiones no se deja ordenar, respecto de la actual situación, según el esquema de la «unidad nacional». (Nuevamente es Polonia el ejemplo más claro; ella está ligada a Alemania por la cuestión de Danzig, a Checoslovaquia por Ostrava. Y se podría citar el caso de Italia —en relación a Yugoslavia— por Trieste-Fiume, a Austria por el Tirol, a Francia por la cuestión occidental). Estas cuestiones muy complejas no se dejan definir de modo fijo. El centro de la situación actual consiste justamente en este hecho: estamos en presencia de una continua desaparición y una continua reproposición de estas cuestiones, y existen hoy complejos problemas —que ayer nadie los sospechaba— mientras por otra parte desaparecen otros que parecían insolubles. (Pensemos en la común amenaza que constituye el terror blanco

en Hungría, coligado con Polonia contra Checoslovaquia, Austria y Yugoslavia, situación esta, determinada también por esos mismos países con su política hacia la Hungría soviética). Si la III Internacional quiere ser una viviente unidad del movimiento proletario, ella debe adaptarse organizativamente a esta situación del desarrollo.

El caos puede ser vencido solamente por *sólidos principios y una táctica dinámica elástica*. Justamente porque la revolución proletaria tiende a alcanzar una unidad de acción, ella debe construir esta unidad desde abajo, desde los problemas que empujan inmediatamente hacia dicha revolución. De aquí surge, ante todo, que en la situación actual del movimiento, *son necesarias más centrales tácticas*, siempre que ejerzan un real influjo sobre el movimiento y no se quieran limitar a reuniones de sociedad, entre representantes de partidos que actúan independientemente. En segundo lugar, es imposible «asignar» cada «país» a una central. Cada partido de la III Internacional debe ponerse en continuo e inmediato intercambio de ideas con los partidos de los otros países, con los cuales, en el sentido ya aclarado, tiene problemas en común, a fin de que una colaboración táctica sea realmente posible. Se deriva de ello que cada partido debe tener profundas relaciones con todas aquellas centrales, a las cuales está ligado por problemas de la misma naturaleza; *es decir, que cada partido debe estar representado en varias centrales*.

Puede parecer que este modo de pensar está dirigido contra la organización centralizada y quiere limitar la relación entre los distintos partidos a una comunicación directa sobre las cuestiones más apremiantes. Ello es también, en parte, verdad. Ninguna estructura de la Internacional, sea con una o sea con varias centrales, *puede limitar la relación inmediata de los partidos entre sí*. Por el contrario, es objetivo principal de cada una de estas centrales proveer a fin de que esta relación sea más intensa que cuanto podrían realizarla los partidos solos. Aquí se muestra cómo las consecuencias extraídas de nuestro modo de pensar serían solamente en parte correctas. Su corrección consistiría solo en el hecho de afirmar que las organizaciones de la III Internacional no deben *cristalizar* ni su relación interna ni su relación con los partidos ni la relación entre partidos y partidos. Ellas deben mantener esa flexibilidad organizativa, que es la única capaz de adaptarse a la continua transformación de los problemas. El caos que corresponde a estas relaciones, a esta flexibilidad, es a la vez el camino que lleva a la unidad. *Y la voluntad consciente de la unidad debe expresarse en el proletariado también organizativamente*. Tanto más cuanto la ligazón inmediatamente táctica de los grupos singulares expresa, casi sin excepción, profundas analogías en el desarrollo de países separados entre sí. De modo que, casi siempre, no solo los problemas inmediatamente tácticos, sino también aquellos tácticos de importancia fundamental, muestran obligada e imperiosamente la necesidad de un continuo intercambio de experiencias. Así, también estas centrales —aun en su campo de por sí limitado— deben evitar atenerse rígidamente al esquema del congreso. Dejando de lado el hecho de que las reuniones ilegales se verifican tanto más raramente cuanto más personas y cuanto más vastos distritos deben recoger, los frecuentes intercambios de puntos de vista sobre problemas de inmediato y co-

mún interés, cumplidos de vez en cuando por un determinado grupo de partidos interesados, constituyen una enseñanza mejor para la acción común que los congresos con sus resoluciones, a menudo demasiado generales. Con ello no se debe de ninguna manera desvalorizar su significado. La unidad y la solidez de los principios, que solo así puede ser alcanzada, es el presupuesto de la elasticidad táctica. Sobre las cuestiones de principio la III Internacional debe conservar la más completa unidad. Pero esta unidad de base puede hacerse valer en la realidad solamente si ha realizado en las cuestiones más inmediatamente urgentes la unión objetiva del proletariado a través de su acción, a través de una táctica unitaria.

En los hechos, la imposibilidad para todo el movimiento proletario europeo de hallar una forma organizativa unitaria, se funda en última instancia, en el hecho de que el proceso de liquidación del capitalismo y, de manera correspondiente, el desarrollo de la conciencia de clase del proletariado muestran, sin más, niveles distintos en los distintos países. En los «vencidos» no solo el aparato estable, sino el mismo aparato sindical y socialdemócrata, están mucho más arruinados que en los países «vencedores». Se deriva que, para toda una serie de problemas tácticos, surgen grandes convergencias que deben expresarse en la organización central de la Internacional.

La II Internacional conocía solo movimientos nacionales, que eran recogidos en unidad ficticia. La III Internacional crea síntesis vitales de los movimientos que ya sobrepasan los límites «nacionales». Estas síntesis son etapas en el camino de la verdadera unidad. Ello significa que corresponden siempre a un preciso estadio del movimiento, que se consideran como transiciones, como fases provisionales, que se dividen o unen, que cambian el lugar y el modo de su acción, según lo que exige la situación de la lucha de clases en el momento dado.

LA MISIÓN MORAL DEL PARTIDO COMUNISTA

1. Como todo escrito de Lenin, también este nuevo opúsculo [15], requiere el más atento estudio de parte de todos los comunistas. Él muestra todavía, una vez más, la extraordinaria capacidad de Lenin de aprehender los elementos de novedad decisivos de una nueva fase de desarrollo del proletariado, de comprender su esencia y volverla comprensible. Mientras los escritos anteriores estaban dedicados más bien a la polémica, en el intento de conocer a fondo las organizaciones de lucha del proletariado (el estado ante todo), este último está dedicado a los primeros gérmenes de la nueva sociedad. Como la forma de producción capitalista, con su disciplina del trabajo impuesta por la coerción económica (hambre), era superior a la mera violencia del servilismo de la gleba, así el trabajo colectivo libre de hombres libres en la nueva sociedad supera largamente al capitalismo, aun en relación a la productividad. Los derrotistas socialdemócratas de la revolución mundial demuestran al respecto un gran escepticismo. Ellos se remiten al relajamiento de la disciplina, a la caída de la productividad, a todos esos hechos en suma, que acompañan necesariamente la crisis del orden económico capitalista. Y con una impaciencia y una intolerancia parejas solamente a la paciencia y la tolerancia que demuestran en relación al capitalismo, reprochan a Rusia soviética que esta situación no haya sido cambiada *rápidamente*. Falta de materias primas, choques internos, debilidades organizativas, valen como excusas *solo para los estados capitalistas*; según los socialdemócratas, un estado proletario debería significar, en el momento mismo de su nacimiento, la transformación interna y externa de toda situación, la mejora en todo campo de la sociedad. Los verdaderos revolucionarios, como Lenin, se distinguen de este utopismo pequeño burgués justamente por la ausencia de toda ilusión. Ellos saben qué debe esperarse de la economía derrumbada con la guerra mundial y, sobre todo, de *hombres* espiritualmente corrompidos por el capitalismo, educados en el egoísmo. Pero falta de ilusiones no significa nunca para el verdadero revolucionario abatimiento y desesperación, sino más bien una fe reforzada por el conocimiento de la misión histórica del proletariado; una fe que no puede ser destruida ni por la extensión, ni por las circunstancias —a menudo peor que desfavorables— de su desarrollo; una fe que recoge en sí todo esto, y a través de estos obstáculos y de estos retrasos no pierde nunca de vista ni su fin ni los signos de su acercarse.

El sábado comunista, la movilización por el trabajo que el partido comunista se ha empeñado en organizar, han sido examinados a menudo y desde distintos puntos de vista. Se entiende que el peso del análisis fue siempre lleva-

do sobre las consecuencias económicas, de hecho alcanzadas o alcanzables. Pero por todo lo importantes que estas sean, el sábado comunista significa algo distinto: la posibilidad y el modo de sus orígenes superan ampliamente las inmediatas consecuencias económicas. «El sábado comunista —dice Lenin— tiene por ello una extraordinaria importancia histórica. Él nos muestra la consciente y libre iniciativa de los obreros en el desarrollo de la productividad del trabajo, en el tránsito a la nueva disciplina del trabajo, en la creación de la economía y de las condiciones de vida del socialismo».

A menudo les ha sido reprochado a los partidos comunistas no rusos el hecho de seguir de modo demasiado servil el modelo ruso en sus acciones y en sus objetivos. Creo que en muchos puntos (y nada marginales) se nos presenta el caso exactamente opuesto: los partidos comunistas europeos no pueden o no quieren comprender a fondo las verdaderas raíces de la fuerza del movimiento ruso, y aun cuando se vuelven en parte conscientes de ella, no incorporan nunca a la vida estas enseñanzas.

El sábado comunista, en cuanto primer brote del pasaje de la disciplina capitalista del trabajo a la socialista, en cuanto primer paso del «salto del reino de la necesidad al de la libertad», no es *de ninguna manera una cuestión institucional del gobierno soviético, sino objetivo moral del partido comunista*. Y también este aspecto decisivo de la realidad del partido comunista ruso es valorizado de manera mínima por los partidos hermanos; si solo en contadas oportunidades se extraen enseñanzas tan necesarias, el ejemplo, en cambio, nunca es seguido.

2. Todos nosotros sabemos y repetimos continuamente: *el partido comunista es la expresión organizada de la voluntad revolucionaria del proletariado*. Él no está entonces determinado de ninguna manera para comprender en sí, de buenas a primeras, a la totalidad del proletariado. En cuanto guía consciente de la revolución, encarnación de la idea de la revolución, más bien debe unir a las vanguardias, a los obreros que tienen una real conciencia de clase revolucionaria. La revolución está producida en sí necesariamente a través de la obra de las fuerzas económicas. Tarea y misión del partido comunista es dar *dirección y fin* al proceso revolucionario que, por lo menos en gran parte, surge independientemente de él. Tarea y misión del partido es conducir las explosiones elementales que se producen por la crisis del orden económico capitalista al único camino recorrible para alcanzar la salvación, al camino de la dictadura del proletariado.

Entonces, mientras los viejos partidos eran un montón de compromisos, masas heterogéneas, que por eso se burocratizaban muy rápido y también rápidamente dejaban que se formaran en su interior aristocracias de funcionarios y subfuncionarios, los nuevos partidos comunistas deben representar la pura expresión de la lucha de clases, de la revolución, la superación de la sociedad burguesa. Pero el pasaje de la vieja a la nueva sociedad, *no significa en lo más mínimo una simple mutación económica e institucional, sino, al mismo tiempo, una transformación moral*. Que quede claro: nada está más lejos de nosotros que el utopismo pequeñoburgués de quien piensa que una transformación social se hace posible solamente luego de una íntima transformación

del hombre. El carácter pequeñoburgués de esta concepción consiste, no en último lugar, en el hecho de que, conscientemente o no, la transformación social es relegada a la inmensa lontananza del infinito). Nosotros decimos más bien que el pasaje de la vieja a la nueva sociedad es una consecuencia necesaria de fuerzas y leyes objetivo-económicas. Pero este pasaje es también — junto a toda necesidad objetiva— el de la sujeción y objetivación a la libertad y humanidad. Por esta razón *la libertad no puede ser simplemente un fruto, un resultado del desarrollo, sino que pone una fase de ese desarrollo, durante la cual se convierte en una de las fuerzas motrices*, durante la cual su significado en cuanto fuerza motriz se acrecienta de continuo, hasta el momento en que asume por completo la guía de la sociedad ahora humanizada, poniendo fin a la «prehistoria de la humanidad» y dando comienzo a su historia efectiva. El comienzo de esta fase, creemos, coincide con la formación de la conciencia revolucionaria y la fundación de los partidos comunistas. Efectivamente, cada partido comunista que no está en *oposición* a la sociedad burguesa, sino que encarna en los hechos la *negación* de tal sociedad, no representa simplemente una contraposición de los viejos partidos socialdemócratas sino más bien el comienzo de su aniquilación, de su desaparición. Era la tragedia más profunda del movimiento obrero, que ese movimiento, en el aspecto ideológico, no hubiera logrado nunca liberarse completamente del terreno del capitalismo. Los viejos partidos socialdemócratas *jamás intentaron seriamente* realizar esta separación. Compromisos, caza de los votos, demagogia fácil, intrigas, arribismo y burocracia son características de los partidos socialdemócratas, tanto como de los partidos burgueses. La política de coalición con los partidos burgueses no es por ello solamente consecuencia de necesidades políticas objetivas, sino de la estructura interna, de la verdadera esencia de los partidos socialdemócratas. Es por ello muy comprensible que, en las corrientes auténticamente revolucionarias, pero todavía no claramente conscientes del movimiento obrero, haya venido expresándose una tendencia contraria no solo al carácter pequeñoburgués, corrompido y contrarrevolucionario de los viejos partidos, *sino a la esencia del partido en general*. Una de las razones del origen y de la fuerza de atracción del sindicalismo está sin duda justamente aquí: en la negación opuesta por los viejos partidos al *carácter ético* de la organización.

El partido comunista ruso nunca ha incurrido en el peligro que aquí se plantea. Al dilema: viejos partidos o sindicalismo, organización burocrática o fracturación del partido, siempre ha respondido con claridad proponiendo una tercera posibilidad. De esta posibilidad nosotros observamos las *consecuencias* en el desarrollo de la Revolución rusa; pero hemos sido hasta ahora demasiado viles o demasiado perezosos como para reconocer sus *fundamentos* y asumirlos en nuestro movimiento como fuerzas motrices.

3. Las razones de la fuerza del partido comunista ruso consisten: primero, en su organización interna; segundo, en el modo en que concibe su propia tarea y su propia misión; tercero, y como consecuencia, en el modo de actuar sobre los compañeros. A diferencia de los viejos partidos socialdemócratas y de la parte más grande de los mismos partidos comunistas no rusos, es un

partido cerrado, no abierto. No solamente porque no exige a cualquiera que se afilie (que es una de las razones de fondo de la corrupción y del compromiso), sino porque no todos aquellos que quieren afiliarse, son aceptados. El estrato de los llamados simpatizantes «amigos de los comunistas» funciona como filtro: solo quienes muestran tener los requisitos *morales* exigidos a un comunista ruso, son aceptados en el partido. El partido no busca de cualquier manera el simple crecimiento numérico de los afiliados, sino que repara más bien en la calidad de quien permanece en sus filas. Por ello se vale de toda ocasión ofrecida por las grandes luchas revolucionarias, para la *limpieza del partido*. «La movilización para la guerra de los comunistas —dice Lenin— ha venido a ayudarnos: canallas y sinvergüenzas nos volvieron las espaldas. Una disminución tal del número de los afiliados significa un aumento importante de la fuerza y de la autoridad del partido. Y debíamos proseguir esta obra de limpieza, utilizando la iniciativa del «sábado comunista»». Esta obra se funda, entonces, en «un *crecimiento ininterrumpido de los objetivos* en relación a un modo de trabajar realmente comunista».

Esta estructura interna del partido comunista ruso llama al segundo aspecto de nuestras consideraciones: la misión del partido en la revolución. El partido comunista, en cuanto vanguardia de la revolución, siempre debe preceder por lo menos en un paso al desarrollo de las masas. Como él es consciente de la necesidad de la revolución en un período en el cual las grandes masas no experimentan sino una genérica y sorda insatisfacción por su situación, así debe existir ya en el interior del partido la conciencia del reino de la libertad, y tal conciencia debe influir profundamente sus acciones, mientras las masas que los siguen no están todavía en condiciones de salir ideológicamente del terreno corrompido de la sociedad capitalista. Este papel del partido comunista se ha vuelto actual en toda su amplitud solamente con la formación del gobierno de los consejos. Es decir, cuando el proletariado llega a poner en el plano institucional su propio poder todo viene a depender de este problema: si el *espíritu* que vive en él es realmente el del comunismo, el de la nueva humanidad que está surgiendo, o si en cambio está todavía influido por la vieja sociedad. Principio de clarificación y empuje hacia adelante puede ser solo el partido comunista. Como la transformación de la forma de gobierno es imposible si no logra determinar al mismo tiempo una transformación interior del hombre, todos los habituales fenómenos de la sociedad capitalista (burocacia, corrupción, etc.) deben ser suprimidos en las instituciones soviéticas; o de otra manera, aun antes de su efectiva estructuración, ellas pueden degenerar o fosilizarse. Aquí el partido debe intervenir como crítico, modelo, constructor, ordenador y reformador. Y solo él está en condiciones de hacerlo [16].

Así el partido comunista, luego de haberse convertido en el educador del proletariado en la revolución, debe educar a la humanidad íntegra en la libertad y la autodisciplina. Pero esta misión el partido puede cumplirla solo si desde el comienzo ha agotado entre sus afiliados este trabajo de educación. Sería un modo de pensar absolutamente no marxista y no dialéctico si quisiéramos separar groseramente las dos fases de este proceso. Ellas avanzan de manera absolutamente inescindible, y nadie puede decir dónde empieza una

o dónde termina la otra. El ideal humano del reino de la libertad debe vivir y actuar en el partido como principio consciente de su acción desde su origen: las formas de organización, esclarecimiento y propaganda son instrumentos decisivos para este objetivo. Pero no los únicos. Mucho más cuenta —aún, este es justamente el elemento esencial— que *los comunistas mismos actúen como hombres*.

El partido comunista debe ser la primera encarnación del reino de la libertad. En el partido debe dominar el espíritu de fraternidad, de verdadera solidaridad, la voluntad y la capacidad de sacrificarse. Si esto falta, o si no nos esforzamos seriamente por hacer vivir estos principios, entonces el partido comunista se diferenciará de los burgueses solamente por su programa. Existe aún el peligro de que el abismo insuperable que separa el programa del partido comunista del programa de los oportunistas y los indecisos, termine confundiéndose y que el partido se transforme en el ala izquierda de los «partidos del trabajo». También a través del reconocimiento en palabras de la III Internacional de parte de los partidos del centro, está aumentando el peligro de que la diferenciación cualitativa del partido comunista respecto de los otros se convierta en cuestión puramente cuantitativa, hasta desaparecer gradualmente. Cuando menos un partido comunista realiza su propio ideal en el plano organizativo y en el espiritual, menos está en condiciones de oponerse con todas sus fuerzas a esta general actitud de compromiso y, por otra parte, menos puede *educar* como verdaderos comunistas a los elementos no conscientes, pero auténticamente revolucionarios (sindicalistas, anarquistas, etc.).

Compromiso y disolución se nutren de la misma fuente: la insuficiente transformación interna de los comunistas mismos. Cuanto más sepan los comunistas no aceptar compromisos (los comunistas entre sí y, con ellos, los partidos comunistas) con todas las escorias de la vida de los partidos capitalista-socialdemócratas, con la burocracia, la intriga, el arribismo, tanto más su pertenencia al partido se convertirá en milicia común y unidad espiritual, tanto más estarán en condiciones de cumplir su propia misión: reunir las fuerzas revolucionarias, convencer a los inseguros, despertar a la conciencia a las masas, derrotar y aniquilar definitivamente a los sinvergüenzas y a los oportunistas. Una época revolucionaria rica en difíciles y largas batallas como la que tenemos por delante, nos ofrece innumerables ocasiones para esta obra de autoeducación. Los compañeros rusos nos muestran, ya en el aspecto organizativo, ya en el humano, el modelo más rico que hoy se pueda desear. Y es hora de que nosotros *comencemos* también aquí a emular el ejemplo ruso.

BLOQUEO CAPITALISTA, «BOICOT» PROLETARIO

1. El bloqueo capitalista ha comenzado a actuar en mayor medida durante la guerra mundial como medio de lucha de un grupo imperialista contra el otro. En última instancia, no era sino la lucha que se había vuelto nacional (y en parte supranacional) contra un incómodo competidor de parte de un grupo industrial; un tipo de lucha que, en tono menor, ha funcionado muy a menudo en precedentes estadios del capitalismo. Pero sin duda, la extensión cuantitativa de la lucha de ramas industriales particulares concentradas, o en vías de concentración, a la íntegra «producción nacional» significa a la vez un cambio cualitativo de la situación. Por un lado, *ganancias y pérdidas* del bloqueo se dividen muy desproporcionadamente entre distintos estratos del frente unitario nacional-capitalista; por otro, la efectiva verificación del bloqueo hace necesaria una decisiva transformación organizativa y técnica de la producción íntegra. (Surgimiento de nuevas industrias en sustitución de los artículos antes importados por las naciones ahora bloqueadas; necesidad de remplazar con nuevas técnicas determinadas materias primas que pueden ser tomadas solamente de allá, etc....) Este proceso que aparentemente lleva a un extraordinario refuerzo del capitalismo «nacional» (por ejemplo, ahora en América; durante el «victorioso» período de la guerra también en Alemania), acelera en realidad su destrucción. En los hechos la situación de monopolio malsana e innatural que así ha sido alcanzada, se demuestra, en cuanto se debe volver a la producción «normal», como insostenible; es decir, que los monopolios solo pueden mantenerse por medio de presupuestos intrínsecamente económicos y por ello deben vacilar de inmediato en el caso de un decidido debilitamiento de la potencia política. (Prescindiendo por completo del hecho de que el sistema de apropiación del material antes ligado necesariamente con esta economía, por un lado, y por el otro el sistema de acumulación no económica del material mismo, traen consigo los gérmenes de crisis más graves). También es propio de un sistema tal que se haga difícil realizar una limitación de sus alcances.

2. En última instancia, en el bloqueo que los estados imperialistas imponen a los proletarios, se presenta todavía más decisiva para el capitalismo esta infausta unión de economía y política, esta supremacía en acto de los negocios puramente económicos por medio de la política. Aquí las medidas económicas se dirigen a un objetivo puramente político: la protección de la explotación capitalista ante la revolución proletaria; y en tal circunstancia, aparentemente, el frente unitario capitalista está, por lejos, mucho más sólidamente unido que en el bloqueo de competencia de la guerra: la comunidad de intereses de

todo el capitalismo parece aquí, luego de su amenaza mortal, verificarse verdaderamente. Sin embargo, este frente unitario de la acción es tanto más débil cuanto más fuerte es el frente unitario de la ambición. Cuanto más fuerte es la efectiva amenaza para el capitalismo, cuanto más fuerte es la profunda consolidación del estado proletario, cuanto más amenazante es el acercarse de la revolución, tanto menos pueden conciliarse los intereses de la explotación en general con las concretas pretensiones de explotación de singulares estados capitalistas y de singulares grupos capitalistas en los singulares estados. La voluntad de un frente unitario está en aumento; por el contrario, está en disminución la posibilidad de su entrada en vigor.

Burguesía y proletariado, en el estado decisivo de la lucha de clases, van a parar a caminos cada vez más afines: la acción de la burguesía resulta cada vez más consciente y fuertemente determinada por motivos que se acercan al materialismo histórico. Pero aquello que para el proletariado es una fuente de rejuvenecimiento y de fuerza se vuelve un veneno para la burguesía. Mientras es un signo de la creciente energía revolucionaria consciente del proletariado, si sus acciones originalmente solo económicas empiezan a volverse políticas, el mismo proceso, que se muestra de la manera más fuerte en este bloqueo, significa para el capitalismo una permanente e insoluble crisis interna. Solo un capitalismo tan fracasado en su interior como el francés puede arrojar a esta lucha con energía casi plena; y hasta por ello molesta la misma necesidad del arma eventualmente decisiva de la contrarrevolución: la misma necesidad que exige la incondicional supresión de Rusia, y una debilidad económica y militar de Alemania [17]. Todavía más notable se presenta el mismo contraste en Inglaterra. Mientras, por un lado, Inglaterra es la más diligente y hábil organizadora de la contrarrevolución y con ella del bloqueo, es obligada, por otro lado, por razones económicas que no podemos ilustrar aquí, a una tendencia de abolición y ruptura del bloqueo mismo. Las bases económicas del capitalismo y el aparato de poder del estado imperialista que se funda sobre ellas, pueden en la actual fase de la lucha de clases, incurrir en una contradicción entre sí no resoluble. El aparato de poder se ha vuelto independiente y persigue sus propios fines, que no coinciden ya con los fines de las necesidades económicas del capitalismo. Cuanto más fuerte es el capitalismo de determinados estados, tanto más enérgicamente él se defenderá contra esta autonomía del estado (de la protección de la explotación) y seguirá sus concretos intereses económicos. Pero estos requieren, con voz imperiosa, la abolición del bloqueo, el mejoramiento de la cotización por medio de oro ruso, la importación de materias primas, el mantenimiento de la «democracia», etc. Cuando más fracasado es un capitalista, tanto menos puede defender estos sus intereses contra el más rígido aparato proteccionista. Un camino directo con tramos deslizantes lleva de la oposición *Lloyd George-Churchill* a través de la política francesa de *Foch-Clemenceau* hasta *Horthy*. La concentración de todas las fuerzas contrarrevolucionarias en la forma del bloqueo puede conservar solamente en la forma exterior su valor actual; por dentro ella ya está decrepita y será destruida sin salvación por sus mismas contradicciones dialécticas internas.

3. La organización internacional del proletariado, su concentración —también internacional— de un frente unitario contra la explotación y la opresión, se desarrolla paralelamente a este desmoronamiento interno del frente unitario capitalista. El surgimiento de esta unidad activa del proletariado que, si es completada, significará la organización del único proletariado mundial como clase, puede naturalmente ser el fruto solamente de una lucha esforzada, llena de desilusiones y de derrotas. La unidad en las palabras de la II Internacional, como si los intereses del proletariado mundial no fueran también directamente los mismos, como si solamente la «simpatía» debiera unir al proletariado de una nación con el de otra, como si el problema de la solidaridad fuera solo el de una «política exterior» del proletariado y no el de una misma lucha de clases; esta concepción está todavía radicada muy profundamente en la clase obrera y solo una más larga y revolucionaria lucha podrá cambiarla [18]. La historia de las acciones internacionales de los últimos tiempos lo muestra muy claramente. La acción proyectada y completamente fallida en favor de los Consejos húngaros (21 de julio de 1919) fue el primer paso: no ha llegado a ser siquiera una «demostración» eficaz. La agitación «Hands off Russia» de los meses últimos ha movido más las aguas; sin embargo, en ella apareció claramente el peligro del actual estadio: el ocultamiento de una intención oportunista detrás de frases revolucionarias. En los hechos, a la par de las asambleas perfectamente logradas, de las más hermosas resoluciones por Rusia, se produjeron, en todas las fábricas de Norteamérica y de Europa, casi sin obstáculos, medios bélicos para los ejércitos contrarrevolucionarios; sin ningún impedimento, dotados de todo medio de ayuda y sin ser molestados pudieron ser organizados para abrir el conflicto. Pero con la enfermedad surgió al mismo tiempo el modo de curarla. Es decir, mientras las organizaciones oficiales del proletariado se conformaban con explicaciones platónicas, el movimiento, que fue desencadenado por sus palabras, fue mucho más allá de lo que habían previsto, aunque solamente en una minoría consciente de la clase obrera. En Inglaterra, en Italia, en Checoslovaquia y en Austria hubo por todos lados ejemplos de sabotaje activo de la producción de armas y de municiones y principalmente negativa para transportarlas. Aunque proteste el capitalismo de una de estas naciones contra estas acciones «anárquicas» y «terroristas» del proletariado; aunque invoquen también los oportunistas, todavía tan elocuentes, los «productos alimenticios» que dicen recibirse por armas y municiones: la acción del proletariado, una vez iniciada, no se dejará detener. Por cierto, esta lucha deberá destruir la ilusión más peligrosa: *la ilusión de que el proletariado de cualquier nación puede correr en ayuda de otro proletariado, enérgicamente, sin empeñarse en una lucha a vida o muerte con su propio capitalismo*. La «política exterior» proletaria de los oportunistas, la política de las resoluciones hermosas, pero que no dicen nada, vive de estas ilusiones. Porque el proletariado, cuya *actual agitación, todavía sin claridad*, empuja a las clases dirigentes oportunistas a tales declaraciones (aparente solidaridad), con el tiempo no se conformará ya con palabras. Se aprenderá en la lucha misma la aplicación de los medios de lucha más eficaces, se volverán conscientes de la completa e inmediata comunidad de intereses de todos los

trabajadores; y entonces en cada momento se emprenderá conscientemente la lucha con el propio capitalismo para los fines de la solidaridad internacional. Entonces, solamente entonces, la solidaridad verbal de las resoluciones se transmutará en una solidaridad activa, revolucionaria.

4. Toda acción internacional del proletariado puede ser justamente valorizada solo desde este punto de vista, como paso hacia esta unidad de acción. Debemos considerar en este informe también el «boicot» contra la Hungría de Horthy; es un importante paso en dirección a la concentración del proletariado mundial hacia la unidad de acción revolucionaria; un paso significativo, pero, sin embargo, un paso cuyo significado puede ser por ello valorado menos por sus inmediatos éxitos que por sus defectos educativos. En el «boicot» son significativos, ante todo, sus considerandos. Los traidores de la solidaridad proletaria del 21 de julio han renegado de ella. Aunque si hoy como entonces toda acción revolucionaria les es extraña, resulta un dato efectivo que ellos, del abierto sabotaje del año pasado, se han dispuesto a una acción muy importante y significativa, aunque en sustancia guiada por ilusiones oportunistas y proyectada oportunísticamente. Significativa por la doble presión que, por un lado, ejerce sobre ellos la agitación revolucionaria de las masas que guían y, por el otro, la contrarrevolución que crece de manera constante y amenazadora, de manera más abiertamente manifiesta. Los sindicatos fueron obligados a la acción por esta doble presión. La acción por ellos promovida puede tener valor, sin embargo, solamente si sobrepasa el plan pensado y proyectado, si se quita las ilusiones en que están prisioneros sus promotores, y si se vuelve consciente de su carácter revolucionario, vetado por los jefes. «La lógica de las cosas hablará —dice Marx—. Pero el honor del partido obrero exige que él rechace tales ilusiones aun antes que su nulidad explote en la experiencia. *La clase obrera es revolucionaria o es nada*».

Las ilusiones sobre el «boicot» son de dos tipos. En primer lugar, en cuanto a su posible efecto. En segundo lugar, en cuanto al modo de su entrada en vigor y de su aplicación. En los hechos, en primer lugar, es una ingenua ilusión creer que en Hungría podían ser creadas normales condiciones «democráticas» con alguna «seguridad» o «garantía» del gobierno. La contrarrevolución húngara se encuentra en una situación de tal fracaso, que se puede apoyar exclusivamente sobre la pura y brutal fuerza de las bayonetas. No puede renunciar a este apoyo en ningún instante —en la realidad, no en las palabras— sin firmar su propia condena a muerte. Hungría se halla en una situación en la que una parcial liberación, una mitigación de los «abusos» es imposible; donde entonces solo la fuerza del proletariado puede procurar la liberación. La segunda y todavía más ingenua ilusión consiste en creer que el «boicot» se podría dirigir solamente contra la Hungría de Horthy como si, en correspondencia a su «legalidad», sin más debería cesar bajo los buenos auspicios de los gobiernos «democráticos» de las otras naciones. Ya los primeros días han demostrado que la más severa verificación del «boicot» choca con la más exasperada oposición de los sectores capitalistas de todas las naciones. Y las oposiciones aumentarán día a día: tanto más cuanto la duración del «boicot» sea mayor, cuanto menos permanezca en el papel. No solo porque ciertos ca-

pitalistas están interesados económicamente en el mantenimiento del libre comercio con Hungría, sino porque en la lucha se manifiesta con claridad cada vez mayor que las clases burguesas intencionadas «democráticamente» y sus estados se hallan interiormente ligados a Horthy a través de una comunidad de intereses mucho más profunda, respecto de lo que puedan estar ligados al más moderado y oportunista movimiento sindical, en cuanto él deja de ser un manto para cubrir masacres impunes de proletarios. Toda acción unitaria del proletariado refuerza el frente unitario de la contrarrevolución. Si esta unidad en la lucha debe naufragar también por sus contradicciones internas, entonces dichas contradicciones pueden manifestarse solamente en la lucha misma y también solo en la lucha pueden crecer hasta llegar al aniquilamiento de la burguesía.

5. Ausencia de ilusiones no significa nunca en la lucha revolucionaria ausencia de coraje. Marx dice: «tomar las cosas como son, es decir, hacer ver el interés revolucionario de un modo que corresponda a las circunstancias cambiantes». Si nosotros, entonces, no debemos tener ilusión alguna en lo referente a los objetivos deseados por el «boicot», debemos mostrarnos tanto más llenos de esperanza en cuanto a sus consecuencias no deseadas, pero necesarias. Estas son de la más grande importancia, en primer lugar para Hungría. El proletariado húngaro que sufre terriblemente bajo el terror blanco, que en este sufrimiento llega con esfuerzo a una conciencia revolucionaria, siente por primera vez, desde los tiempos de su represión, en lo profundo de su cárcel, la voz de un hermano que lo ayuda. El terrible aislamiento del proletariado húngaro, que combate heroicamente, se había iniciado el 21 de julio de 1919 y termina con la declaración del «boicot». Para el proletariado húngaro con ello se ha vuelto realidad la solidaridad internacional de todos los proletarios. El «boicot» puede triunfar o fracasar, sus consecuencias inmediatas pueden crear una cólera mayor del terror blanco; el proletariado húngaro sabe ahora que no debe llevar a fin su lucha solo. Su energía revolucionaria, su conciencia revolucionaria, reciben un esfuerzo inextinguible para la lucha que se acerca. Desde este punto de vista, pero solo desde este punto de vista, aun las eventuales «concesiones» del gobierno húngaro (aunque sean tan conscientemente mentirosas) asumen un significado de cierta importancia revolucionaria. Porque toda «concesión» del gobierno significa —desde este punto de vista— un retroceso de la contrarrevolución húngara ante la potencia del proletariado internacional. La fuerza «moral» de las bayonetas, el sentimiento paralizador de su invencibilidad, son rotos por el proletariado húngaro. Prescindiendo por completo del efecto desmoralizador que puede suscitar todo retroceso —aún tan aparente— en las filas de la contrarrevolución, esta victoria moral significa una acción ganada de avanzada en la gran lucha inminente del proletariado húngaro.

Efectos parecidos tendrá el «boicot» sobre la clase obrera no húngara. Ya hemos hecho referencia a estos efectos en lo esencial. La oposición que las clases capitalistas y sus secuaces ideológicos desarrollan contra el «boicot» debe obligar al proletariado a acciones revolucionarias. Ello desenmascara para el proletariado la comunidad de intereses de todos los opresores y le

muestra el único modo posible de una acción proletaria verdaderamente internacional: *la lucha sin piedad contra sus propios opresores*. Este sobrepasar con la acción los objetivos prefijados originariamente deberá profundizar el abismo entre las masas revolucionarias y las clases dirigentes oportunistas. En los hechos, o las masas lograrán (cosa que en caso de emergencia es extremadamente improbable) empujar a sus propios dirigentes a una acción revolucionaria, con la que sería sustancialmente intensificada la lucha de clases en toda Europa; o estos ceden, traicionan, sabotean el movimiento iniciado por ellos mismos. En última instancia, a través de la toma de conciencia de este abismo, se ha dado un paso esencial hacia la revolución: la separación interna de la clase obrera de la ideología de la II Internacional. Si, a pesar de ello, una parte de los trabajadores se reconoce verbalmente en la II y una parte de los dirigentes otro tanto en la III Internacional, ello no es por ahora determinante. La prosecución del movimiento, las acciones ulteriores darán necesariamente el verdadero esclarecimiento. Aquí debe utilizarse la actividad de los partidos comunistas o, en las naciones donde no están presentes, la de los grupos conscientemente comunistas. Su objetivo es no dejar empujar plácidamente el «boicot» al agua navegable proyectada por el oportunismo legalista: no tolerar que sea diplomáticamente ocultada la distancia entre palabra y acción, frase y revolución. Mientras la situación política europea pone al proletariado en la necesidad de actuar solidaria e internacionalmente, a todas las organizaciones comunistas se les da una oportunidad espléndida para reforzar, profundizar y difundir su influencia clarificadora entre las masas en el desarrollo objetivo de la acción. En los hechos, la gran enseñanza a partir de la cual se formó la III Internacional —que toda acción verdaderamente proletaria, verdaderamente revolucionaria, es una acción esencialmente internacional, que los llamados intereses inmediatos del proletariado no se diferencian en nada de los intereses comunes a toda la clase obrera, que el enemigo a combatir es siempre el capitalismo mundial, que este capitalismo puede ser derrotado solamente con la lucha contra los opresores directos— puede volverse viva en la conciencia del proletariado solo por acciones como este «boicot». Si el «boicot», por el momento, puede tener solo un efecto educativo y propagandístico, se llegará justamente a través de él (o a través de una acción futura semejante del proletariado) a una temible e insuperable arma de la lucha de clases. Mientras el proletariado se educa de esta manera en la unidad de acción, desarrolla estas fases de su autoeducación hacia terribles golpes al capitalismo, golpes por medio de los cuales un día seguramente lo aniquilará. El proletariado puede constituirse en clase solo en la real lucha de clase. Que este proceso está haciendo poderosos progresos sobre las cabezas de los llamados pensadores y dirigentes, es algo que queda demostrado por el «boicot». La crisis del capitalismo mundial se vuelve incurablemente aguda: empuja al mundo con inexorable presión a los dos campos de la revolución y de la contrarrevolución. Aun acentuando actualmente la unidad de la burguesía, aun desarrollándose más en el plano de la organización: ello no cambiará nada de las perspectivas de la victoria definitiva. En los hechos, mientras el proletariado puede vencer solamente gracias a su frente unitario, el capitalis-

no debe caer justamente por su logrado frente unitario. Victorias transitorias y circunstanciales de la contrarrevolución no significan nada. «También el terreno de la contrarrevolución es revolucionario», dice Marx.

OPORTUNISMO Y PUTSCHISMO

Ningún comunista consciente y sincero consigo mismo querrá y podrá olvidar que los partidos comunistas (excluido el ruso) deben hacer las cuentas con una grave crisis. Esta crisis, cuyos primeros síntomas se presentaron desde la fundación de los partidos comunistas, y que se ha ido agravando cada vez más, se manifestó primeramente con el predominio de las tendencias putschistas. El blanquismo que Bernstein, Marx mismo y los bolcheviques habían rechazado con toda justicia, se movía aún de hecho en el pensamiento y en la acción de muchos compañeros, aun sinceros y convencidos. Se trataba del prejuicio de que la revolución proletaria podía ser llevada a término de un solo golpe, gracias a la solidez y al espíritu de sacrificio de un pequeño grupo de vanguardia bien organizado. Parece que los partidos comunistas están a punto de superar los errores de esta doctrina, que debía presentarse en particular, inmediatamente después de la derrota en la guerra, a través de la descomposición del aparato estatal mitteleuropeo.

Además, también la otra razón interna y por ello más importante de las tendencias putschistas en los partidos comunistas, muestra una línea decreciente. Está en la esencia de la cuestión que los movimientos revolucionarios comprendan en primer lugar a los estratos inmaduros, no organizados, sin experiencia en la lucha de clases y solo instintivamente revolucionarios de la clase obrera y que, por el contrario, se presenten justamente en la élite de los obreros sindicalmente organizados, fuertes tendencias oportunistas. En la medida en que la crisis del capitalismo envuelve también a esta élite, afectando su situación económica, el sentimiento revolucionario de las masas proletarias se llena de la conciencia revolucionaria de la verdadera lucha de clases, del marxismo consciente y dialéctico. (El significado de los primeros, inmaduros estratos de clase para el destino de la revolución queda bien firme y solo su función sufre un cambio). A ello parecen agregarse ahora otros peligros internos. Con el desarrollo del partido, sobre todo allí donde no ha surgido a través de la ruptura y la lucha con el viejo partido, sino que ha conquistado dentro de este último la mayoría y la dirección (como en Italia y quizás en poco tiempo en Checoslovaquia) y con la posición de los grupos oportunistas o por lo menos más inciertos respecto de la III Internacional, se hace cada vez más agudo y evidente el peligro de que, junto a estos grupos, logre penetrar en el partido comunista también el espíritu del oportunismo. Parecería, entonces, que los verdaderos comunistas marxistas debieran siempre empeñarse en dos frentes, a derecha e izquierda, como si el marxismo se redujera en el comunismo a una posición de medio. Al respecto debe subrayarse y fundarse teóricamente, en los límites aquí posibles, que en ambos casos se trata del mismo peligro para el espíritu del comunismo: oportunistas y putschistas en

los fundamentos decisivos de sus principios están en el mismo terreno, por lo que, aun prácticamente, alcanzan muy a menudo resultados absolutamente similares.

El elemento central en el aspecto teórico parece consistir —para expresarlo negativamente— en la incapacidad de ambos grupos de concebir *la revolución como proceso* y, positivamente, en la *falsa valorización de la organización* para el movimiento revolucionario. Podría hablarse con la misma corrección de sobrestimación de la organización. Pero esta expresión podría llevar a engaño si es entendida como apoyo a las tendencias anarcosindicalistas, de las que todo comunista debe estar alejado. La falsa valorización de la organización por los oportunistas y los putschistas en oposición a los comunistas se refiere no al significado de la organización en general, sino exclusivamente *al papel y a la función de la organización en el movimiento revolucionario*. Sin organización, sin una organización rígidamente centralizada y disciplinada, es impensable un partido comunista. Pero este partido se diferencia de oportunistas y putschistas en cuanto para él la organización no es un presupuesto de la acción, sino una continua trama de condición y efecto *durante* la acción. Cuando prevalece uno de estos dos puntos de vista, entonces la organización no puede sino ser concebida como consecuencia o como presupuesto. «La concepción rígida, mecánico-burocrática —dice Rosa Luxemburg [19]— hace valer la lucha solamente como producto de la organización en una determinada fase del desarrollo de la propia fuerza. Pero el proceso viviente, dialéctico, por el contrario, hace surgir la organización como un producto de la lucha». No hay ejemplo de una manera tal de pensar y actuar entre los oportunistas: todo su recuento de votos y de «carnets», su espera del «momento» en que una cantidad suficientemente alta de proletarios esté organizada de manera suficientemente sólida, son cosas sabidas por todos. Pero lo que sacude es la similitud de estas posiciones con las de los putschistas. Que aquí las cuentas se hagan no de votos, sino de revólveres, ametralladoras, etc., que aquí la «buena organización» deba comprender solamente pocos hombres, y que su fin no sea el de un aparato electoral o el de un sindicato, sino el de una organización militar ilegal, altera realmente poco lo referente a los fundamentos teóricos. También los putschistas conciben organización y acción como dos momentos distintos: la organización como preparación, la revolución como movilización y batalla. Esta mecánica subdivisión del proceso revolucionario tiene como necesaria consecuencia entre los putschistas la desproporcionada sobrevaloración del simple hecho de la toma del poder por el proletariado. Ellos piensan en la toma del poder como en la conclusión o, por lo menos, la coronación del proceso revolucionario y no como en una etapa, importante y decisiva, pero siempre etapa, de la lucha de clases. Por eso descuidan completamente el hecho de que sus fuerzas, y sobre todo las de su «organización», no solo son insuficientes para la lucha realmente decisiva que sigue a la toma del poder sino que tampoco son apropiadas a esta lucha. Aun los oportunistas ponen luz falsa en el momento de la toma del poder. Aunque en general tratan de eliminar el significado de esta toma de conciencia del proletariado, a través de la vacía fraseología del «general desarrollo», del «tránsito», etc., en mu-

chas situaciones no solamente sobrestiman la toma del poder en los mismos términos de los putschistas, sino que siguen sus principios hasta en el plano práctico. La proclamación de la República de los Consejos de Múnich es un ejemplo significativo de ello. Mientras los auténticos comunistas han tratado de oponerse y no han participado de manera alguna, la primera República de los Consejos de Baviera ha surgido del *putsch* de socialdemócratas, independientes y anarquistas. Y mientras luego de la toma del poder los comunistas se han esforzado con todas sus fuerzas por pasar del dominio del proletariado puramente verbal a su efectiva dictadura, los promotores del *putsch* —a derecha e izquierda de Toller— se han lanzado en parte a la búsqueda de conquistas aparentes, y en parte abiertamente han saboteado toda *medida* realmente revolucionaria de la lucha de clases.

No es una casualidad. No es una casualidad que el USP sea el centro de esta fraternal mezcla de oportunismo y putschismo. No es una casualidad que para la llamada izquierda radical de Laufenberg y Wolffheim la toma del poder no haya sucedido de manera suficientemente «rápida y enérgica» y que luego, por otra parte, esta gente se muestre bien dispuesta, para la «conservación» de un «dominio» tal del proletariado, a firmar una paz cívica con la burguesía en función de la lucha contra el capitalismo de la entente. En los hechos, la sobrestimación, la concepción mecánica de la organización tienen como consecuencia necesaria que el punto de vista de la *totalidad* del proceso revolucionario es abandonado y debe ser echado al fondo en favor del *resultado inmediatamente visible*.

Solamente el punto de vista de la totalidad del proceso revolucionario permite dar un orden a la acción comunista. Lo que Marx ha subrayado en la *Crítica del programa de Gotha* [20] («el derecho no puede ser superior a la estructura económica y al desarrollo cultural de la sociedad que de esta depende»), se aplica también a las formas de organización del proletariado durante la lucha de clases. Y estas son, por una parte, expresión y, por la otra, armas de la lucha de clases, cuyo desarrollo, cuya fuerza, utilización y estructura, etc., dependen del desarrollo de la lucha de clases misma. En cuanto una forma de organización se hace independiente, mistifica el punto de vista de la totalidad y con ello hace perder la verdadera medida de su acción. Entonces quedan como metro de juicio solamente los resultados inmediatamente visibles del choque. Pero estos resultados —no importa si se trata de un buen contrato o de una insurrección armada—, *considerados aisladamente*, no pueden constituir tal metro, *ni siquiera para la correcta valoración de la situación actual*.

Las raíces teóricas de esta funesta mistificación del marxismo revolucionario se remontan a mucho tiempo atrás. Su primera clara expresión fue el choque entre Willich-Schapper y Marx; una más reciente, cuyas consecuencias dejan rasgos todavía hoy en todas las discusiones: la contraposición bersteiniana de desarrollo y revolución. No sirve para nada combatir la doctrina del gradual desarrollo con el encendido *pathos* de la revolución, si no se comprende que esta contraposición en cuanto tal significa abandonar el *terreno del marxismo*, y que es por lo tanto indiferente a cuál de sus dos términos se adhiere. En los hechos el marxismo concibe el proceso íntegro del desarrollo

capitalista, y dentro de él el proceso de la fuerza del proletariado, como un gran proceso unitario. Su duración, sus pausas, los largos —aparentes— estancamientos, las reacciones, los períodos de reflujo del movimiento no pueden y no deben jamás esconder al proletariado y, ante todo, a su vanguardia consciente, el carácter revolucionario de su totalidad. La táctica comunista debe por ello conformarse al doble carácter del movimiento obrero revolucionario. Es necesario, por una parte, que no pierda nunca de vista la unidad y la totalidad del proceso revolucionario; por otra, sin embargo, debe siempre considerar a esta totalidad según el momento dado, «la exigencia del día». La táctica comunista debe ser siempre una *Realpolitik revolucionaria*, que debe dar *igual* importancia a ambos conceptos que la componen. Solo cuando el oportunismo logra falsificar el sentido de esta unidad y de esta táctica del proceso, solo cuando el desarrollo es concebido como «pacífica evolución» y la *Realpolitik* como renuncia a la revolución, el putschismo obtiene una —aparente— justificación desde el punto de vista revolucionario. Solamente en esta situación, la insurrección armada, la toma del poder «a cualquier precio», pueden parecer efectivamente acciones revolucionarias. Si, en cambio, el proceso mismo es el entendido como revolucionario en su esencia, la insurrección se vuelve un momento necesario del proceso mismo, que no es, en principio, diferenciable de los otros. Entonces el putschismo pierde todo fundamento no solo en el plano teórico y propagandístico, sino también en el plano práctico, y el carácter pequeñoburgués que está en su base se hace claro a todo obrero consciente.

Ha quedado definida así, con claridad, la táctica de los comunistas en relación al putschismo: ellos deben llenar toda acción de *espíritu revolucionario*, aun la más pequeña, aquella dirigida a las exigencias más cotidianas. Y espíritu revolucionario en este significado práctico quiere decir ni más ni menos que la acción consciente en el sentido del proceso revolucionario, la utilización de cada ocasión para radicalizar las contradicciones de clase y volver consciente de ellas al proletariado.

Esto es posible solamente si cada acción particular del proletariado es guiada desde el punto de vista del movimiento íntegro, y si el proletariado es prácticamente consciente de esta unidad con el proceso revolucionario en su totalidad. Si ello no sucede, entonces por fuerza se presentará como única acción revolucionaria la defensa armada de los propios intereses de parte de los estratos obreros que todavía no han llegado a una plena conciencia de clase. En los hechos, oportunismo y putschismo no son fenómenos ligados solamente en el plano teórico.

El putschismo puede crecer solo en el terreno del oportunismo. Su existencia en el movimiento obrero debe mover a la autocritica a todo sincero comunista: debe llevarlo a ver si en su táctica no se ocultan momentos de oportunismo. El error fundamental de todo el precedente materialismo, dice Marx [21], está en el hecho de que el objeto no es concebido allí como actividad humana sensible, praxis, no está concebido allí subjetivamente, como «actividad objetiva». Por eso el materialismo contemplativo de Feuerbach no ha comprendido «el significado de la actividad <revolucionaria> crítico-práctica». El marxis-

mo vulgar de los oportunistas ha recaído en este estadio feuerbachiano del desarrollo y todas las (aparentes) actividades de los putschistas no lo pueden arrancar de esta situación puramente contemplativa. Por eso oportunistas y putschistas, ambos, conciben el desarrollo histórico de modo absolutamente mecánico; por eso falta, en ambas concepciones de la lucha de clases, la teoría de la actividad revolucionaria de las masas y la elevación, con ella, de la conciencia revolucionaria de esas masas, que es a la vez efecto y condición de su acción revolucionaria.

Oportunistas y putschistas están de acuerdo aun al subestimar la espontaneidad de las masas en relación a las acciones «preparadas» y organizadas con anterioridad. Para ellos el movimiento (no importa si se trata de aumentar los salarios o de una insurrección armada) debe ser «hecho», no solo vuelto consciente y guiado en el sentido de los comunistas. Si bien ellos definen siempre sus acciones como *Realpolitik* contra los exámenes meramente «teóricos» de los verdaderos comunistas, sus intentos caminan siempre en las nubes y están privados de todo fundamento real. En los hechos, este fundamento no puede ser sino la conciencia de clase del proletariado que se va expresando en una «actividad crítico-práctica». Toda acción que no parta de esta conciencia, de la espontaneidad de las masas, y cuyo fin no sea aclararles esas exigencias espontáneamente estalladas, toda acción que no conduzca en esta dirección, en la dirección de la totalidad del proceso, oscila en el vacío por más palpables y llenas de «realismo político» que sean sus consignas. Todo obrero —aunque inicialmente en forma no consciente— es un marxista ortodoxo: este es el tácito presupuesto de la acción comunista. Lo es por su situación de clase, que lo ubica necesariamente dentro del proceso revolucionario. Pero solo la lección de la lucha de clases, y en esta la dirección del partido comunista, pueden volverlo consciente de todas las consecuencias que derivan de su inmediata y necesaria ubicación de clase. Oportunistas y putschistas obstruyen este proceso de la misma manera, aunque con medios distintos. Los primeros, haciendo de la situación momentánea, aislada, considerada fuera de sus vínculos con la totalidad del movimiento, el punto de llegada de su táctica. Los segundos, planteándose como objetivo un fin todavía no madurado espontáneamente (aunque de manera no consciente) por las masas, y tratando de realizarlo sin relación alguna con ellas.

La concepción mecánica sobre la lucha de clases propia del marxismo vulgar, separa, como podemos ver, la «preparación» de la revolución y la «revolución» propiamente dicha y, por lo tanto, la organización de las masas aísla los momentos singulares de la lucha y su totalidad. Y dejando de lado la teoría de la totalidad del proceso revolucionario, no está en condiciones de comprender el papel de la conciencia en el desarrollo de la revolución ni de fundar la acción revolucionaria sobre el desarrollo de la conciencia de clase. Los oportunistas creen llevar gradualmente al proletariado a la «madurez» necesaria para la revolución a través de un (también pacífico) «trabajo de iluminación». Los putschistas eliminan la cuestión, simplemente, atribuyendo a las masas su propia conciencia «revolucionaria». Ambas concepciones son mecánicas. Ambas ven en el desarrollo de la conciencia de clase del proletariado algo in-

dependiente de la lucha revolucionaria o que podría ser el presupuesto de esta. Así se privan de las armas más importantes y absolutamente decisivas para la revolución. En la medida en que los comunistas se fundan sobre esta unidad de la lucha y de la conciencia de clase, del único modo correctamente marxista, en la medida en que impregnan cada una de sus acciones con el espíritu revolucionario y así educan al proletariado en la «actividad crítico-práctica», ellos deben combatir al oportunismo y al putschismo en todos sus aspectos.

Si equivocan el camino, entonces ninguna polémica libresca podrá salvarlos de este doble peligro. La revolución es un *gran proceso de educación* del proletariado; el proletariado puede vencer solamente cuando se constituye en la lucha de clases y a través de la lucha de clases. Pero puede volverse clase, únicamente si en él se desarrolla la verdadera conciencia de clase. Pero la conciencia de clase puede nacer solo del volverse consciente de la acción revolucionaria de clase. Todo otro discurso en torno a la «madurez ideológica» del proletariado es pura charlatanería, ya se niegue o se reconozca al proletariado esta «madurez».

El proletariado como clase existe, ante todo, solamente en el plano económico, objetivo. Es la lucha de clases la que da vuelta esta realidad objetiva, científica, en la subjetividad en la conciencia, que a su vez la lleva a la vida práctica, activa. Oportunistas y putschistas, como consecuencia de sus concepciones mecánicas de la lucha de clases, deben concebir también el concepto de clase de manera estática, dado de una vez para siempre, y no de manera dinámica, como surgida de la lucha, en continuo desarrollo, que se da vida por sí mismo. Solamente si consideramos el constituirse del proletariado en clase no solo como su punto de partida, sino como *fin y tendencia de la revolución*, podemos hallar un fundamento estable para la táctica —que se va transformando continuamente— de la acción comunista. La realidad económico-científica es, por cierto, el punto de partida de las consideraciones tácticas. Pero su verdadera realización a través del proletariado puede ser representada solo por el fin de la acción revolucionaria. Toda acción auténticamente revolucionaria reduce la tensión, la distancia entre el ser económico del proletariado y su actividad consciente. Si esta conciencia ha logrado compenetrar e iluminar a fondo este ser, entonces puede poseer la fuerza para superar todo obstáculo, para llevar a término el proceso de la revolución.

Al motivar su propuesta de expulsión de la fracción Willich-Schapper, Marx dijo con claridad incomparable: «En el lugar de las relaciones de clase reales, vosotros ponéis la *simple voluntad* de ser rueda motriz de la revolución. Mientras que nosotros decimos a los obreros: se necesitarán 15, 20, 50 años de guerra civil —no solo para cambiar estas relaciones, sino para *cambiaros a vosotros mismos* (subrayado de Lukács)— como para estar en condiciones de ejercer el poder político», vosotros por el contrario decís: debemos tomar el poder y podemos ponemos a dormir (...) Como los demócratas han hecho de la palabra *pueblo* una santa esencia, así hacéis vosotros con la palabra *proletariado*. Como los demócratas vosotros atribuíis al desarrollo revolucionario los devaneos sobre la revolución» [22].

LA CRISIS DEL SINDICALISMO EN ITALIA

La última gran batalla de los trabajadores italianos ha terminado. Sus objetivos concretos en gran parte han sido satisfechos. Las fábricas ocupadas han sido abandonadas y restituidas a sus viejos propietarios «de derecho». Pero ha quedado una atmósfera de confusión, caracterizada de la manera más clara por este hecho: *todos los partidos se consideran a sí mismos vencedores*. Así, el *Corriere della Sera* informa de «un triunfo de los elementos razonables» en el movimiento obrero italiano. «Ha sido un triunfo del coraje: se ha demostrado que en cuanto los elementos razonables se han atrevido a asumir una posición decidida ellos han vencido» (21 de octubre). Todavía más seguro de su victoria está Giolitti. En un telegrama a la *Neue Freie Press* del 4 de noviembre afirma:

«Se han hecho circular en el exterior noticias insuficientes y falsas, aun en relación al control de la fábrica por los obreros. El equívoco se debe a la enorme diferencia del significado de la palabra «control» en la lengua inglesa y en la italiana. En Norteamérica e Inglaterra «control» significa casi comando, derecho de dirección, mientras en Italia «control» significa más bien «verificación», «revisión». Estoy bien lejos de *la idea de bolchevizar la industria italiana*; estoy aún convencido de ayudar, con la acción que he emprendido, a nuestra industria. En los hechos, cuando los trabajadores conozcan la situación objetiva de la producción, adoptarán sus pretensiones a esta situación y cesará así la perjudicial diferencia de los obreros en relación a los industriales. Por otra parte, este mejoramiento moral de los trabajadores favorecerá también a la producción, estimulando al trabajo, que sigue siendo —lo repito— el único camino de salvación».

Y el caos sigue y se hace todavía mayor, en cuanto se piensa que en amplios sectores del movimiento obrero domina también este sentido de victoria. No solo *Avanti* anuncia la victoria de los trabajadores, sino también entre los sindicalistas el acuerdo ha sido juzgado como una victoria. Hasta los sindicalistas revolucionarios consideran que solamente la actitud no consecuente de las direcciones ha impedido al movimiento la obtención de una victoria plena. La primera, la más importante y revolucionaria lucha del proletariado italiano ha terminado con un *ideale statu quo*.

Aquí es necesario comenzar a discutir en sus líneas fundamentales las razones de la crisis en que, a nuestro parecer, se encuentra el movimiento obrero italiano. Es necesario ante todo examinar la táctica que ha utilizado

en la lucha. El modo en que esta lucha ha sido conducida ofrece enseñanzas importantes para todo el movimiento. La actual, complicadísima situación italiana, no es un producto de relaciones o circunstancias particulares, sino la consecuencia necesaria de la táctica puramente sindicalista seguida en la lucha. Es previsible, por lo tanto, que la situación italiana pueda repetirse, aunque con numerosos cambios, en todos los países de Europa occidental (y en Norteamérica), sobre todo allí donde no hay una tradición revolucionaria de partido, sino solamente una tradición revolucionario-sindicalista. Es entonces de gran importancia conocer a tiempo los elementos esenciales de la problemática situación del proletariado italiano, para extraer de ella, con la mayor rapidez posible, las correctas consecuencias.

El Congreso de Moscú y el movimiento de los metalmecánicos italianos se remiten y completan entre sí de la manera más significativa. Allí la ideología sindicalista ha sido definitivamente superada en el plano teórico, y en las tesis finales (que han sido aprobadas también por elementos del sindicalismo italiano, del IWW y del movimiento de los Shop-Stewards) se ha indicado el camino a seguir en la práctica para evitar sus peligros. El proletariado mundial ha seguido la lección de los hechos respecto de los peligrosos límites de una acción puramente sindicalista. Es posible que las Tesis de Moscú hayan parecido a amplios sectores del proletariado italiano como dogmáticas o puramente teóricas. Pero la ocupación de las fábricas puede enseñarles que únicamente siguiendo esas Tesis es posible señalar un camino de salida revolucionaria a la crítica situación del proletariado italiano. La quinta tesis del Congreso sobre el papel del partido comunista en la revolución proletaria afirma en sus líneas esenciales:

«La Internacional rechaza de la manera más radical la opinión de que el proletariado puede llevar a término su revolución sin tener un partido político suyo, autónomo. *Toda lucha de clases es una lucha política*. El fin de esta lucha que tiende inevitablemente a transformarse en guerra civil, es la conquista del poder político. Y el poder político no puede ser conquistado, organizado y dirigido sino por un partido político. Solamente donde el proletariado está guiado por un partido organizado, experimentado, con objetivos claramente definidos y un programa de acción que puede ser aplicado ya en política interior, ya en política exterior, solamente en este caso la conquista del poder político no aparecerá como un episodio, sino como el punto de partida para la duradera construcción comunista de la sociedad a través del proletariado.

«La misma lucha de clases exige, de la misma manera, la centralización y la dirección unitaria de las distintas formas del movimiento obrero (sindicatos, cooperativas de consumo, consejos de fábrica, enseñanza, elecciones, etc.).

«Este centro de organización y dirección no puede ser sino un partido político. Rehusarse a constituirlo y reforzarlo, a reconocer su papel dirigente, significa soslayar la necesidad del comando unitario de las tropas del proletariado que accionan en distintos frentes. *La lucha de clase del proletariado exige una agitación concentrada que esclarezca desde un punto de vista unitario las diversas fases de la lucha y que llame la atención del proletariado, en todo momento,*

sobre las tareas que le interesen como clase en su integridad. Estos objetivos no pueden ser realizados sin aparato político centralizado, es decir, fuera de un partido político.

«La propaganda de ciertos sindicalistas revolucionarios y de los adherentes al IWW contra la necesidad de un partido obrero autónomo, no ha ayudado y no ayuda, objetivamente, sino a la burguesía y a los «socialdemócratas» contrarrevolucionarios. En su propaganda contra un partido comunista, al que querían remplazar por sindicatos o uniones obreras «generales» y no definidas, sindicalistas e industrialistas se encuentran con los oportunistas descubiertos (...).

«Los sindicalistas revolucionarios quieren combatir a la dictadura burguesa, pero no saben cómo. Ellos no reflexionan sobre el hecho de que la clase obrera sin partido político autónomo es como un cuerpo sin cabeza.

«El sindicalismo revolucionario y el industrialismo constituyen un paso adelante solo en relación a la vieja, sorda ideología contrarrevolucionaria de la II Internacional. Pero en relación al marxismo revolucionario, es decir en relación al comunismo, constituyen un paso atrás. (...)

«No es solamente con la huelga general, con la táctica de los brazos cruzados, que la clase obrera puede conseguir la victoria sobre la burguesía. El proletariado debe llegar a la insurrección armada. Quien lo ha comprendido debe comprender también la necesidad de un partido político organizado, y la insuficiencia de indefinidas uniones obreras.

«Los sindicalistas revolucionarios hablan a menudo del gran papel de una decidida minoría revolucionaria. Ahora, esta minoría realmente resuelta de la clase obrera, minoría comunista, pronta a la acción, con un programa definido, que quiere organizar la lucha de las masas, es justamente el partido comunista».

Estas directivas de la acción comunista han sido escritas sobre medida para la actual situación italiana. Los obreros italianos han actuado de manera revolucionaria. La resistencia pasiva como respuesta a las provocaciones de los industriales era un paso meditado y tácticamente justo, que ha causado graves daños a los capitalistas, como lo ha demostrado el compañero G. Z. en el número 36/7 de *Kommunismus*. La ocupación de las fábricas ha sido la consecuencia lógica y necesaria de esa resistencia. Pero la ideología sindicalista, por la cual los obreros revolucionarios estaban profundamente influidos, ha llevado sin embargo al movimiento a un *cul de sac*. Es verdad que los obreros han ocupado las fábricas, y es verdad también que ellos han demostrado, con extraordinaria disciplina y madurez, que pueden no solamente producir sin capitalistas, sino hasta aumentar la producción. Pero el problema de fondo ante el cual el movimiento obrero se ha encontrado en la fase decisiva, era este: ¿Cómo salir de nuevo de las fábricas ocupadas?

Se entiende que no planteamos este problema movidos por preocupaciones oportunistas de *Realpolitik*. El temor, que aun se ha manifestado en el sector comunista (*Rote Fahne*, n° 409), el temor de que el movimiento pudiera naufragar por su aislamiento, de que los bancos negaran el crédito, etc., no lo consideramos del todo plausible. En primer lugar, por razones prácticas.

En los hechos, el proletariado italiano ha demostrado en varias ocasiones que sabe salir de situaciones de este tipo. Así los obreros de las canteras de Ancona han contraído una deuda de setenta mil liras con un banco local y han pagado los salarios. Así la Cámara del Trabajo de Verona ha emitido bonos garantizados por las materias primas de las fábricas ocupadas. En segundo lugar, y ante todo, por razones de principios. Si el movimiento hubiera logrado envolver a toda la clase obrera y hubiera tomado en sus manos la economía íntegra, el aparato económico íntegro del país, los trabajadores se habrían encontrado en la misma situación crítica en que de hecho se encontraron. *El poder del estado capitalista no ha sido efectivamente atacado*. Y para demoler su poder, o aun solamente para tratar de hacerlo, *no se ha dado un solo paso* durante todo el movimiento.

Ello se debe, ante todo, a la ideología sindicalista de los obreros. El más grande, el más funesto error del sindicalismo consiste en localizar la contradicción de trabajo y explotación *sobre el terreno inmediato de la explotación misma*, en la fábrica, concibiendo así la lucha obrera como dirigida solo contra los capitalistas y no contra el estado del capital. Así el sindicalismo no ha podido superar radicalmente la esencia del oportunismo, aunque surgiera históricamente justo como oposición al oportunismo de los partidos socialdemócratas. Debe ahora quedar claro para todo marxista, que el punto de diferenciación entre reformismo y revolución está justamente en el reconocimiento del peso decisivo del estado capitalista. Solo la falsificación del juicio y de la enseñanza marxista sobre el estado ha podido llevar a concebir la acción de los partidos obreros como una lucha dentro del estado o por el estado, y no como lucha contra el estado. Justo en la medida en que el sindicalismo ha generalizado su negación, justa en sí, del oportunismo de la oposición parlamentaria, rechazando toda actividad política en el sentido auténtico del término, se ha puesto (según la esencia de la cosa) en el terreno del oportunismo. Por eso los Jouhaux, Merheim y compañía debieron fracasar durante la guerra tanto como los Scheidemann, Renaudel y Henderson. Pero también ese sector de los sindicalistas que se ha demostrado decidido a la acción revolucionaria, no puede estar a la altura de la actual y decisiva fase de la lucha de clase si sigue manteniendo su propia ideología apolítica.

Y este es el caso, todavía hoy —del modo más amplio— en Italia. Los sindicatos, con D'Aragona a la cabeza, quieren llevar de nuevo la lucha al terreno oportunista, meramente sindical. Y no solo porque sus únicas armas son de naturaleza sindical, sino porque su objetivo es un *control sindical de las fábricas*. Por otro lado, la fuerte minoría sindicalista-revolucionaria conduce la batalla contra las tendencias oportunistas solamente *en el interior de estos límites*. Así escribe *Unitá nuova* del 12 de octubre: «la extensión de las ocupaciones es aún hoy el mejor camino. Ella asegura la continuidad de la producción y endilga al adversario la responsabilidad por el repugnante e inútil derramamiento de sangre. *Es la revolución sin caos y con el menor sacrificio*».

La minoría sindicalista-revolucionaria no está en condiciones de ver el dilema de la situación de los obreros. Y entonces: *o los obreros deben abandonar las fábricas*, es decir, que en cualquier caso y cualesquiera que sean las condi-

ciones significa una victoria del capital, o bien ellos deben levantarse en armas contra el estado capitalista, para poder asegurarse las fábricas ocupadas. La ocupación de las fábricas puede volverse un momento de gran significado en la perspectiva de la toma del poder solamente si se tiene conciencia de que se trata de un momento y se actúa en consecuencia. Pero la ocupación de las fábricas lleva a las vanguardias del proletariado a una situación peligrosísima si se la concibe como efectiva toma de posesión, porque entonces el poder todavía integrado del estado se contrapone por sorpresa al proletariado y se hace necesario combatirlo en las condiciones más desfavorables, las elegidas por el estado mismo.

Lo mismo debe decirse respecto de la «victoria» en el terreno del control de la producción. Su valor para la lucha de liberación del proletariado depende en definitiva de la actitud ideológica que el movimiento obrero asume en cuanto a él. Hemos visto cómo ve Giolitti el control obrero: como un medio eficaz de integración de los obreros en el sistema capitalista, para plegar la lucha de clases y aumentar la «producción» (vale decir la producción capitalista). Para los obreros, el control puede significar ante todo una victoria moral: la derrota del capital delante de su fuerza. Pero si lo entienden como una «conquista efectiva», pronto ella se revelará como algo completamente ilusorio. Todo depende entonces del saber usar las «conquistas» obtenidas como medio para la radicalización de la lucha de clases: en parte, tratando de ejercer un control efectivo, que los capitalistas no permitirán de ninguna manera; en parte, demostrando a los obreros con la elección de los hechos que un control dentro del capitalismo de por sí nada significa, y que ellos *deben tomar todo el poder* si realmente quieren mejorar su propia condición y ejercer una influencia real sobre la producción. Pero si la «victoria» no es así concebida —y más bien son pocos los signos de que esta conciencia se haya generalizado en el proletariado italiano—, entonces el control constituye verdaderamente un gran peligro. Efectivamente, para un proceso revolucionario todavía en la fase de su preparación, nada es más peligroso que las ilusiones. Estas ilusiones se muestran claramente. Por ejemplo, en el Congreso Nacional de la FIOM el compañero Colombino ha afirmado, entre crujientes aplausos, que «cuando Kerenski concedió legalmente a los obreros el control de las fábricas, los obreros se convirtieron en sus patrones» (*Avanti*, 23 de octubre). Estas consideraciones dejan de lado el hecho de que sin la Revolución de noviembre, guiada por los bolcheviques, no solo que los obreros rusos no hubieran seguido siendo «patrones de las fábricas», sino que habrían sido devueltos por algún Kornilov o Kolchak a la esclavitud zarista. El control italiano podría representar un período Kerenski si en Italia hubiera un bolcheviquismo. Pero la situación podría ser parecida a la alemana del año pasado, a la preparación socialdemócrata e independiente del *putsch* de Kapp, si se sigue firmes en el objetivo del «reconocimiento constitucional de los consejos de fábricas». La eliminación de este peligro es una cuestión que toca a la ideología, a la conciencia del proletariado: es tarea específica de la politización del movimiento a través del partido comunista (el compañero Garino, de Turín, lo ha dicho con claridad en el Congreso FIOM).

Este peligro se ha acrecentado mucho a causa del frío y hábil comportamiento de los hombres de estado italianos. Se podría afirmar —por cierto, que en tono de amarga broma— que Nitti y Giolitti son los únicos políticos marxistas italianos. Ellos poseen para cada ocasión un sentido seguro de lo importante que es como arma, para la supervivencia del capitalismo, *la ideología del estado como un más allá de las clases*. Ellos han condescendido, en todas sus acciones, con los errores de los sindicalistas y de los políticos oportunistas que, conscientemente o no, han capitulado ante esta ideología burguesa. El «estado» (aparentemente) permanece «neutral» en la lucha de clases entre capital y trabajo. El estado «media»; reconoce solamente los intereses «comunes» a «todas» las clases, los «más altos» «intereses» de la sociedad. Así los políticos de la burguesía italiana han logrado impedir que sucediera cualquier cosa que no estuviera en los intereses del capital, y que el movimiento obrero revolucionario atacara en su verdadera forma a su enemigo mortal. Que aquí se trata de una consciente línea política, lo demuestra la actitud del gobierno italiano en relación a la Rusia soviética. Haciendo «alta política» con los partidos socialistas e impidiendo que el proletariado italiano alcancen la conciencia de que también *la política exterior es y debe ser una lucha de clase*, el gobierno ha conseguido garantizarse mano libre en el apoyo concreto a la contrarrevolución y hasta para una eventual adhesión a una política de agresión contra Rusia.

La guardia real está siempre lista para la batalla, para masacrar a los obreros, si la supervivencia del capitalismo fuera realmente amenazada. Pero el movimiento obrero no ve todavía con claridad a su enemigo mortal. Así el estado, consciente de su superioridad, puede diferir el momento del choque y mientras tanto intervenir para radicalizar la crisis del movimiento obrero: en el peor de los casos, concediendo victorias aparentes y determinando así desilusiones y deserciones en el mejor de los casos, como prueba de su neutralidad llegando a un «compromiso» que es de hecho la victoria del capital. Muy peligrosas por esta hábil y madura política pueden resultar, en realidad, aquellas cabezas calientes del capital, que en este comportamiento de Giolitti y del viejo sindicalista Labriola (él ve bien las debilidades de sus compañeros de un tiempo) perciben concesiones y exigen política de «mano fuerte». Si su línea política venciera, entonces sí el estado se desenmascararía y los obreros podrían extraer del hecho esta enseñanza ahora tan necesaria.

Entonces, el órgano competente de dirección sería verdaderamente el partido. Solo él podría llevar al movimiento a un cambio de frente, a oponerse al estado, dándole a aquel una dirección política, conscientemente revolucionaria. Esta oportunidad hasta ahora se ha perdido. Es cierto, la mayoría de los sindicatos ha mantenido siempre una posición de rechazo respecto de la conducción política por el partido. Pero un partido obrero comunista no puede y no debe dejarse confundir y limitar por tales resoluciones. También la «organización verticalista» del movimiento alemán por el «boicot» contra Polonia, ha rechazado la participación de los comunistas. Pero los comunistas han utilizado justamente este rechazo para desenmascarar las falsas tendencias y los traidores —ellos han utilizado justamente la actitud política de los

jefes del movimiento para politizar a los obreros y radicalizar la lucha de clase. Nuestros compañeros italianos parecen haber asumido, en cambio, durante todo el movimiento, una actitud totalmente pasiva; y ello les ha arrancado de las manos la conducción de la lucha. Por cierto, no faltan signos de una línea opuesta. Así la sección de Napoli ha tomado una resolución en la que se subraya con energía el carácter político del movimiento y se le encarga al partido que saque a los sindicatos su conducción. Y en la Cámara del Trabajo de Roma ha prevalecido la directiva de la politización del movimiento.

Aquí está la salida para la crisis que la ideología sindical propone a los obreros italianos y que se ha convertido en la crisis de la táctica sindicalista en general. El sindicalismo puede vivir solamente hasta que los obreros revolucionarios, conscientes ya del oportunismo de los «políticos», se alejan por ello de toda actividad política. Solamente un partido político, conscientemente revolucionario y por eso más revolucionario que los más extremistas entre los sindicalistas, en condiciones de señalar un camino a la acción revolucionaria, cuando esta se encuentra en un callejón sin salida, solamente este partido puede superar efectivamente al sindicalismo y llevar la revolución a la victoria. *Solamente el partido comunista puede combatir con eficacia al estado capitalista.* En acto, es el partido solamente el que lo puede atacar, reconocer y desenmascarar como el verdadero adversario del proletariado. La situación en Italia es revolucionaria. Los obreros están animados de un espíritu auténticamente revolucionario. Solo esta conciencia les falta para que se encuentren realmente listos para la batalla decisiva. El Congreso de Moscú ha llevado a término en el plano teórico este proceso de clarificación. La crisis del sindicalismo puede llevarlo a término aun en el plano práctico, si el partido interviene en él de modo consciente y activo.

Sin embargo, este proceso de clarificación está todavía demasiado retrasado en el partido como para que él esté en condiciones de cumplir eficazmente tal misión. Y no solo porque, como ya lo hemos subrayado, el partido no ha estado en condiciones de asumir la dirección del movimiento; también los análisis consecuentes y la autocrítica han contribuido muy poco a su prosecución y a la superación de la crisis del sindicalismo (no disponemos, sin embargo, en el momento en que escribimos estas líneas, de las declaraciones del grupo Bordiga). En los hechos, derrotas y errores producidos por una táctica equivocada, son en sí y de por sí inevitables, pero pueden, por otra parte, hasta contribuir al refuerzo y la consolidación del partido y, con él, del movimiento, si se los analiza implacablemente y se los critica hasta lo hondo. (Valga como ejemplo el debate en el KPD luego del *putsch* de Kapp). Pero se debe afirmar con claridad que este proceso de clarificación no se ha iniciado siquiera en el partido italiano, por lo menos en lo concerniente a su grupo dirigente. La discusión sobre los límites y los peligros de la táctica sindicalista, uno de los puntos clave del Congreso de Moscú, no ha comenzado, a pesar de que los delegados ya han retornado. Pero debe esperarse, y muchos signos lo demuestran en las organizaciones locales, que la cuestión, planteada prácticamente por el movimiento al partido, se mueva de la periferia al centro, para encontrar aquí su *solución teórica, organizativa y táctica.*

No puede olvidarse, sin embargo, que los presupuestos para su solución no están todavía completamente presentes. En los hechos, el sindicalismo no es otra cosa que la reacción espontánea de las masas en sí revolucionarias, pero todavía no suficientemente conscientes, contra el oportunismo político del partido. El sindicalismo puede entonces ser superado solo si toda huella de oportunismo es liquidada de las filas del partido. Solamente entonces el partido puede volverse guía efectiva del movimiento. Aun a este respecto, el Congreso de Moscú ha sido suficientemente claro, y ha ordenado a cada una de sus secciones que lleve a término en su propio cuerpo esa liquidación de las tendencias oportunistas. Pero, mientras las condiciones de admisión en la III Internacional han provocado en la USP los más vivos fermentos, y llevarán previsiblemente a la escisión entre revolucionarios y oportunistas, en el partido italiano parece seguir siendo muy fuerte la tendencia a confundir las oposiciones. Es cierto que en la sesión de las direcciones el orden del día de Terracini (aunque solo con la estricta mayoría de siete contra cinco) ha vencido, pero también aquí la clarificación definitiva fue postergada para el Congreso, a fines de diciembre.

Faltan así hasta ahora los presupuestos para una efectiva clarificación de la situación. Los obreros han podido dejar sin catástrofes las fábricas ocupadas; pero el peligro de que los movimientos espontáneos de las masas superen de nuevo a los jefes y terminen de esta manera, ya golpeando la cabeza contra las paredes, ya repitiendo esfuerzos sin resultados, que producen desmoralización y relajamiento, este peligro de ninguna manera ha sido superado. Ni puede serlo, mientras el cambio esencial perceptible en la conciencia del proletariado italiano parezca ser un movimiento hacia izquierda en el interior del sindicalismo. La posición del partido en relación al sindicalismo ha seguido siendo la misma, y no podrá cambiar sino con la expulsión de los reformistas. Mientras esta transformación no suceda, la crisis del movimiento en Italia quedará insuperable. El camino de salida ha sido indicado claramente en Moscú. Más que en las Tesis del Congreso, Moscú se ha dirigido también directamente al proletariado italiano. Ha llegado el momento de que él haga suyas estas indicaciones, las ponga como fundamento y como hilo conductor de su acción.

KASSEL Y HALLE

Los Congresos del SPD y del USPD ofrecen muchas indicaciones del más alto interés para el movimiento obrero alemán e internacional. Pero tal interés consiste, más que en las posiciones surgidas respecto de los fundamentos teóricos de los problemas estratégicos o tácticos, en el hecho mismo de estos congresos, en el proceso de clarificación, en la diferenciación de las posiciones, que en ellos han encontrado una conclusión, aunque provisional. En este aspecto los resultados han sido sorprendentemente míseros. A pesar de que ello pueda sonar como algo desagradable: el debate para el Congreso del SPD, y el Congreso mismo, han revestido, al respecto, un interés mucho mayor que el Congreso de la USPD. Aquí, en los hechos, se ha afirmado explícitamente una división ya cumplida en la realidad; en consecuencia, los discursos dichos en el Congreso —aun los de los compañeros rusos— no han sido, en cierta medida, más que resúmenes decorativos del debate que desde tiempo atrás ha afectado la cuestión de las relaciones del centro con el ala revolucionaria del movimiento obrero. Era inevitable, por lo tanto, que muy poco de nuevo pudiera surgir de todo esto. Aun las revelaciones personales más dignas de nota (por ejemplo las del compañero Koenen sobre el segundo Congreso del USPD) no hacían sino reforzar la impresión que todo observador marxista imparcial debía tener sobre los jefes de la derecha. El elemento esencial del Congreso era la división misma. Los nuevos problemas que de ella surgen: la unidad de todas las fuerzas auténticamente revolucionarias (del ala izquierda del USPD, del KPD, de la parte comunista del KAPD), el futuro destino de la derecha, su constitución en un nuevo partido de centro, su deslizamiento a la derecha, el andar de sus afiliados —en parte hacia la abierta contrarrevolución del SPD, en parte hacia el campo comunista— estos, que son los problemas de la próxima fase, han quedado fuera del Congreso. Por cierto que hoy podemos ver solo a grandes rasgos el desarrollo de estas tendencias. En cambio es perfectamente claro ya que el SPD se encuentra en el medio de un proceso de consolidación de las fuerzas contrarrevolucionarias, que él se ubica definitivamente como «partido de orden» ya en el plano teórico, ya en el organizativo, decidido a extraer todas las consecuencias que deriven de su acción anterior.

1. Para el análisis de estas tendencias, las discusiones que precedieron al Congreso ofrecen material más amplio e interesante que el Congreso mismo. Y no solo porque el Congreso se ha empeñado con energía mayor en torno a los «objetivos prácticos» y ha dedicado poco tiempo a las cuestiones «puramente teóricas», sino porque los delegados, debiendo tener en cuenta su relación con la base obrera, se encontraron en la necesidad de embellecer sus argumentaciones «científicas» y «objetivas» con alguna que otra frase sobre el propio pasado «revolucionario». La actitud de la «objetividad científica» ha

resultado entonces dominante en el Congreso, aunque se ha dado más en relación al estado capitalista que al proletariado en lucha. Wissel, que representaba justamente el ala izquierda respecto de la cuestión de la socialización, podía afirmar: «en las comisiones científicas (aun en lo concerniente a la socialización) no se trata de consignas de partido, sino que cada uno debe seguir sus propias convicciones científicas; de otra manera la investigación se vuelve imposible»: típica actitud contemplativo-profesoral, que ve en la crisis del capitalismo un trabajo de seminario, escrito sobre la base de los más profundos conocimientos, pero cuya solución debe ser dejada a las fuerzas contrarrevolucionarias. Pero, por otro lado, en el Congreso se han derramado por doquier frases de tribuno sobre la «enemistad mortal» con el capitalismo, etc. Los debates en torno al programa sobre el *Vorwärts* se las ingeniaban, en cambio, para presentarse de manera puramente científica. Esta ciencia se dirige sobre todo a eliminar del marxismo todo aquello que no corresponde al espíritu de la «moderna investigación» sobre el marxismo, y a volverlo así definitivamente aceptable a la universidad y al gobierno. Así, el filósofo consejero Vorländer piensa que la dialéctica, que ya era una espina en el ojo para Bernstein, puede ser tranquilamente expulsada del marxismo. El marxismo, en lugar de ligarse a la dialéctica hegeliana (por ellos corregida) como hicieron Marx y Engels dentro de su ingenuidad, se puede relacionar «con igual razón a otros filósofos del desarrollo, a la antigua sabiduría de Heráclito o a Darwin y Spencer, o bien a la filosofía de la historia de Kant». Así ha sido también probado por los doctos señores a través de abundantes citas, que la dictadura del proletariado nada tiene que ver con Marx y Engels. Pero, como sin embargo no les sale siquiera pegotear sobre la base de las citas de Marx una justificación de la democracia de Noske, el señor profesor Cunow saca a relucir a Lassalle. «Es necesario —dice el profesor— aumentar en las masas el interés en el estado». La instintiva aversión en cuanto al estado por parte de los obreros descendería de la falsa política de Bismarck de la represión obrera; y la falsa teoría, que hasta Kautsky afirmó en sus tiempos, la teoría del carácter necesariamente clasista del estado, no sería más que una consecuencia de esta falsa premisa. Pero como el dilema se daría entre la destrucción *en general* del estado o el trabajar dentro suyo, es decir entre anarquismo y «marxismo científico», la elección debe ser clara para todos. (El profesor Cunow guarda un natural, profundo silencio sobre la *Crítica del programa de Gotha*). Y cosas parecidas dice Waentig en la discusión sobre el derecho. En suma, el marxismo se ha vuelto «científico». Por fin ha perdido aquella inmadurez, sectarismo, subjetividad, que Bernstein había denominado el blanquismo de Marx. En los diez folios del libro, la palabra revolución aparece catorce veces —y naturalmente siempre en sentido peyorativo. Así Eggerstadt (Kiel) subrayó de manera clara en el Congreso que el partido definitivamente había superado su «desorden revolucionario».

Aquí está el elemento realmente esencial de todo el Congreso. El SPD ha renunciado a ser un partido obrero y está por extraer las consecuencias de ello en el plano teórico y organizativo. Detrás de este intento de clarificación hay por cierto un largo desarrollo, cuyo fin de ninguna manera consistía en la

separación del SPD de la clase obrera. Por el contrario: se trataba de hacer de la socialdemocracia un «partido del trabajo» (en el sentido del Labour Party), Ello significa: en lugar de conseguir «metas finales» lejanas y solamente teóricas, plantear como objetivo la satisfacción de las necesidades «reales» de los obreros. Por cierto, con el nombre obreros se entendía —conscientemente o no— solo aquella aristocracia que ha podido alcanzar dentro del capitalismo una situación por lo menos pequeñoburguesa, y que estaba por eso interesada (o así lo creía) en el capitalismo, temiendo perder algo más que sus propias cadenas. Atribuido el interés de este estrato a la clase obrera íntegra, se procedió con la demagogia o con el fraude deliberado para envilecer al resto del proletariado a la condición de peones de la aristocracia obrera; o bien con el utopismo ingenuo de que fuera posible —en el «curso de un pacífico desarrollo»— a la clase obrera íntegra, alcanzar el nivel de vida de esta aristocracia. Ya este cambio en la táctica y en la ideología hizo posible la adhesión al SPD de toda una serie de intelectuales no marxistas, aun antimarxistas, que negaban la lucha de clases (como hemos dicho, desde un punto de vista kantiano), pero deseaban por motivos de justicia natural o éticos una reestructuración del orden social sobre la base del postulado de la justicia (Vorländer, Radbruch, etc.). La Revolución de noviembre y el período siguiente han dado a este desarrollo ideológico una base de clase real y muy fuerte. Gran parte de aquellos estratos pequeñoburgueses, que en el momento de la revolución se habían refugiado en la socialdemocracia, se ha alejado ya para pasar al campo de la extrema reacción. Sin embargo, otra parte que, por un lado, estaba menos estrechamente ligada desde el punto de vista ideológico a la vieja Alemania y que, por otro lado, reforzó en el curso del proceso su propia convicción de que la socialdemocracia puede ser la única real defensa de sus propios intereses, permaneció fiel a ella, y aún constituye hoy, con toda probabilidad, la base más sólida que el partido dispone para avanzar en la dirección que el Congreso tan claramente ha indicado.

Pero a pesar de ello, todavía hay obreros en el SPD. Y no solamente esa aristocracia obrera que, justo a consecuencia de la disminución del nivel de vida del «nuevo sector medio», del que en gran parte provienen los nuevos afiliados del SPD, cada vez más hace propios sus intereses de clase. Se trata también de verdaderos proletarios. Obreros casi siempre de la vieja generación, devotos al «viejo y experimentado» jefe, que por amor al partido en el que han crecido y al que atribuyen su propia conciencia de clase y su propia formación socialista, siguen siendo fieles al SPD. Es necesario atribuir a ello el hecho notable de que en algunos lugares y en acciones particulares («boicot» a las municiones, consejos políticos de los obreros) los obreros del SPD hayan seguido las palabras de orden de los comunistas con mayor decisión que los mismos adherentes al USPD. *Estos obreros constituyen hoy el único obstáculo para una definitiva clarificación en el SPD.* Es por la presencia de ellos que se hace necesaria una fraseología de la lucha de clases, fraseología que obstruye o por lo menos retrasa la definición de un programa puramente reformista, capaz de eliminar radicalmente la dialéctica por el desarrollo, la revolución por la crítica de la situación, el interés de clase por las leyes de movimiento

de la historia, el carácter de clase por el análisis del estado. Es por la presencia de estos obreros que se hizo necesaria la salida del SPD del gobierno. El SPD podrá consolidarse realmente solo cuando logre desembarazarse de estos restos de su pasado. Ello significa conservar solo aquellos elementos obreros que, a despecho de sus propios intereses de clase, están dispuestos a seguir las palabras de orden, cada vez más explícitamente pequeñoburgueses, del partido. El Congreso, por todo lo visto, ha contribuido de manera esencial a la prosecución de esta tendencia.

Efectivamente, el único debate en que se expresó una seria diversidad de visiones, el debate entre Wissel y Schmidt sobre la socialización, no era un choque entre este estrato obrero todavía revolucionario y los ideólogos de la pequeña burguesía, sino más bien una discusión pacífica y «científica» entre los exponentes de la aristocracia obrera y los elementos puramente pequeño-burgueses. Desde que el problema de la socialización ha sido separado definitiva y absolutamente del problema del poder y ha dejado de ser una etapa de la lucha de clase para volverse un instrumento de la «reconstrucción» (como dicen los capitalistas); desde que la cuestión de la anarquía económica burguesa o de la organización obrera ha sido dada vuelta en el problema «científico» y «práctico» del plan económico, ambas posiciones están en el mismo terreno: el de la reconstrucción del capitalismo. Es solo «cuestión de utilidad» decidir a qué método se da la preeminencia. Pero de todos modos es muy significativo para la estructura interna del SPD que la economía planificada de Wissel haya sido rechazada por la mayoría del Congreso como radicalismo como opuesta a la *Realpolitik* del partido. Aquí la tendencia a la completa liquidación del pasado se expresa acaso con claridad mayor que en las afirmaciones de algunos oradores (por ejemplo, Nimmerfall, de Múnich) que se han manifestado contrarios a acoger en el partido a eventuales obreros de la USPD luego de la escisión. Nada más natural que esta toma de posición. Mientras los obreros, moviéndose a la izquierda, con la más grande conciencia, se organizan en el partido revolucionario del proletariado y solo los jefes son obstáculos para su unidad, la situación para quien va a la derecha es completamente opuesta. Mientras los jefes son agradecidos, los trabajadores son incómodos «gritones», como dijo Nimmerfall. Así Bernstein, que ha vuelto al partido luego del Congreso de Leipzig, se ha convertido en el verdadero héroe del Congreso de Kassel. La división de la guerra está olvidada. La aristocracia obrera que durante la guerra apoyó abiertamente al imperialismo alemán, perdona de buena gana al ideólogo de la democracia occidental sus «extravíos de guerra». Aun todo ello es una hoja de parra para la socialdemocracia frente al nacionalismo sediento de venganza de los «compañeros» franceses o ingleses. El internacionalismo que, según Kautsky, es «un instrumento de paz y no de guerra» tiene, con los auspicios de Bernstein, un fuerte partido en Alemania. Un partido que aplica esta regla no solo en política exterior, sino también en política interior aun a la lucha de clases. Así el SPD se ha constituido definitivamente en un partido de orden. Él debe ubicarse —según las palabras de Adolf Braun— dentro de un duradero gobierno de coalición: en consecuencia, debe ser «un partido que una a todas las clases, desde el profesor universitario

hasta el obrero no calificado». El programa de Erfurt era todavía un programa para obreros industriales. Al haber «superado estos límites» el SPD debe arrojar todo el «lastre doctrinario» de aquel programa: debe preparar una serie de objetivos particulares, un programa para la escuela, otro para las mujeres, etc. Aunque Bernstein no hubiera formado parte de la comisión para el programa, el programa que de ella ha surgido sería de todas maneras espíritu de su espíritu. Bernstein es el triunfador de Kassel. Y aun si su ocasional adversario, Kautsky, debiera volver al SPD (cosa que tranquilamente podría hacer), no sería más que la evidente confirmación de la capitulación del radicalismo verbalista ante el correcto reformismo. En la realidad, esta capitulación ya desde tiempo atrás ha sucedido.

2. Los resultados de Halle son más complicados y más simples que los de Kassel. Son más simples porque, como ya lo subrayamos, el Congreso no ha ofrecido nada de nuevo respecto de la fractura entre derecha e izquierda, nada que en el debate de las semanas anteriores no hubiera sido ya dicho. El Congreso se ha limitado a poner los puntos sobre las íes. Pero la situación es más complicada porque los problemas reales de la USP pueden ser solucionados solamente luego del Congreso. El Congreso, aunque en perspectiva, prepara una nueva situación. En particular, en lo referente a la derecha, es fácil ver hoy adonde irá a parar. Solo en períodos de estabilidad (por cierto relativa) la posición de centro es sólida, puede parecer el eje a cuyo alrededor se desarrolla el movimiento. Pero en una situación revolucionaria, el centro se vuelve una especie de vestíbulo para el cambio de las masas de derecha a izquierda. La ideología íntegra de los jefes de la derecha del USP se reduce a la afirmación, conceptualmente formulada, de que la situación de la economía mundial es sí objetivamente revolucionaria, pero que ella todavía se refleja con gran inmadurez en la cabeza de vastas masas de obreros. Esta ideología, y el programa que se deriva, no son entonces la expresión de una voluntad precisa de determinados estratos sociales (como en cambio hemos notado en el SPD), sino que ideologizan más bien la indecisión y la incertidumbre de una parte del proletariado. Por eso el ala derecha no puede llegar a un claro y definitivo programa, y menos aún a una clara comprensión de la situación. Como los obreros a quienes guían, los jefes del ala derecha tienen una vaga y tímida percepción de la inevitabilidad de la revolución proletaria, pero como no saben decidirse a tomar una parte activa en esta necesaria revolución, su indecisión se cristaliza en confusión teórica. Los jefes de la derecha no han borrado la palabra revolución de su propio vocabulario, a diferencia de aquellos del SPD, que lo pueden hacer propio a causa de los estratos de clase que representan. Aunque, como lo ha notado el compañero Zinóviev con punzante ironía, no se atrevan a hablar nunca de revolución mundial, ellos no pueden eliminar la expresión de la revolución alemana y la angustia de tener que hacer algo con ella y de alguna manera. Incurren por ello en las contradicciones más sorprendentes. Así Hilferding ha subrayado que la situación económica alemana estaría madura para la socialización, y ha explicado luego durante horas que las circunstancias políticas la volvían imposible. Y Dittman se ha esforzado por mostrar que, aunque «el capitalismo va a la ruina con mayor

rapidez, y más se vuelve posible la realización del socialismo... por las consecuencias de la guerra, tal realización» está todavía llena de dificultades. De igual claridad y logicidad al extraer las consecuencias, se han mostrado los jefes de la derecha en todas las cuestiones de la acción política, de la táctica, del oportunismo. Donde el discurso se refiere a la acción revolucionaria concreta (las exigencias de la organización, planteadas por Moscú, tocan la consolidación organizativa de una acción revolucionaria), ellos hacen esquivas, piden «considerar las particulares relaciones de Alemania», piden alejarse del «doctrinarismo» radical de los bolcheviques. Pero en el momento en que emerge un problema, a cuyo respecto es posible tomar posición sin tener que salir del campo puramente teórico, se muestran extremadamente radicales, hasta van a la ofensiva y acusan a los rusos de compromiso y oportunismo. Por ejemplo, han rechazado las tesis de Moscú sobre la cuestión colonial, porque la revolución de los pueblos orientales no es una pura revolución proletaria. La misma actitud adoptan en la cuestión agraria, etc.

Esta miseria teórica es la verdadera razón de las calumnias y de las falsificaciones que la derecha se ha reservado en el Congreso. No solamente ha vuelto al terreno Márto,v, recociendo en una nueva salsa todas las acusaciones contra la Rusia soviética ya rumiadas por Burzev hasta el *Reichpost*. Pero es indicativo de este tipo de «polémica» que Márto, v haya revelado, sollozando, que luego de los atentados contra Uritski y Lenin los «socialistas» han sido perseguidos, olvidando señalar el hecho de que los atentados fueron preparados y llevados a término por «socialistas». De manera similar han sido distorsionados todos los hechos concernientes a la cuestión oriental: la derecha le ha atribuido a Enver Pascha un papel que allí él nunca jugó ni podía jugar, y que la derecha sabía muy bien que nunca jugó. En esta dirección se han utilizado citas de Rosa Luxemburg. La primera —contra la centralización—, de un artículo de 1903 inmediatamente después de la escisión de la socialdemocracia rusa (la fecha por sí sola vuelve superflua la polémica). La otra, contra la paz por separado entre Alemania y Rusia antes de la revolución proletaria, y cuya fecha aun ha sido ocultada.

Pero la más alta confusión teórica y falsedad práctica, ha sido alcanzada por la derecha en las cuestiones de la democracia, del poder y del terror. Después que Crispian nos iluminara con profundos acentos sobre la diferencia entre poder y terror, después que toda la derecha se indignara por el trato «antidemocrático» sufrido por Márto, v, estos mismos paladines dentro de la democracia del proletariado no se han ocupado simplemente de la decisión de la gran mayoría del congreso (detrás de la cual, lo sabemos bien, hay una mayoría todavía más amplia de afiliados al partido) y, utilizando de manera putschista un parágrafo de ninguna manera aplicable a esta situación, *se han declarado como el partido y han excluido a la mayoría del partido mismo*. Justamente la gente de la derecha gusta de parangonar demagógicamente la táctica de los comunistas con Ludendorff y Prusia. Aquí se impone a todo observador imparcial la comparación con el comportamiento del *Landtag* prusiano y del gobierno prusiano en relación a la mayoría obrera en las elecciones comunales de Berlín.

En vano. Este *putsch* no salvará a la derecha del fin. A pesar de que al día siguiente se haya apresurado a constituirse como único partido y a publicar un manifiesto que es una nueva *summa* de todas las duplicidades y confusiones repetidas antes del Congreso y en el Congreso, el destino de la USP está decidido por el proceso objetivo de la revolución. Hilferding se opuso en el Congreso a la «competencia desleal» con el radicalismo de la izquierda; hoy, él debe comprobar que su partido necesita como si fuera el pan, una enérgica acción de masas «para eliminar la influencia del reformismo en los obreros, reformismo que ahora se ha vuelto más jactancioso». Este temor, que se dirige de igual manera a derecha y a izquierda, tiene sus raíces en el ya descrito carácter transitorio del nuevo USP. El proceso revolucionario dividirá tarde o temprano a toda Alemania en revolución y contrarrevolución. El SPD se ha constituido ya como partido contrarrevolucionario pequeñoburgués y debe, en cuanto tal, conquistar constantemente terreno. Las fuerzas de la revolución se han acrecentado con una componente esencial al escindirse la izquierda. El nuevo USP se ubica míseramente entre los dos campos. Antes o después perderá sus obreros revolucionarios en favor de la izquierda y sus elementos pequeño burgueses conscientes en favor de la derecha. Su programa es el intento impotente, y cada vez más impotente, de detener este proceso de diferenciación entre elementos no homogéneos. Y ninguna unión con partidos de otros países que se hallan en situación similar, ninguna Internacional 2 y ½ [23], pueden salvar al USP de este destino.

Pero este proceso está más allá del Congreso, más allá de nuestras observaciones. Todavía más es este el caso en cuanto a las tareas y las posibilidades de la izquierda. Su reconocimiento incondicional de la III Internacional ha creado las condiciones fundamentales para la formación de un partido de masas en Alemania real y conscientemente revolucionario. Los comunistas alemanes están hoy ante la tarea de unir, en un partido revolucionario capaz de actuar, a los dos partidos revolucionarios (y como se espera, muy pronto también a los elementos comunistas del KAPD). Este es el trabajo más importante del próximo futuro para la consolidación de las fuerzas revolucionarias en Alemania. Consolidación que debe avanzar paralelamente al proceso que se da en el campo contrarrevolucionario (paralelismo no casual), y que así avanzará.

VIEJA Y NUEVA *KULTUR*

1. El desarrollo de la sociedad es un proceso unitario. Ello significa que no puede determinarse una cierta fase del desarrollo a un nivel de la vida social sin que sus efectos repercutan sobre todos los otros. Es gracias a esta unitariedad, a este nexo de conjunto del desarrollo social, que se hace posible aprehender el proceso mismo desde el punto de vista de una como de otra manifestación social, y arribar sin embargo a su comprensión. Por tal motivo puede hablarse de la *Kultur* en su aparente aislamiento de las otras manifestaciones sociales. Efectivamente, si nosotros comprendemos correctamente la *Kultur* de una época, hemos comprendido en sus raíces el desarrollo de conjunto de esta época, como si hubiéramos partido del análisis de sus relaciones económicas.

La burguesía, que teme el derrumbe del ordenamiento social capitalista, lamenta por eso sobre todo la decadencia de la *Kultur*. Las preocupaciones por los intereses de clase son así presentadas como si su motivación naciera de preocupaciones acerca de los valores eternos de la *Kultur*. Por el contrario, el punto de llegada de los pensamientos que seguirán es la consideración de que *la Kultur de la época capitalista había ya caído íntimamente aun antes del derrumbe económico y político*: y que entonces en oposición a todas las preocupaciones que hemos oído copiosamente justamente en interés de la *Kultur* sería de urgente necesidad poner finalmente término a la larga agonía del ordenamiento social capitalista, y abrir con ello el camino a la nueva *Kultur*.

Cuando se considera la *Kultur* de dos épocas desde el punto de vista científico, emerge ante todo la cuestión: ¿cuáles son las condiciones económicas y sociológicas para el afirmarse de la *Kultur*? Y de tal contexto surge de por sí la respuesta a la pregunta de la cual se debería haber partido: ¿qué es exactamente la *Kultur*? En pocas palabras: el concepto de *Kultur* (en oposición a *Zivilisation*) comprende el conjunto de aptitudes y de productos dotados de valor que resultan superfluos en relación al inmediato sustento. Por ejemplo, la belleza interna de una casa pertenece al concepto de *Kultur*; no así su solidez, su calefacción, etc. Si entonces nos preguntamos: ¿en qué consiste la posibilidad social de la *Kultur*?, debemos contestar que ella es ofrecida por la sociedad en que las necesidades primarias han sido satisfechas de tal manera que no se requiere un trabajo tan pesado como para agotar por completo las fuerzas vitales. Es decir, donde existen energías disponibles para la *Kultur*.

La vieja *Kultur* era entonces la *Kultur* de las clases dominantes. Solo las clases dominantes estaban en condiciones de poner al servicio de la *Kultur* sus aptitudes dotadas de valor, desvinculadas de toda preocupación por el sustento inmediato. Aun aquí, como en todas partes, el capitalismo ha revolucionado el ordenamiento social íntegro. Al suprimir los privilegios de casta

ha eliminado también los privilegios culturales de la sociedad de castas. *Es decir, que el capitalismo ha empujado a la misma clase dominante, la burguesía, al servicio de la producción* [24]. El rasgo caracterizador que distingue al capitalismo de los ordenamientos sociales anteriores es que en él la misma clase explotadora está sometida al proceso productivo; está obligada a prestar sus propias fuerzas a la lucha por el provecho, de la misma manera en que está obligado el proletariado para mantenerse con vida. (Por ejemplo, el director de fábrica y, en oposición a él, el señor en tiempos de la esclavitud de la gleba). En apariencia, esta tesis parece contradicha por la gran cantidad de holgazanes que la misma clase capitalista ha sacado de su seno y a los cuales da una ociosa prosperidad. Pero, también aquí, nuestra atención no debe dejarse desviar por apariencias superficiales. Para la *Kultur*, siempre se han sometido a examen solamente las mejores fuerzas de las clases dominantes. En la época precapitalista estas fuerzas se hallan en una situación tal que les permite poner sus propias aptitudes al servicio de la *Kultur*, mientras el capitalismo las ha vuelto esclavas de la producción a la manera de lo que ha hecho con los trabajadores, aunque concediendo un valor material bien distinto a su esclavitud.

La liberación del capitalismo significa liberación del dominio de la economía. La *Zivilisation* crea, así, el dominio humano sobre la naturaleza; pero, como consecuencia, el hombre cae bajo el dominio de esos medios que le habían dado la posibilidad de dominar a la naturaleza. El capitalismo señala la culminación de este dominio. En el capitalismo no existe clase que, por su ubicación productiva, esté llamada a la creación de la *Kultur*. La destrucción del capitalismo, la sociedad comunista, afecta a la cuestión justamente en este punto. Ella quiere crear un ordenamiento social en que a cada uno le espere ese modo de vida que en la época precapitalista solamente las clases dominantes podían llevar. Con ello comienza verdaderamente *la historia de la humanidad*. De la misma manera que la historia, en su viejo significado, ha comenzado con la *Zivilisation* y la lucha del hombre con la naturaleza pertenece a la época «prehistórica», así el historiador del futuro hará comenzar la verdadera historia de la humanidad con el comunismo desarrollado. El dominio de la *Zivilisation* valdrá entonces como segunda época «prehistórica».

2. La característica principal del ordenamiento social capitalista debía ser buscada entonces en el hecho de que la vida económica ha dejado de ser un instrumento para la función vital de la sociedad y se le ha colocado en el centro: se ha convertido en fin en sí mismo, objetivo de toda actividad social. La primera consecuencia, y la más importante, es la transformación de la vida social en una gran relación de intercambio; la sociedad en su conjunto ha venido a formar un enorme mercado. En las distintas funciones de la vida, tal situación se expresa en el hecho de que cada producto de la época capitalista, como también todas las energías de los productores y de los creadores, reviste la forma de mercancía. Cada cosa ha dejado de valer en virtud de su valor íntimo (por ejemplo, valor ético, valor artístico): tiene valor solo en cuanto mercancía vendible o adquirible en el mercado. Todo lo que este hecho ha actuado destructivamente sobre toda *Kultur* —exprésese esta en actos o en creacio-

nes de obras de arte, o bien en instituciones— es algo que no exige análisis ulteriores. De la misma manera que la independencia de los hombres de los cuidados del sustento y la libre utilización de sus propias fuerzas como fin en sí son la condición humana y social preliminar de la *Kultur*, así todo lo que la *Kultur* produce puede tener valor cultural auténtico *solo cuando tiene valor de por sí*. En el momento en que asume carácter de mercancía y entra en el sistema de relaciones que lo transforma en mercancía, cesa aun su autonomía, la posibilidad de la *Kultur*.

Pero también en otro punto el capitalismo ha corroído en las raíces la posibilidad social de la *Kultur*. Este punto está constituido por su relación con la fabricación de los productos culturales. Ya lo hemos visto: desde el punto de vista del producto, la *Kultur* es imposible cuando los productos no llevan en sí su fin. Desde el punto de vista de las relaciones entre producto y productor, la *Kultur* es posible solo donde el surgimiento del producto constituye —desde el ángulo visual de su creador— un proceso unitario y en sí acabado. Un proceso, es decir, cuyas condiciones dependen de la posibilidad y las aptitudes humanas del creador. El ejemplo característico para un proceso de tal carácter es la obra de arte, donde el nacimiento de la obra es, en definitiva, en su integridad, resultado del trabajo del artista, y donde la peculiaridad de la obra está determinada por las cualidades individuales del artista. En las épocas precapitalistas este espíritu artístico ha dominado a la industria íntegra. La impresión del libro era en esencia tan poco distinta del escribirlo, como la pintura de un cuadro lo era de la fabricación de una mesa (en relación al carácter humano del surgimiento del producto). Por el contrario, la producción capitalista no solo quita al trabajador la propiedad del medio sino que, a consecuencia de la división del trabajo, parece más fuertemente especializado, desmiembra el proceso de fabricación en partes, ninguna de las cuales es tal que origine algo significativo, de por sí y en sí acabado. No existe trabajo singular que esté en una ligazón inmediata y perceptible con el producto terminado; este proceso tiene un sentido solamente para el cálculo abstracto del capitalista; solo en cuanto mercancía está dotado de sentido. El extenderse de la industria aumenta cada vez más la inhumanidad de esta relación. En la división del trabajo existente dentro de la manufactura, aun siendo el proceso de fabricación sumamente desmembrado y despedazado, la calidad de las partes singulares del producto dependía sin duda de las aptitudes físicas y espirituales del trabajador; mientras que en la industria desarrollada toda relación entre producto y productor ha sido suprimida. En ella, entonces, el proceso productivo depende en definitiva de las posibilidades de la máquina; *el hombre sirve a la máquina, se adapta a ella*; la producción se vuelve completamente independiente de las posibilidades y aptitudes humanas del trabajador [25].

Junto a estas fuerzas que destruyen la *Kultur* y que nosotros hemos considerado hasta aquí desde el punto de vista del producto y del productor singular y aislado, en el capitalismo actúan todavía otras, similares a las primeras. Podemos observar la más importante cuando consideramos el nexo *recíproco* de los productos. La *Kultur* de las épocas precapitalistas era posible gracias a la relación de continuidad en que venían a encontrarse los productos cul-

turales singulares: un producto llevaba adelante el problema planteado por el otro, y así sucesivamente. La *Kultur* en su conjunto delineaba por lo tanto una determinada continuidad de desarrollo lento y orgánico. Así era posible que en cada campo se afirmara una *Kultur* coherente, unívoca y sin embargo original; una *Kultur* cuyo nivel superaba también en mucho el nivel más alto alcanzable a través de aptitudes individuales, aisladas. En cuanto ha revolucionado el proceso productivo, en cuanto ha vuelto permanente este carácter revolucionario a través de la anarquía de la producción, el capitalismo suprimió la continuidad y la organicidad de la vieja *Kultur*. Por un lado, el revolucionamiento de la producción significa, para la *Kultur*, que el proceso productivo origina de continuo momentos que influyen de manera decisiva sobre la marcha y el modo de la producción, sin que ellos deban luego ligarse de manera alguna con la esencia del producto —una obra como fin en sí— (es así que de la industria, de la arquitectura desaparece la autenticidad del material). Por otro lado, como consecuencia del producir-para-el-mercado (sin lo cual el revolucionamiento de la producción sería inimaginable) viene a la luz en la fabricación del producto todo lo que es mera novedad, el elemento sensacional y caduco, sin consideración alguna por el problema del acrecentamiento o la disminución del auténtico, íntimo valor del producto. El reflejo cultural de este carácter revolucionario es el fenómeno que habitualmente llamamos moda. Moda y *Kultur* configuran por sus esencias conceptos que se excluyen recíprocamente. El dominio de la moda significa que la forma y la calidad de los productos puestos sobre el mercado cambian a breve plazo, independientemente de la relación con la belleza y la finalidad. *La esencia de un mercado tal comporta que dentro de determinados períodos deben ser fabricados nuevos objetos, tales que puedan diferenciarse radicalmente de los precedentes; tales que, al producirlos, sea imposible basarse sobre las experiencias recogidas en la producción precedente. De la rapidez del desarrollo resulta la imposibilidad de recogerlas y digerirlas; o bien nadie quiere ya basarse en ellas, pues la esencia misma de la moda requiere justamente lo opuesto a lo viejo. Así desaparece lentamente todo desarrollo orgánico; le suceden una oscilación sin meta y un diletantismo vacío y ruidoso.*

3. Pero la crisis de la *Kultur* capitalista tiene raíces todavía más profundas que los fenómenos aquí esbozados. El fundamento principal de su crisis permanente y de su derrumbe interior consiste en el hecho de que la *ideología se halla en oposición insoluble con el ordenamiento productivo, con el ordenamiento social*. La clase burguesa dominante o que lucha por el dominio podía tener —como consecuencia necesaria de la anarquía de la producción capitalista— una sola ideología: la de la libertad individual. La crisis de la *Kultur* capitalista debía entonces manifestarse en el momento en que entraba en oposición con el ordenamiento social burgués. Durante todo el tiempo en que la clase burguesa en ascenso —como en el siglo dieciocho— ha dirigido esta ideología contra los vínculos de la sociedad de castas, esa ideología era la expresión adecuada de la situación dada de la lucha de clase. La burguesía de entonces podía tener de hecho una *Kultur* auténtica. Pero cuando la burguesía llegó al poder (es decir, ya en la gran Revolución francesa) se reveló la imposibilidad

de hacer avanzar seriamente esta ideología, de extenderla a la sociedad íntegra, sin la autosupresión de aquel ordenamiento social del que la libertad individual era la ideología. En pocas palabras: a la clase burguesa le era imposible extender también al proletariado su propia idea de libertad. Se sigue entonces una desarmonía insuperable: la burguesía, o debía renunciar a esta ideología, o bien utilizarla como enmascaramiento de una acción opuesta a ella. El primer caso hizo emerger un absoluto vacío de ideas, un caos moral, porque, dada su ubicación productiva, la burguesía no estaba en condiciones de crear una ideología distinta que sustituyera a la ideología de la libertad individual. En el segundo caso, la burguesía se hallaba ante la crisis moral de la mentira interior; estaba obligada a actuar contra su propia ideología.

Pero esta crisis habría de agudizarse porque *el principio de la libertad debía, aun económicamente, complicarse en una contradicción insuperable*. No es nuestro objetivo aquí entrar en un análisis de la época del capital financiero. Basta señalar la inconciliable oposición entre las grandiosas organizaciones productivas que han surgido sobre su base (*carteles, trusts*) y la idea dominante del ordenamiento social del capitalismo primitivo, la libre concurrencia. Pero con ello desaparecía también el terreno de la ideología que se le conectaba. Al volverse los estratos altos de la burguesía —por la esencia misma del capital financiero— aliados naturales de sus enemigos de una vez, las clases agrario-feudales, la nueva ideología debía ser buscada entre los nuevos aliados. Pero aun este intento de hacer concordar la ideología con el ordenamiento productivo estaba destinado al derrumbe, desde el momento en que los fundamentos reales de la ideología conservadora —la estructura feudal de castas y el ordenamiento productivo que la expresaba— han sido radicalmente extirpados de la sociedad a través de la revolucionarización capitalista de la producción, que ha alcanzado su propia culminación en la época del capitalismo financiero. Por cierto que el feudalismo ha tenido en un tiempo una *Kultur* de gran valor y de alto nivel. Pero ello sucedía bajo el dominio de la sociedad feudal de castas, cuando la producción y la sociedad íntegra estaban reguladas por sus principios. Con la victoria del capitalismo esta forma social fue suprimida. En vano gran parte del poder económico quedó en manos de las castas dominadoras de antes: el proceso por el cual también ellas se capitalizaban, y aun ellas asumían las formas del capitalismo, no podía ser detenido. Entonces, aun para estos sectores, se manifestó la misma contradicción entre ideología y marcha de la producción que rige para el capitalismo, aunque se expresara de otra manera. Entonces, si la clase burguesa de la época del capitalismo financiero buscaba el agua de la renovación, la buscaba en una fuente que ella misma había enterrado.

Desde el punto de vista de la *Kultur*, la oposición entre ideología y ordenamiento productivo significa que el motivo de la grandeza de las antiguas *Kultur* (Grecia, Renacimiento) debe ser buscado en el hecho de que, por la armonía entonces existente entre ideología y ordenamiento productivo, los productos de la *Kultur* podían desarrollarse orgánicamente desde el terreno del ser social. En tanto las grandes obras culturales pudieran elevarse muy por encima del mundo interior del hombre común, existía siempre entre los dos

polos cierto nexo. Pero todavía más importante que esta actitud de los productos culturales dentro de la vida social es el hecho de que el acuerdo entre ideología y ordenamiento productivo hacía posible la natural armonía entre ideología y conducta de vida. (Que el estilo de la conducta de vida del hombre depende de su ubicación productiva, es algo que no requiere una discusión ulterior). Pero en todo ordenamiento social donde exista un acuerdo natural entre la conducta de vida y su expresión ideológica, existe también la posibilidad de que el tomar forma de la ideología encuentre una orgánica expresión en las figuras de la *Kultur*. Pero solamente con tales condiciones la unidad orgánica es posible. La relativa independencia de los elementos ideológicos en cuanto a sus fundamentos económicos significa que ellos, en su carácter de formas de expresiones humanas, son —según su valor y su validez formal— independientes de las facticidades que les son confiadas por el ordenamiento económico y social contemporáneo para que puedan recibir forma. *Por ello la materia que tales formas modelan no puede ser sino la realidad social misma.* Si existe entonces una oposición de fondo entre ideología y ordenamiento económico, ella —en cuanto a nuestro problema— debe ser expresada así: *que formas y contenidos de las expresiones culturales han entrado en contradicción entre sí.* Pero con ello cesa la unidad orgánica de las obras de la *Kultur*, su esencia armónica, dispensadora de alegría. La *Kultur* no expresa ya todo esto a los hombres que toman posición a su respecto: aquello que era la característica principal de las viejas *Kultur*. En tanto y cuanto ha sido auténtica *Kultur*, la *Kultur* del capitalismo no podía ser sino crítica sin embellecimientos de la época capitalista, crítica que alcanzó a menudo un nivel muy alto (Zola, Ibsen); pero cuanto más auténtica y válida era, tanto más debían faltarle la simple y natural armonía y belleza de la antigua *Kultur*: la *Kultur* en el verdadero sentido, en el sentido literal del término. Esta contradicción subsistía en todos los campos de las expresiones humanas, en el conjunto de las materias de la *Kultur*. Así, para citar un solo ejemplo muy evidente, el ordenamiento social capitalista nutría necesariamente en sí, en la ideología de la libertad, *la idea del hombre como fin*. Podemos decirlo sin temor a desmentidos: en las épocas precapitalistas esta gran idea no alcanzó jamás una expresión tan pura, clara y consciente como en ese período (idealismo clásico alemán). Pero es también verdad que ningún ordenamiento social la ha tratado tan a los golpes como lo ha hecho el capitalismo. En el capitalismo el devenir-todo-mercancía no se limita al devenir-mercancía de los productos; usurpa también las relaciones humanas: basta pensar en el matrimonio. La interior necesidad de la orientación ideológica cultural promovía, entonces, en todos los productos de la *Kultur*, la anunciación del hombre como fin en sí, mientras, por otra parte, la materia —modelada por estas formas culturales— era la negación viva de ese propósito. Por ejemplo, la poesía válida del capitalismo no podía ser el simple *reflejo* de su propio tiempo como era la poesía griega, cuya eterna belleza expresa justamente este reflejo acrítico, natural, sino que podía ser solo *crítica* de lo existente.

4. Vayamos ahora a lo que significa, desde el punto de vista de la *Kultur*, la transformación comunista de la sociedad. Ante todo, significa el cese del do-

minio de la economía sobre la totalidad de la vida. Luego, el cese de la imposible e inarmónica relación entre el hombre y su trabajo, por el cual el hombre está subordinado al medio productivo, no el medio productivo al hombre. En última instancia, significa la supresión de la economía como fin en sí. Naturalmente, el ordenamiento social capitalista ha introducido tan profundamente su estructura en el mundo del pensamiento de cada uno, como para poner en sombras la conciencia de este aspecto de la transformación. Más aún, este aspecto de la transformación luego de la toma del poder no puede todavía explicitarse en lo concerniente a los aspectos cotidianos de la vida. *El dominio sobre la economía, la organización socialista de la economía, significa la supresión de la autonomía de la economía.* La economía, que ha sido hasta ahora un proceso autónomo, dotado de una legalidad propia, y *que podía solamente ser reconocido, pero no guiado por la razón humana* [26], se vuelve ahora una parte de la gestión estatal. Es decir, que parte de un proceso planificado, no dominado ya por leyes propias, dado que los movimientos fundamentales de este proceso social unitario no pueden ya ser de naturaleza económica. La apariencia contradice esta tesis. Es claro, efectivamente, que una reorganización de la producción que no sea llevada al terreno económico con órganos económicos y a través de teorías económicas, resulta imposible, práctica y teóricamente. Es además obvio que, en correspondencia a la esencia de la lucha de clases, en la fase de la dictadura que es la culminación de la lucha de clases, las cuestiones de la batalla económica, de la reorganización, están en primer plano. Pero esto no significa que el fundamento mismo del proceso en curso sea de naturaleza económica. El cambio de función que la dictadura del proletariado trae consigo en todo campo, se afirma también aquí. Durante el capitalismo cada momento ideológico era solo la «superestructura» del proceso revolucionario que lleva, al fin, al derrumbe del capitalismo. Ahora esta relación se da la vuelta. No quiero decir con ello que la reorganización de la economía se vuelva mera «superestructura» (ya en relación a la ideología esta expresión no era la más pertinente y ha dado lugar a demasiados equívocos), pero puede decirse sin más que desaparece la prioridad de la economía. Aquello que superficialmente contradice esta tesis, en realidad la confirma, en cuanto observamos la cuestión un poco dialécticamente.

En la crisis de la sociedad capitalista el aspecto ideológico se situaba siempre en primer plano en la conciencia social. Esto no sucedía por casualidad sino a consecuencia del hecho de que las fuerzas motrices del desarrollo no estaban en condiciones de volver completamente conscientes a las masas que ponían en movimiento. La «crítica» que el socialismo efectuaba tenía un carácter de desenmascaramiento en relación a estas crisis, a estas revoluciones: indicaba las fuerzas reales, últimas: el proceso económico. Nada más natural entonces si con la ruina del capitalismo el punto de vista que hasta ahora ha funcionado como crítica adquiere un relieve de primer plano en la nueva estructura. Pero el problema es: ¿el cambio de función no ha suprimido el carácter del motivo como motivo «último» que él poseía en su primitiva función? Y que lo ha suprimido efectivamente, es algo que se deduce de todo lo dicho hasta aquí: el motivo económico puede valer como motivo último solamente en el

estadio de la «anarquía productiva». Solo las fuerzas motrices de una producción desorganizada pueden funcionar como fuerzas naturales, ciegas; y solo en cuanto tales pueden constituir el motor último: todo elemento ideológico, o se adapta al proceso creado por tales fuerzas (deviene supraestructura) o bien se le opone infructuosamente. Por eso en el capitalismo todo factor no económico es puramente ideológico, a excepción solo de la crítica socialista a la sociedad capitalista en su totalidad. Ella no es expresión ideológica de consentimiento o de rechazo que acompaña a un proceso singular, sino develamiento de la totalidad; un develamiento de la globalidad del proceso económico tal como para ser inmediatamente acción práctica en dirección de su transformación. Lo que es transformado no es solo la desorganización, sino, con ella, también la autonomía de la vida económica, en suma: su ser guiado de todos modos por finalidades económicas. La organización de la vida económica en dirección del socialismo lleva al papel de guía a esos motivos que hasta ahora podían ser a lo sumo manifestaciones colaterales; *lleva a una vida humana interior y exterior dominada por motivos humanos, ya no económicos*. No debe asombrarnos entonces si, en estas condiciones, la revolucionarización de la vida económica está en primer plano, justamente en la conciencia revolucionaria, más que aquel momento ideológico por el cual ella ha sido, en última instancia, puesta en movimiento. Con la victoria del proletariado el proceso de este cambio de función entra necesariamente en la conciencia del proletariado. Se trata de la prosecución directa, en las masas proletarias, de la lucha de clase consciente: la esencia de la conciencia de clase ha surgido hasta ahora del elevarse a conciencia de los intereses económicos. El mero tránsito al trabajo de reconstrucción —cuyo resultado final es este intercambio de funciones— no roza siquiera la conciencia de los intereses de clase inmediatos; está, por así decir, «por debajo de la conciencia». Solamente la conciencia de clase completa, que se vuelve consciente de la misión histórico-universal del proletariado más allá de los intereses inmediatos, eleva este motivo, este cambio de función, en la conciencia del proletariado [27].

El cambio de función hace emerger la posibilidad de la nueva *Kultur*: *pues la Kultur significa el dominio interno del hombre sobre el ambiente, así como la Zivilisation es su dominio exterior*. De la misma manera que la *Zivilisation* ha creado los medios del dominio sobre la naturaleza, ahora la *Kultur* proletaria crea los medios para el dominio sobre la sociedad. Y justamente, en los hechos, la *Zivilisation* y su forma más evolucionada, el capitalismo, han desarrollado al máximo el servilismo del hombre hacia la sociedad, la producción, la economía.

El presupuesto sociológico de la Kultur es el hombre como fin en sí. Esta condición primaria, que en las sociedades precapitalistas era concedida a las clases dominantes y que el capitalismo ha sustraído a todos, es ahora preparada para todos por la fase última de la victoria proletaria. La metamorfosis determinada por la radical transformación de la estructura social íntegra se refiere naturalmente a todas las manifestaciones, de cuyos efectos destructores en relación a la *Kultur* ya hemos hablado en el análisis del capitalismo.

Con la organización de la economía termina así también su carácter revolucionario y revolucionador. En lugar de la sucesión anárquica, determinada por el azar, que habitualmente señalamos con el nombre de moda, se tiene la continuidad orgánica, el desarrollo auténtico. Un desarrollo en el que cada momento singular desciende necesariamente de los presupuestos objetivos del momento precedente; en el que entonces cada momento, lleva en sí la solución del problema que ha quedado irresuelto en el momento que lo precedía y, en el mismo instante, plantea al momento siguiente un nuevo problema a resolver. La necesaria consecuencia cultural de un desarrollo orgánico tal (que desciende de la esencia misma de la cosa, no del azar) es que el nivel de la *Kultur* puede nuevamente sobrepasar las aptitudes individuales de los singulares individuos aislados. La ligazón al trabajo ajeno y su prosecución —segundo presupuesto sociológico de la *Kultur*— vuelven a hacerse posibles. *Se sigue que, ya los productos culturales, ya las relaciones humanas, pierden su carácter de mercancía.* La superación de las relaciones mercantilizadas restituye a todo aquello que bajo el capitalismo funcionaba —del todo o principalmente— de acuerdo a relaciones económicas, su carácter de fin en sí. Pero la posibilidad de la *Kultur* se funda también, como es sabido, en el hecho de que una cantidad cada vez mayor de expresiones de la vida humana se vuelven —siempre más a profundidad y vigorosamente— fines en sí; o, algo que es lo mismo, están al servicio de la esencia humana del hombre. Pues estas dos modalidades del ser-fin-para-sí-mismo no se excluyen una a la otra; por el contrario, se sirven y se completan recíprocamente. Cuando un producto cualquiera (casa, mueble, etc.) no es fabricado en cuanto mercancía, sino de manera tal que sus posibilidades de belleza se potencien al máximo, es lo mismo que decir: la casa, el mueble están al servicio del ser-hombre del hombre, respetan sus exigencias. No son fabricados a través de un proceso económico desligado de toda exigencia humana, y en el cual los productos funcionan únicamente como mercancías abstractas y los hombres como también abstractos compradores y vendedores. A la vez, debe cesar también la malsana especialización del capitalismo. En el momento en que el interés del hombre no está más regulado por el abstracto ocuparse de la compraventa en el mercado sino *por el proceso unitario, y que comprende a la totalidad del hombre*, el proceso de la fabricación y del goce del producto devenido fin en sí, y también la especialización, están destinados a sufrir un cambio de función. En la sociedad proletaria desaparecerá no solo su carácter de clase sino también su carácter de ajenidad respecto de la vida humana. Al afirmarse los productos como fines en sí, estos se adaptarán automáticamente a la totalidad de la vida humana, a sus problemas fundamentales. Al suprimirse el aislamiento humano, el individualismo anárquico, la sociedad humana viene a configurar en sus individuos y en sus productos un entero orgánico, cuyas partes singulares, sosteniéndose y completándose recíprocamente, se pondrán al servicio de su objetivo común: la idea de un superior desarrollo del hombre.

5. Con la delineación de tal meta hemos llegado a la esencia de la cuestión. Si el objetivo de la nueva sociedad consistiera solamente en la potenciación del mero bienestar y de la prosperidad material de los hombres, todos estos

cambios de función no se verificarían, su significado sería apenas concebible. El objetivo del estado proletario podría agotarse en la organización de la producción y de la distribución, y la vida económica volvería a dominar —por cierto que con otra finalidad distinta— sobre el principio humano. El desarrollo alcanzaría naturalmente de manera más amplia y rápida sus objetivos, se llegaría a este con una adecuada organización de la producción y de la distribución. Ahora, en cambio, ha creado solamente los *presupuestos irrenunciables* para llegar a la meta. En particular, la realización misma de tal meta debe todavía abarcar a toda la humanidad.

Pero la transformación económica es un presupuesto imprescindible para lograr tal objetivo. No solo por los motivos sociológicos ya enumerados; no solo porque únicamente hombres prósperos son disponibles para la *Kultur*, sino justamente por la estructura peculiar de la conciencia humana: porque las cuestiones finales y decisivas de la existencia humana están recubiertas en la conciencia por los males y las miserias inmediatas —a pesar de lo poco que cuenten en comparación con las primeras— y no logran así, excepto rarísimas excepciones, hacerse a la luz. La cosa puede ser aclarada con un simple ejemplo: mientras uno se rompe la cabeza alrededor de un gran descubrimiento científico, se le aparece un dolor de muelas insoportable. En la inmensa mayoría de los casos, es cierto que no estará en condiciones de seguir sus razonamientos mientras no sea vencido el mal inmediato. La negación del capitalismo, la nueva organización socialista de la economía significa, para la humanidad íntegra, la cura de todos los dolores de muelas. Desaparece de la conciencia de los hombres todo cuanto les ha impedido hasta ahora vivir sus problemas verdaderamente fundamentales: su conciencia se abre a lo esencial. Pero este ejemplo muestra también el límite de la transformación. Por cierto, es necesario que el dolor de muelas haya desaparecido para poder retomar el trabajo intelectual; pero tan cierto como ello es que ese trabajo no se reinicia automáticamente de por sí al cesar el dolor: hace falta un nuevo esfuerzo, una nueva vocación, un nuevo ímpetu. Entonces la humanidad que trabaja no ha llegado todavía a la meta por el hecho de que han desaparecido todos sus sufrimientos económicos: solo ha creado las posibilidades como para poder ponerse en camino con fuerzas frescas hacia la auténtica meta. La *Kultur* es la forma de la idea del ser-hombre del hombre. Es, entonces, creada por el hombre, no por las circunstancias. Toda reestructuración de la sociedad configura solamente el cuadro, la posibilidad de la libre autorrealización, de la espontánea fuerza creadora de los hombres.

Por eso la investigación sociológica debe limitarse al análisis de este marco. Cuáles serán los contenidos esenciales de la *Kultur* proletaria: ello quedará en definitiva determinado por las fuerzas del proletariado tendidas hacia la liberación progresiva: todo intento de previsión sería ridículo. Todo lo que el análisis sociológico está en condiciones de ofrecer no es más que la indicación de que tal posibilidad —y solamente la posibilidad— es preparada por la sociedad proletaria. Un examen detallado de otra manera sobrepasaría los límites de la investigación científica aquí posible. A lo sumo, se podría discutir cuáles de los viejos valores culturales —de conformidad con la esencia del marco— po-

drán ser *asumidos por la nueva sociedad y posteriormente desarrollados*. Pues la idea del hombre como fin en sí —la idea base de la nueva *Kultur*— es una herencia del idealismo clásico del siglo XIX. La verdadera contribución de la época capitalista a la construcción del futuro consiste en haber creado las posibilidades de su propio derrumbe y de la construcción del futuro sobre sus propias ruinas. De la manera en que el capitalismo ha fabricado por sí mismo los presupuestos económicos de su negación, de la manera en que ha producido por sí mismo las armas espirituales de la crítica negadora que a través del proletariado lo aniquilaría (la relación de Marx con Ricardo), así también él crea aquí, en la filosofía desde Kant hasta Hegel, la idea de la nueva sociedad, llamada a provocar necesariamente su negación.

EL CONGRESO DEL PARTIDO COMUNISTA ALEMÁN

Una fase heroica y, al final de cuentas, gloriosa en la lucha de clase del proletariado alemán, ha terminado con el congreso del Partido Comunista alemán: la liga Espartaquista (*Spartakusbund*) se ha reunido por vez última en esta circunstancia. La próxima reunión del 3 de diciembre sellará, desde el punto de vista organizativo, la unificación con el ala izquierda del Partido Socialista (USP). Se inicia un nuevo período. La lucha por la masa proletaria está todavía lejos de ser completada, pero ahora existe el partido de masas del proletariado. La lucha por el poder del partido de masas, la lucha decisiva entre revolución y contrarrevolución, puede comenzar y comenzará, probablemente muy pronto.

Entre estas dos fases el partido debe atravesar una zona de peligro, como lo ha destacado con justicia el compañero Thälheimer. La constitución del partido revolucionario de masas viene a significar que ha llegado el estadio agudo de la revolución. Y esta conciencia es urgente, viva, de estímulo a la acción, no solamente en el proletariado sino también en la burguesía. La zona de peligro consiste en el hecho de que la burguesía, en la conciencia de la inevitabilidad de la batalla decisiva, va a la lucha contra el proletariado antes de que este último haya concluido su proceso de fusión organizativa en el nuevo partido de masas. La contrarrevolución puede iniciar abiertamente el ataque, o bien puede empujar a la lucha al proletariado en condiciones desfavorables para este, no elegidas por él mediante pequeños ataques experimentales o provocaciones. Es necesario atravesar esta zona de peligro con la mayor velocidad posible. Que ello se logre no es por cierto seguro. Día a día se multiplican las advertencias en tanto la burguesía no tiene la intención de permitir el cumplimiento de este nuevo proceso organizativo del proletariado revolucionario. No basta que la actitud de las formaciones oficiales y secretas de los guardias blancos se haga cada vez más amenazante; no basta que en Lituania se forme un nuevo estado báltico; no basta que los portavoces del capitalismo (desde Schiffer hasta Hilferding) hablen con claridad cada vez mayor de «Orden»: también en la lucha de clases en el sector industrial se muestran claramente los signos del inminente choque (despidos en las fábricas Borsig y, especialmente, los desafíos a los consejos de fábrica y a los comités políticos obreros). Naturalmente, no hay seguridad de que el momento del choque sea completamente favorable para la burguesía. La burguesía tiene, sí, la ventaja de la iniciativa, pero no debe olvidarse que se trata de una iniciativa bajo constricción externa. La burguesía ahora debe bajar al campo abierto o empujar al proletariado a la lucha por medio de provocaciones, si no quiere perder la

iniciativa. De ello sigue que debe comenzar la batalla *prescindiendo de la situación política mundial*, que actualmente no le es favorable. Así, por ejemplo, Francia, todavía —en el verano— protectora oficial de las organizaciones bávaras del Orgesch, se aleja de ellas y requiere su desmilitarización; así la aventura lituana y, todavía más, posiblemente, en un futuro próximo el control en la cuestión de la Silesia Superior, crean tensiones entre los blancos polacos y la contrarrevolución alemana. La gravedad de tales contrastes puede naturalmente ser valorada con mayor dificultad en el momento de la revolución proletaria. Es posible que en el instante del peligro común tales contrastes sean reabsorbidos o por lo menos reducidos en intensidad, como sucede para Checoslovaquia en relación a Polonia en el momento de la invasión bolchevique; pero es también posible que ellos actúen como freno en el campo de la contrarrevolución.

De cualquier manera, independientemente de cómo debe darse lugar el choque, sería un oportunismo disfrazado o abierto deplorar esta zona de peligro y abandonarse a consideraciones tácticas «sutiles» sobre cómo se habría podido evitarla. *En los hechos la organización revolucionaria de las masas es posible solamente en la revolución. La posibilidad de una organización tal es a la vez causa y consecuencia de la situación extremadamente revolucionaria de las clases en lucha.* En el tiempo de la lucha de clase latente, el grupo de los revolucionarios decididos tiene siempre, desde el punto de vista organizativo, un aspecto sectario, aun cuando sus objetivos no son sectarios. *Cuando las masas se impregnan de espíritu revolucionario es, justamente, la revolución.* Y aun cuando pueda ser peligroso este proceso organizativo en el curso de la tempestad revolucionaria, él no puede ser evitado.

Aun a los bolcheviques no les fue posible evitarlo. Los bolcheviques, que en el momento del estallido de la Revolución rusa eran una pequeña minoría del proletariado, en el momento de la toma del poder tenían ya detrás a la mayoría de los obreros (por lo menos en las grandes ciudades). Entre estas dos fases se encontraba la zona de peligro. La infortunada insurrección de julio, el hecho de Kornilov, constituyen algunas de las etapas principales. Naturalmente no hace falta esconder que en Rusia el peligro —desde el punto de vista organizativo— era más fácilmente superable que en Alemania. Por una serie de distintos motivos, la capacidad de acción del Partido Comunista Ruso sobre las masas obreras *era tal que los obreros abandonaron en masa a sus viejos partidos y —de cierta manera— confluyeron como masa informe a la organización bolchevique*, y solo a esta altura recibieron, en este partido, una directiva política. La situación en Alemania —por una serie de motivos que aquí no analizamos— es más difícil, por el hecho de que la fuerza de atracción del Partido Comunista Alemán sobre el proletariado asume una forma tal que la organización íntegra de la izquierda del USP, como organización, ha buscado la unión con los comunistas. Frente a la sólida organización de la burguesía alemana, entonces, se hace decididamente más grande el peligro y más difícil el trabajo de fusión. Pero justamente los debates abiertos por el congreso del partido sobre los peligros, las dificultades y los frenos para la fusión, mues-

tran qué fuerte y sincera es la voluntad unitaria. Y esta voluntad unitaria superará al final toda resistencia.

El peligro no podría haber sido evitado con ninguna «táctica». Italia y Checoslovaquia son los mejores ejemplos que demuestran la justeza del camino emprendido en Alemania. En los hechos, la única posibilidad de evitar el peligro de un proceso organizativo del proletariado en el curso del ataque enemigo es la que fue tentada allá: mantenimiento de la unidad de los viejos partidos, sin hacer saltar su organización; intento de «giro hacia la izquierda» de estos partidos con un trabajo interno, para poder tener en el momento decisivo un aparato de partido listo y sin fracturas internas. Pero la experiencia ha mostrado que todo ello no constituye una posibilidad real. Esta unidad es —desde el punto de vista de la verdadera acción revolucionaria— una unidad aparente. Ahora que en Italia, bajo el ímpetu revolucionario de las masas, la burguesía ha pasado a la acción contrarrevolucionaria decidida, la unidad de los partidos se muestra débil. Los oportunistas y centristas en el partido son un freno a la revolución todavía mayor que fuera del partido. Y posiblemente los comunistas italianos en una zona de peligro similar a aquella en la que los comunistas alemanes cumplen ahora la fusión en un partido de masas revolucionario, *deberán llevar a término una escisión del partido*. Ellos se encontrarán precipitados entonces, hacia atrás, a la situación de la liga espartaquista en diciembre de 1918. La situación en Checoslovaquia, luego, puede volverse todavía infinitamente más difícil y peligrosa a causa de los contrastes nacionales, que se hubieran podido superar solamente en un partido comunista claro y abierto.

La seriedad y la conciencia de un grande, pero inevitable peligro han dado el sello al último congreso de la liga espartaquista. La seriedad de la decisión de combatir los peligros con una acción valiente, con honestidad y franqueza absolutas, y la energía en el proceso de fusión, son más importantes que los resultados de los debates particulares, por más interesantes que ellos puedan haber sido (por ejemplo en la cuestión de los Consejos Obreros). Para la superación de la zona de peligro tendría todavía mayor significado que la misma conciencia de la necesidad revolucionaria, que ha movido a la unificación a las izquierdas del USP y al Partido Comunista Alemán (KPD), llevara al campo comunista también a los elementos verdaderamente comunistas del KAPD. Una voluntad positiva parece existir. Zinóviev, en su carta al congreso del partido, ha recomendado «mayor tolerancia», en relación al KAPD, que la existente con anterioridad. Él subraya el hecho de que KAPD, con la expulsión de Wolffheim, Laufenberg, Rühle y compañía, ha demostrado su buena voluntad de clarificación. Y el compañero Levi reconoce hasta «lo que significa el cumplimiento de tal operación para un partido pequeño y formado hace poco tiempo». A la vez, sugiere —y muy justamente— que los obreros del KAPD deben ser admitidos en el campo comunista «sin reservas». Dice Levi: «Será para nosotros un día lleno de alegría cuando podamos saludarnos». Nosotros esperamos que tampoco ese día se deje esperar mucho.

NACIONALBOLCHEVISMO UCRANIANO

La Comisión de Asuntos Exteriores del partido comunista ucraniano, en una carta abierta [28] a los comunistas y socialistas revolucionarios de Europa y América, solicita ayuda en favor de los ucranianos «oprimidos». El contenido de la carta ofrece poco de nuevo: desde los octubristas hasta los mencheviques, en todas las publicaciones de los antibolcheviques resuenan estos lamentos, como si derivaran de fuentes puramente burguesas o socialdemócratas. Lo que hay de interesante en este nuevo empaste contrarrevolucionario es que él debería realizar la superación del bolcheviquismo dentro de la III Internacional. La carta abierta declara: «en el nombre de los intereses de la revolución mundial, en el nombre de los éxitos del movimiento comunista, la revolución debe ser sometida al control internacional». Pero este órgano de control debe ser también de naturaleza distinta de la actual Internacional Comunista. Se exige «la aceptación de toda organización y de todo partido que acepten los principios y las condiciones planteadas por esta última», vale decir de todos los centristas, los oportunistas, los pequeñoburgueses y los nacionalistas, que bajo los efectos de la ola revolucionaria (o por otros motivos dictados por la situación política contingente) quieran unirse a la III Internacional, sin comprender la esencia del comunismo y sin haberlo planteado como norma de su acción. De esta manera, el grupo editor del opúsculo (para quedamos en el partido comunista ucraniano), cree permanecer en el terreno de la III Internacional mientras está rechazando en cada palabra, con verdadero horror pequeñoburgués, hasta el pensamiento del centralismo revolucionario.

Por lo tanto debemos negamos a tratar la cuestión aquí propuesta como una cuestión interior al debate de la III Internacional. Tanto la toma de posición teórica como la manera de tratar el problema, nos lo hacen completamente imposible. El llamado material objetivo no puede ser puesto en discusión porque no es en lo más mínimo un material objetivo. El señor Wynnytschenko y sus amigos hablan mucho, con literaria verbosidad (o si los señores lo prefieren: con poética verbosidad), sobre la opresión de los ucranianos, sobre la falta de libertad de palabra en la Rusia soviética, pero sin traer ejemplo concreto alguno en apoyo de estas críticas. Ellos creen, justamente, como consumados escritores ligeros y periodistas, que las repeticiones frecuentes, en *ritornello*, de una observación, constituyen ya una prueba de su verdad. Que en ellas aparezcan extraordinarias contradicciones, es algo que no notan o, como expertos plumíferos, creen que ellas pueden escapar al lector. Así, por ejemplo, todo el material sobre la «burocratización» del poder soviético y del partido comunista es tomado de la discusión pública que se verifica en el partido. Los

señores encuentran muy cómoda la utilización de este material. Pero, ¿cómo concuerda ello con la crítica de que en Rusia no se pueden expresar las opiniones personales? Así el señor Wynnytschenko observa en la misma página, por un lado, que no le fue dada posibilidad alguna de trabajo en Ucrania; y, por otro, que le fue ofrecida una esfera de acción como la de vicepresidente del gobierno de los consejos ucranianos. Estas acusaciones, espiritual y moralmente, están a un nivel todavía más bajo que las de un Dittman o un Márto, y no son dignas de discusión. No constituyen más que material de agitación antibolchevique voluntariamente proporcionado al Orgesch o a cualquier organización antibolchevique que se le parezca.

La parte teórica del opúsculo demuestra que un bello espíritu del estilo del señor Wynnytschenko no comprenderá jamás la esencia y el método del bolcheviquismo; aunque haga todos los esfuerzos posibles para aparecer y para escribir «como marxista». Y cuando él y los otros autores del opúsculo hacen propia la fraseología de los escritos comunistas, su lejanía respecto del contenido ideal de tales escritos sacudirá de manera todavía más grave. Este señor no es más que un pequeño burgués nacionalista y como tal un convencido contrarrevolucionario. La novedad de su escrito está solamente en que no trata de presentar su nacionalismo pequeño burgués como marxismo «puro» (en oposición al «falso» de los bolcheviques) a la manera de los mencheviques, sino justamente como verdadero bolcheviquismo (en contraste con el «nacionalismo» del partido comunista ruso). Él no quiere hacer marchar la contrarrevolución nacionalista desde el exterior contra la III Internacional, él la quiere organizar en su mismo seno.

La tesis principal de este nuevo marxismo es que una autonomía cultural y una independencia nacional no serían posibles sin autonomía económica (obsérvese: en el sistema de consejos, no en la sociedad capitalista). Con esta tesis nuestro señor se ha revelado como un verdadero pequeño burgués. No puede elevarse idealmente —como lo ha descrito Marx en el *Dieciocho Brumario*— sobre aquellas barreras que limitan económicamente a sus compañeros de clase: sobre las barreras del «Estado Nacional» capitalista. Para tales barreras, y solo para ellas, su tesis es válida. Él es incapaz de comprender que la nueva organización económica de la República Soviética se limita solo provisionalmente, en la actual situación de la revolución mundial, al territorio de la Rusia existente; que cada nueva república soviética —aunque tiene con Rusia solo los límites en común— debe necesariamente unírsele; que solo a través de la futura unión de todas las repúblicas de consejos podremos restañar las grandes destrucciones de la guerra mundial, realizar una economía mundial verdaderamente racional, no turbada por la barrera del beneficio; que socialismo significa economía mundial organizada y que la verdadera independencia «nacional» y «cultural» de los pueblos puede surgir solo sobre esta base. Nuestro señor no ve este problema. Él quiere, por el contrario, demostrar que «ningún estado singular en Europa posee objetivamente tantas condiciones para una independencia tal, como Ucrania, justamente».

Los sostenedores de estas ideologías nacionalistas-pequeño burguesas son los llamados intelectuales. No nos asombre, porque ellos son sacudidos de la

manera más dura, como clase, por toda opresión nacional, mientras toda liberación nacional crea para ellos un sistema de beneficios, elevándolos a «organizadores» de la cultura «nacional» y a administradores del aparato de poder «nacional». Pero los pequeñoburgueses ucranianos y los intelectuales ucranianos se encuentran en una situación muy difícil en el campo de la política exterior. La contrarrevolución rusa participa en los hechos por «la gran Rusia»: por eso no tienen mucho que esperar de su victoria. Una conquista de parte de Polonia les reservaría un destino parecido. Es por ello que vagaban y que vagan sin dirección entre los distintos partidos contrarrevolucionarios, desde Skoropatski y los alemanes, hasta tentar aun con los bolcheviques. Como verdaderos intelectuales han elegido para este fin una serie entera de «teorías de la revolución», muy sutiles. Así, para acarrear un ejemplo más a los ya citados, afirman que «la revolución debe apoyarse en cada país solo sobre sus fuerzas internas». Dejando de lado la concepción un poco cómica del carácter internacional de la revolución, esta frase desenmascara también el interés de clase que se oculta tras la ideología nacionalbolchevique de nuestro señor y sus amigos: la impaciencia por los beneficios que les esperarían en el «estado nacional» ucraniano, beneficios que realmente han tocado a sus compañeros de fe y de clase, a los pequeñoburgueses checos, con la guerra mundial y el golpe de Masaryk. Nuestro señor todavía puede no prestar mucha atención a este motivo y mistificarlo con frases «marxistas». Lamenta que «de nuevo se tolere un fenómeno tan anormal: los empleos administrativos han ido a parar en gran proporción a elementos no ucranianos...»

Con esta comprobación de su posición de clase, en base a la cual nuestro señor y sus amigos piensan, como verdaderos contrarrevolucionarios, tener que permanecer hostiles a la república soviética y a la revolución mundial, podemos cerrar nuestras observaciones sobre este nuevo embrollo de la contrarrevolución internacional. Él no merecería tantas palabras si nuestro señor no se hubiera unido con gran gesto a la III Internacional, si no se dirigiera aun hoy a hacer creer que su historia es una cuestión interna de la III Internacional. Ello debía ser rechazado con dureza. Nuestro señor nada tiene que ver con el comunismo. Que vaya a buscar aprobaciones para sus aspiraciones y para sus deseos a Márkov o Tschernov, a Wilson, a Masaryk, o hasta a Ludendorff, Horthy, aun a Petlyura. Nosotros le auguramos mucho éxito y le predcimos que hallará mucha comprensión en el *Freiheit* o en el *Morning Post*, y en todos los papeles de la liga antibolchevique. Justamente el «material objetivo» de nuestro señor demuestra que en el partido comunista es absolutamente posible una libre y abierta discusión de todo defecto organizativo e ideológico del movimiento revolucionario. Pero, para poder discutir de esta manera, es necesario estar en el terreno de la III Internacional, es necesario ser comunistas. El señor Wynnytschenko nunca lo ha sido. Debemos entonces rechazar su intento de organizar la contrarrevolución democrática dentro de la III Internacional. Él encontrará por sí solo sus dignos amigos, las almas bellas «idealistas», los poetas, los pensadores y los delatores del calibre de Kunfi, Turati y compañía, para difamar en su noble compañía a la revolución proletaria.

ANTE EL TERCER CONGRESO

El Segundo Congreso Mundial de la III Internacional inició sus reuniones en la época de la marcha victoriosa de las tropas rojas en el corazón de la contrarrevolución mitteleuropea. El Tercer Congreso se reunirá —es presumible— bajo el signo del fracaso de la insurrección de marzo en Alemania. A pesar de ello, no exageramos al afirmar que el Tercer Congreso se reúne en un estadio más avanzado de la revolución mundial, y más rico en esperanza.

No podemos aquí, ni siquiera a grandes rasgos, dar un cuadro de esta situación de la revolución mundial. Nos debemos limitar a subrayar algunos momentos, *de los cuales derivan tareas y problemas del Tercer Congreso*. El más importante entre estos concierne a la diferenciación creciente del movimiento obrero. Que la agitación del proletariado no puede darse a través de un mecánico crecimiento de partidos comunistas inicialmente pequeños; que no puede consistir en un paseo de las masas obreras de la derecha a la izquierda, sino que es una difícil crisis ideológica rica de convulsiones, es algo que no debería ponerse en duda. Antes del Segundo Congreso, esta crisis tomó su forma más peligrosa: la de un acercamiento ficticio del centro de la organización, de la falta de claridad, de vacilación y de traición en relación a Moscú. Moscú se había puesto de moda. Existía el peligro de un crecimiento —numéricamente muy fuerte— de las organizaciones revolucionarias, en presencia de una completa dilución de su energía. El Segundo Congreso superó este peligro a través de las condiciones de admisión. Ello obligó a los centristas a tomar posición y golpeó así al fuerte movimiento que estaba por nacer. No solo el más fuerte partido de este grupo, el USPD, está hoy en ruinas. *La necesidad de parte del centrismo de organizarse como Internacional, es el comienzo de su ocaso*. En los hechos, detrás de la presión de los centristas sobre la III Internacional, se ocultaba el deseo de liberarse de la «competencia desleal», del radicalismo comunista, que descubre la distancia entre su fraseología revolucionaria y su oportunismo práctico. Aunque el proceso de disolución del centro se desarrolle de manera más lenta de lo que muchos pensaban, avanza sin detenerse, y tanto más cuanto el veloz desarrollo de la crisis económica mundial obliga a todos los cuadros dirigentes oportunistas a tomar posición antes de lo que se podía esperar. La acción de marzo del VKPD ha puesto radicalmente fin a la debilidad y a la diplomacia revolucionaria del USPD. Y la huelga de los mineros ingleses ha logrado como resultado nada menos que el completo derrumbe de las «tres confederaciones», el romperse inesperado, amplio y profundo de la autoridad de la burocracia tradeunionista dentro del proletariado inglés: las condiciones para la formación de un partido comunista realmente capaz de actuar.

1. El objetivo principal del Segundo Congreso, impedir la penetración del mencheviquismo en las organizaciones comunistas y construir un partido comunista de masas, sin tener que descender en este punto a un compromiso con los dirigentes oportunistas, fue entonces logrado. Pero la lucha contra el mencheviquismo interno no puede ser entendida exclusivamente como lucha mecánica y exterior. Ella es también un *peligro interno* del comunismo en expansión. En los hechos, el desarrollo continuo del proceso revolucionario es un fluctuar ininterrumpido de masas obreras (y de estratos dirigentes) de un estado de decidido avance revolucionario a otro de hesitación, de incertidumbre y de reflujo, y viceversa, pero de manera tal que en el segundo caso la relación masa-dirigentes resulta habitualmente dada vuelta. El mencheviquismo, vale decir la negación de una situación mundial revolucionaria, y con ello la negación de la acción revolucionaria, es un problema interno a todo partido comunista. Se trata de un problema que nunca puede ser resuelto definitivamente sino que está presente en cada fase de la revolución, en cada situación que obliga al partido a un cambio organizativo o táctico, hasta en una situación que presenta simplemente la necesidad de pasar de las palabras a los hechos. El crecimiento de los partidos comunistas en el curso de la revolución no puede ser ni una acumulación mecánica ni un crecimiento orgánico. Consiste más bien en la síntesis organizativa de aquel desmenuzarse de la situación económica e ideológica de las grandes masas, característico de los tiempos de crisis.

El crecimiento consiste en la síntesis de tales fluctuaciones, en la eliminación de estratos directivos que se mueven a la derecha (y de las masas indecisas que eventualmente los siguen), en la absorción de aquellos estratos obreros empujados al camino de la acción sinceramente revolucionaria.

Pero el objetivo del congreso en relación a este problema no puede agotarse así. Aunque en cierto sentido puede sostenerse con razón que las condiciones para la anexión (en ligazón con las otras ideas-guía del II Congreso) contienen *in nuce* todos los presupuestos para la acción revolucionaria, y que su consciente verificación es suficiente para crear partidos comunistas capaces de actuar, hace falta tener en cuenta que una de las más importantes enseñanzas de la acción de marzo es la *imposibilidad de crear formas organizativas revolucionarias a través del simple trabajo organizativo*. Es necesario ponerse en prueba con acciones revolucionarias para ser comprendidos por el proletariado mismo, no solo intelectualmente, en el aspecto de la corrección teórica, de manera tal que ese proletariado se apropie de la teoría con alma y corazón. O bien —lo que sucederá en la mayor parte de los casos— es necesario que la no realización de la teoría se descubra en una acción, de modo que los obreros sean convencidos mediante una lección práctica acerca de su indispensabilidad. Esto se ha verificado en gran medida durante la acción de marzo; el derrumbe del partido yugoslavo al comienzo del terror blanco fue ya una preparación para ello; pero la acción de marzo presenta la más grandiosa lección demostrativa de dimensiones europeas.

De aquí nace un objetivo importante para el III Congreso. La Internacional Comunista, cuyo objetivo es acelerar el proceso de crecimiento de los partidos

y a través de ellos el de la revolución, no debe ser un espectador fatalista de las lecciones de la historia. Así como el II Congreso ha hecho que la enseñanza de la dictadura en Hungría —especialmente en la cuestión de las relaciones externas con los mencheviques de distintos órdenes se convirtiera en patrimonio general del proletariado mundial, el III Congreso debe extraer todas las consecuencias de la enseñanza de la acción de marzo sobre el problema del mencheviquismo interno, y elaborarlas táctica, teórica y organizativamente.

2. El mencheviquismo interno se revela principalmente en el pasaje de la propaganda a la acción, y su esencia raramente emerge con claridad en las cuestiones puramente organizativas (en contraposición el mencheviquismo externo, que está listo para reconocer verbalmente la política de la III Internacional, pero nunca se muestra dispuesto a llevar adelante sus exigencias organizativas; el mencheviquismo interno supera esta oposición a la organización comunista, pero sabotea luego en los hechos su construcción). Es por esa razón que el III Congreso tiene como objetivo aclarar *qué significa la acción en el aspecto teórico, táctico y organizativo*.

En este terreno domina —tanto a derecha como a izquierda— la más grande confusión y el modo de pensar más peligrosamente mecanicista. Ya la manera en que es tratado el problema de la conquista del estado aparece como un signo evidente de esa situación. Por una Parte, los jefes de KAP rechazan por oportunista toda acción, a través de la cual vastas masas de obreros podrían ser llevadas a moverse por sus intereses inmediatos, aduciendo como motivo que tales acciones no desembocan en el objetivo «final», en la conquista del poder estatal. Por otra parte, el ala derecha de los comunistas rechaza también toda acción, con el pretexto de que las relaciones de fuerza no están todavía «maduras» para la conquista del poder y de que la revolución se encuentra todavía en un «estadio de preparación». Ambos conceptos son ahistóricos en relación al juicio sobre la situación actual. Se diferencian de la común concepción menchevique que olvida al imperialismo, a la guerra mundial, a la revolución mundial y que cree tener siempre que vérselas con el viejo estadio de la lucha de clases, solamente en esto: reconocen cómo la actual época de la revolución es distinta de las precedentes. Pero, en el interior de esta época, son tan incapaces como el mencheviquismo en cuanto a la comprensión de las singulares fases en su novedad, en su originalidad. Es decir: históricamente son tan incapaces como el mencheviquismo en cuanto a la comprensión del presente íntegro. Este modo de pensar ahistórico y mecanicista se muestra de la manera más restallante en el hecho de que ambas tendencias aíslan sus propias acciones, las consideran solamente en relación a sus inmediatas consecuencias políticas (toma del poder estatal o terror blanco) y a sus presupuestos técnico-organizativos. Ambas tendencias no prestan atención al momento más importante: lo que la acción presupone y lo que la acción produce *en la conciencia de clase del proletariado*. La derecha espera un florecimiento «fatal» de esta conciencia de clase, y posterga la acción para el día en que estas condiciones subjetivas de la victoria se hayan desplegado paralelamente a las condiciones objetivas, en toda su plenitud. La izquierda ve —de manera igualmente mecánico-fatalista— esta conciencia de clase, esta madurez sub-

jetiva del proletariado, ya toda realizada. Así la acción es, por una parte, una frase vacía y, por otra, un fetiche. Ambas tendencias cierran el camino a una consideración histórica efectiva: *qué medida táctica puede valer como acción en determinadas condiciones históricas*.

En los hechos, el límite entre propaganda y acción (así como entre acción ofensiva y acción defensiva) es muy incierto. Cuando en la Budapest del terror blanco se distribuyen materiales de propaganda, ello constituye sin duda una acción, mientras lo mismo en París puede ser a lo sumo juzgado como preparación para la acción. Por otro lado, la intensa propaganda de demistificación llevada por los comunistas ingleses durante la huelga de los mineros, la expulsión de Williams, etc. (por todo lo que de ello puede juzgarse desde lejos), tiene el carácter de una acción. Y, sin embargo, un comportamiento igual de parte del VKPD en presencia de un movimiento de masas similar quedaría solo como un comportamiento pasivo. Es entonces la situación general de la lucha de clases, la relación de fuerzas entre revolución y contrarrevolución, la relación entre partido comunista y masas proletarias, lo que determina qué comportamiento del partido debe ser concebido como actividad, cuál como preparación y cuál todavía como mera espera.

Las condiciones de admisión impuestas por el II Congreso eran, a la vez, una defensa, ya contra el mencheviquismo interno, ya contra el mencheviquismo externo. Desde este punto de vista suyo se deriva que ellas debían regular las *cuestiones organizativas*. El pensamiento mecanicista de los oportunistas ha tomado posición, con justo instinto, contra la concepción de la organización. En los hechos, es en la organización donde se halla la única garantía de que se actúa objetivamente en sentido revolucionario. Es la organización aquella forma que lleva del juicio político-económico a la acción. Ella garantiza que, a través de la admisión en la III Internacional, surjan partidos realmente comunistas. Sin embargo, esta admisión es de por sí *un proceso revolucionario*. Las crisis que el movimiento obrero en su conjunto ha debido vivir entre ambos congresos, en Halle, Tours y Livorno hasta la caída de Levi en el VKPD, la prolongada crisis-Smeral en Checoslovaquia, muestran claramente que las condiciones de admisión no pueden ser satisfechas con su simple reconocimiento; que ellas —en cuanto verdaderas formas organizativas del proletariado en lucha— pueden volverse efectivo patrimonio común de la vanguardia proletaria solamente en la lucha, solamente a través de las enseñanzas y las experiencias de la lucha.

Las crisis han comenzado con las escisiones de los partidos de centro. Los oportunistas preveían muy bien lo que les esperaba y sabotearon con todos los medios el proceso que debía conducir a su condena a muerte: por ejemplo, acelerando el congreso del USP. Ellos trataban de impedir que el proletariado revolucionario comprendiera el significado de estas condiciones. Fue en vano. La escisión se ha cumplido, grandes masas del proletariado han confluído a la III Internacional contra la voluntad de los jefes del centro. Pero la solución de esta crisis no era sino el comienzo de una nueva crisis: *la realización interna de las condiciones de admisión*. No es por azar que la crisis-Levi alemana haya comenzado con una crisis-Serrati. Defendiendo a Serrati y al sabotaje oculto

de las condiciones de admisión que se había verificado en Italia, Levi quería impedir el cumplimiento de la admisión en el mismo VKPD. Este punto de vista se manifestó en el debate posterior a la acción de marzo.

Por eso la realización de las resoluciones del II Congreso se ha convertido en el objetivo del III Congreso. El II Congreso ha definido la dirección en que los partidos comunistas debían organizarse. *Este proceso ha comenzado*. Pero no podemos sacar de este hecho ilusión alguna: estamos en sus comienzos, no en su final. El objetivo del III Congreso será poner a prueba este crecimiento y esta consolidación del movimiento comunista, liquidar las crisis en que este crecimiento se ha expresado; encontrar las directrices fundamentales sobre las cuales debe construirse el desarrollo posterior. Este objetivo queda en parte satisfecho por las condiciones de admisión. En parte, el objetivo del congreso está solo en esto: constituir un control y un tribunal comunista para la resolución de las contradicciones. Los obreros revolucionarios, que luego del fluctuante curso de la revolución se han desviado hacia la derecha o hacia la izquierda (PSJ o KAP), deben encontrar un lugar, contra la voluntad de sus jefes, en la Internacional Comunista.

Aquí es necesario subrayar particularmente un momento. El desarrollo del partido comunista —en la medida en que presupone una situación objetivamente revolucionaria, la crisis del capitalismo— no es de ninguna manera una función automática y simple de la sociedad burguesa en disgregación. Entre progreso de la revolución y desarrollo del partido existe un nexo más profundo. Pero este nexo es, ante todo, un intercambio recíproco, y no significa, luego, un mecánico paralelismo. Que todo el problema del mencheviquismo (para el proletariado no ruso) se haya vuelto un problema tan inesperado y de importancia capital, se funda en gran parte sobre este desconocimiento del papel activo del partido en la revolución, sobre la creencia *de que la presencia de una situación objetivamente revolucionaria debe por fuerza producir una madurez revolucionaria subjetiva en el proletariado*. Por el contrario, las experiencias del último año muestran que, *paralelamente a la crisis económica de la burguesía, se produce una profunda crisis ideológica en el proletariado*, cuya expresión espiritual y organizativa es justamente el mencheviquismo. No solo la burguesía y los estratos pequeñoburgueses que hasta ahora han ido a remolque suyo no quieren adaptarse sin luchar a lo «inevitable». También amplias masas del proletariado logran muy esforzadamente liberarse de la influencia ideológica de la sociedad capitalista. El problema de la «actividad» de los partidos comunistas y, por lo tanto, el problema todo de la acción, puede ser valorado correctamente solo si esta crisis ideológica del proletariado es puesta en el centro del análisis.

Ello significa que toda concepción ahistórica y mecánica comporta graves peligros. Justamente porque el desarrollo de la revolución no tiene nada de rectilíneo, sino que significa ante todo una superación de esta crisis ideológica del proletariado, él puede ser acelerado de manera extraordinaria por la actividad del partido, pero también muy frenado. La crisis económica objetivamente presente prepara una serie entera de momentos, en los cuales acaso sea necesario solamente un empujón para romper esta prisión ideológica del

proletariado en los prejuicios burgueses o pequeñoburgueses-revolucionarios. Si el partido deja escapar una oportunidad tal, quizá la pierda por un largo período, y ningún «trabajo de clarificación» podrá gratificarnos por lo que hemos perdido (Kapp-putsch, el movimiento de los mecánicos metalúrgicos en Italia, la huelga de diciembre en Checoslovaquia, etc.). Pero sería erróneo considerar de nuevo por separado estas ocasiones y concentrar la tarea del partido en su espera. Ante todo, este desarrollo es también un proceso y nosotros (por razones de brevedad) hemos subrayado solo su culminación. En medida menor, aun la vida cotidiana de la crisis mundial lo presenta; solo que aquí se trata de masas más pequeñas territorial y cuantitativamente. En segundo lugar, un partido que se limite a la espera pasiva de las ocasiones será necesariamente incapaz de aferrar correctamente las posibilidades que se le ofrecen y también de valorizarlas (la liga espartaquista en el putsch de Kapp). Por eso, también los partidos comunistas más débiles en el aspecto numérico y organizativo, no deben jamás extraer de esa debilidad motivos para la inacción. Por cierto que su acción puede terminar con una «derrota». Sin embargo, tales «derrotas» plantearán la exigencia de resolver la crisis ideológica del proletariado. En fin, es necesario no olvidar que el gran crecimiento cuantitativo de los partidos, el surgimiento de partidos comunistas de masa, significa, en un cierto límite no fijable *a priori*, un cambio cualitativo de su función. Esta transformación permite ahora producir a través de *determinadas iniciativas* las situaciones necesarias al desarrollo de la conciencia de clase del proletariado y, con ella, a la revolución.

Pero justamente el crecimiento del partido, cuyo desarrollo es paralelo al aumento del sentido de responsabilidad en relación a la revolución, puede no solamente llevar a una sobrestimación de su poder, sino, mucho más a menudo, a conservar aquella táctica que había surgido del sentido de debilidad. *El derrotismo de la debilidad puede ser sustituido fácilmente por un derrotismo de la fuerza.* Sobrestimación y subestimación del papel del partido en la revolución, así como del poder real del partido, son en sí y de por sí peligros igualmente graves. Pero mientras en un período de debilidad organizativa la sobrestimación mecánica de las fuerzas conscientemente revolucionarias (*putschismus*) es el peligro más grande, o por lo menos el impedimento más grave al desarrollo del comunismo, en los partidos de masa la recaída en un oportunismo que tiene miedo de actuar es un peligro mucho más actual. Los partidos crecen y se fortalecen de manera no mecánica. Si su desarrollo es concebido mecánicamente, recaer en la posición menchevique, íntegramente o a medias, resulta algo inevitable. Justamente la acción, el intercambio dialéctico de los elementos subjetivos de la revolución, la interacción dialéctica de partido y masas, es el único medio para llevar el mencheviquismo de amplias masas a la crisis consciente, y así superarlo. Así se liquida también el mencheviquismo interno, que el nacimiento de los partidos de masas trae fácilmente consigo. Aquí se hace absolutamente necesaria una declaración internacional clara sobre las experiencias del pasado y los problemas del futuro. Las consideraciones desarrolladas hasta ahora están exclusivamente bajo la impresión de la toma del poder en Rusia, que ha tenido lugar en cir-

cunstances tan particulares (relación con la pequeña burguesía, voluntad de paz, cuestión agraria), como para no permitir una directa aplicación suya a la Mittel-Europa y a Europa occidental, ni en el aspecto teórico, ni en el táctico u organizativo. El objetivo del II Congreso era el de trazar las líneas organizativas fundamentales para el nacimiento de partidos comunistas de masa. Este objetivo ha sido resuelto. Al III Congreso le corresponde hacer de estos partidos, partidos efectivamente comunistas.

3. Sería una autoilusión pensar que todo partido adherido «sin reservas» a la III Internacional es con solo ello un verdadero partido comunista. Las tantas «crisis de adhesión» surgidas este año entre los dos congresos, y que serán discutidas solamente en oportunidad del III Congreso, demuestran que ello no es verdad. Y así emerge con mayor claridad *en la cuestión de la relación de los partidos (secciones) con la Internacional*.

Sería una deshonestidad hacia uno mismo, impropia de comunistas, pretender negar que estas relaciones se presentan hoy en términos muy problemáticos. La relación del comité ejecutivo con las distintas secciones deja mucho que desear. Como consecuencia, la influencia del ejecutivo sobre las acciones, sobre la organización real del partido, es más bien incierta; ni la dirección ni el control por el ejecutivo funcionan como deberían funcionar efectivamente en una Internacional. La razón en parte es técnica: el contacto con Moscú es difícil de establecer. Pero tan importante como ello es no cerrar los ojos ante el hecho de que la causa de estos defectos no consiste solamente en dificultades técnicas. Aunque todos los partidos deban esforzarse por eliminar estos defectos técnicos, no se puede dejar de tener en cuenta que en un mundo contrarrevolucionario, con un probable aumento de las fuerzas contrarrevolucionarias, estas dificultades externas acaso aumenten aun más durante el proceso de extensión de la revolución. *Los verdaderos presupuestos técnicos para el funcionamiento de la III Internacional pueden llevar únicamente a la victoria de la revolución, a la soviétización del mundo. Pero la victoria de la revolución presupone de su parte una III Internacional en pleno funcionamiento*. El círculo cerrado que presenta este razonamiento es un claro signo de que se trata aquí de nuevo de un problema de interacción dialéctica.

Subrayar que se trata de obstáculos más profundos que los constituidos por dificultades puramente técnicas, no significa que la importancia de las cuestiones técnicas sea desdeñable. Por el contrario. Nosotros afirmamos que una efectiva eliminación de las dificultades técnicas puede prosperar, hasta diríamos *que puede solamente entonces ser enfrentada*, cuando los obstáculos intelectuales, y con ello organizativos, sean superados. En otras palabras: las relaciones están hoy más relajadas de lo que puede ser explicado por las meras dificultades técnicas. El contacto entre las secciones y el ejecutivo podría ya hoy ser mejor, si las secciones enfrentaran este problema, *con los hechos y no solo con palabras, como una cuestión vital*. Las relaciones entre las distintas secciones demuestran que, ya las informaciones recíprocas (conocimiento íntimo de los problemas internos del partido, difusión de la literatura, etc.), ya la colaboración para acciones en común —aunque en todo ello no se presenten dificultades técnicas insuperables— dejan mucho que desear. Cosa

que habla en favor de la exactitud de esta tesis. Pensemos en la imposibilidad de realizar una colaboración internacional en la cuestión del «boicot» al reaprovisionamiento de armas para Polonia blanca, durante el período de la guerra con la Rusia Soviética. Aun hoy, probablemente, la colaboración de las secciones no sería más eficaz, en un caso parecido.

A esta altura, la crisis de los partidos se transforma en una crisis de la organización de la Internacional. *En los hechos la internacionalización de la acción puede nacer solo como unidad de los partidos comunistas, y los partidos comunistas son, en su estructura interna en todos los sentidos, internaciona- listas.* El II Congreso ha creado el justo marco organizativo para la Interna- cional. Este marco puede llenarse de vida solo por medio del espíritu comu- nista de los distintos partidos. Mientras los partidos deban superar todavía al mencheviquismo en su propio seno, no podrán constituirse como verdaderos miembros de una Internacional de lucha. Para toda esta fase deberán perma- necer en contradicción su estructura de partido nacional y la de sección de la Internacional. Pero justamente por esto debemos plantear aquí la cuestión en términos inexorablemente claros: *la cuestión de la autonomía es la cues- tión del oportunismo*; para la Internacional todavía más que para los distintos partidos. La verdadera voluntad por la revolución puede expresarse organi- zativamente solo en la voluntad del centralismo. Parecería que el año pasado hubiera hecho penetrar en la conciencia del proletariado este problema del centralismo. El centralismo de la Internacional se encuentra todavía casi ín- tegramente en el nivel de preparación, de propaganda. Pero, dado que se trata de un paso necesario a cumplir en esta dirección, entonces las perspectivas para una solución realmente revolucionaria de las crisis internas de los par- tidos pueden ofrecer las mejores perspectivas para la solución de este mismo problema. Pero tampoco este problema se resuelve «por sí solo» con la espon- taneidad de un desarrollo orgánico. *Es el objetivo del III Congreso proporcionar la clarificación espiritual, la decisión para la acción y el perfeccionamiento de la organización.* Es su objetivo orientar bien el proceso hacia la efectiva cons- trucción de la Internacional y empujar a una acción acelerada.

La cuestión de la llamada oposición a Moscú debe considerarse desde esta perspectiva. No queremos negar que aun de parte del ejecutivo se han come- tido errores en ciertos detalles (elección de los representantes, etc.). Las deci- siones del Congreso y de sus comisiones podrán por cierto mejorar muchas cosas e impedir —institucionalmente— ciertas equivocaciones para el futuro. Pero el punto central de la cuestión no está aquí. Está en la distancia entre el espíritu revolucionario del ejecutivo —que hoy se encuentra (para salvación de la revolución), a pesar de la representación de todos los partidos, bajo la fuerte influencia rusa— y el oportunismo de algunas secciones. De aquí nacen los conflictos. Y estos conflictos hasta son saludables para el desarrollo de la revolución: tanto más saludables cuanto más enérgicamente la Internacional es capaz de expresar en ellos su voluntad y su decisión. Que esto no signifi- que una «dictadura rusa», es algo aclarado de manera tan convincente en la «carta abierta» del ejecutivo a los obreros independientes alemanes (N° 14 de la Internacional Comunista), que solo a título de pura demagogia uno puede

permitirse hablar todavía de la cuestión. La prevalencia de los compañeros rusos y su papel —necesariamente— dirigente en la Internacional, puede cesar solo cuando el proletariado mundial esté a la par por decisión revolucionaria, por perspicacia revolucionaria y por experiencias revolucionarias. Nosotros esperamos —y los compañeros rusos lo esperan por cierto con la misma intensidad— que esto se verifique pronto. Pero el justo camino para llegar no es el ruido que se hace contra «Moscú» o la insistencia en la «autonomía», sino la acción revolucionaria.

Nosotros esperamos que el Congreso se coloque en este camino. La experiencia de este año mostrará cuánto está la acción revolucionaria en condiciones de aproximar a una solución a aquellas cuestiones que de otra manera parecen insolubles, sea desde el punto de vista teórico como desde el punto de vista organizativo (acción de marzo y cuestión KAP). Esta interacción entre acción y organización determina también, en el mismo momento, los límites del trabajo organizativo del congreso. El congreso puede poner en movimiento estos procesos. Puede promover y acelerar de manera decisiva la conciencia revolucionaria a través de la iluminación y la solución de los conflictos. Pero no puede abolir diversidades efectivamente existentes en cuanto a los períodos del desarrollo. Por ello, ciertas cuestiones probablemente podrán ser resueltas todavía solo «a medias». Yo remito al ejemplo de la relación entre organización juvenil y partido, como ejemplo significativo. La «autonomía» de la juventud era un eslogan de lucha contra la corrupción oportunista de los viejos partidos. Ahora es una consecuencia necesaria de la centralización revolucionaria que esta autonomía deba cesar casi totalmente. Pero la existencia del peligro del mencheviquismo interno es un obstáculo para la realización de esta justa tendencia comunista: la «autonomía» de la juventud puede jugar fácilmente un papel importante en esta batalla. En cuestiones de este tipo, la exigencia de la revolución consiste en una gran elasticidad en los problemas organizativos. Hace falta estructurar las relaciones de manera tal que el desarrollo avance en el sentido correcto de la centralización y, al mismo tiempo, dar a estas relaciones una elasticidad tan grande que no se pueda usar jamás al centralismo contra los intereses de la revolución. Toda forma organizada es solamente un instrumento de lucha, solo un elemento de la totalidad que determina y decide todo: la totalidad del proceso revolucionario.

INTRODUCCIÓN AL TRABAJO DE LUKÁCS SOBRE BUJARIN

Ben Brewster. |

Una vez Merleau-Ponty describió la obra de Lukács como «una dialéctica demasiado idealizada que no transmitía la opacidad o por lo menos la oscuridad de la historia real». Es probable que esta observación exprese la reacción de la mayoría de los lectores frente a *Historia y conciencia de clase*. Recientemente, esa abstracción ha constituido uno de los puntos de una denuncia de la obra de Lukács en general, como así también de los marxistas que continuaron la tradición iniciada por él. Cualquiera que sea nuestra opinión final de la obra total de Lukács, su célebre crítica de Bujarin deja ver que la impresión de abstracción que ella causa se origina en el objetivo particular de *Historia y conciencia de clase* y no en la esencia del marxismo de Lukács. La formación sociológica de Lukács estaba basada en Simmel y Weber, es decir, en la sociología alemana clásica. La obra de Weber, que representa la suma de esa tradición, es notoria por dos cosas: primero, su erudición, su riqueza en análisis comparativos detallados de todas clases de sociedades; y segundo, su obsesión por la racionalidad, que tomó la forma de un evolucionismo subrepticio que veía en la racionalización y en la socialización creciente en todas partes el destino de Occidente. Como Weber rechazaba una teoría general de la evolución social, este evolucionismo si bien informa toda su obra no ha pasado al plano de las formulaciones teóricas. Lukács, en *Historia y conciencia de clase* usó algunos conceptos pertenecientes a esa área de la tradición germana (conceptos tales como socialización y reificación) para revelar nuevos aspectos de lo que constituía un plan histórico general: el análisis que hiciera Marx del feudalismo y del capitalismo y el paso del uno al otro. Como se sabe, este es también el tema predilecto de Tönnies, Simmel y Weber; pero el concepto de totalidad histórica le permitió a Lukács relacionar las abstracciones conceptuales de aquellos con la historia concreta de los siglos recientes. Durante el proceso, las generalizaciones de Weber se concretizan, pero el análisis histórico altamente especializado de Marx se vuelve etéreo. De allí que lo abstracto de *Historia y conciencia de clase* tenga que ver con *El capital* y no con *Economía y sociedad*.

La otra dimensión de la sociología germana, sin embargo, es en apariencia altamente concreta: la gran cantidad de detalles comparativos y de ejemplos históricos que acumula. Y es precisamente sobre esto donde se asienta con frecuencia la solidez de la obra de Weber. En 1925 Lukács aplicó ese aspecto de la tradición para referirse a las simplificaciones exageradas y a los falsos

énfasis en que incurre Bujarin en su manual de marxismo titulado *Teoría del materialismo histórico. Manual popular de sociología marxista* (1921) [29]. Los puntos débiles de esta obra son bien conocidos (cf. las críticas de Gramsci por ejemplo [30]), aun cuando su presentación del marxismo como un determinismo tecnológico es ampliamente aceptada todavía tanto por los marxistas como por los no marxistas. Lo que resulta igualmente interesante, sin embargo, es que Lukács no se limita a hacer una crítica puramente filosófica, sino que examina los puntos críticos de la interpretación marxista de la historia para demostrar lo poco consistente de la obra de Bujarin. Lo concreto de ese enfoque contrasta marcadamente con lo abstracto de *Historia y conciencia de clase*. Sin embargo, en lo esencial esas dos obras están en armonía y tienen explícitamente en común su deliberado propósito de combatir el evolucionismo determinista que se originó en la II Internacional y de remplazarlo por una teoría de la acción revolucionaria.

Marx argumentaba que el motor de los cambios históricos era la contradicción entre las fuerzas de producción y las relaciones de producción. Si solo a las últimas se considera como sociales las fuerzas productivas deben ser interpretadas como tecnología pura. Como en última instancia el desarrollo de las fuerzas productivas produce una crisis de las relaciones de producción existentes hasta ese momento y la creación de otras nuevas, la tecnología pasa a ser el factor determinante de la estructura de la sociedad y de los cambios que en ella se operan. Este punto de vista ha sido ampliamente debatido y muchos esfuerzos se invirtieron en el intento de probar la importancia o no de la tecnología frente a los factores morales en especial. En lo que hace a la sociología norteamericana Aivin Gouldner ha tratado de hacer un análisis ampliamente cuantificado de esto en sus *Notes on Technology and the Moral Order*. Cualquiera que sea el resultado de esas comparaciones, cabe preguntarse si el interrogante histórico fundamental puede formularse en términos de esa oposición tan simple. Lukács argumenta que no; la tecnología es solo un momento de las fuerzas de producción, que son fenómenos sociales en sí mismas. La contradicción entre las fuerzas y las relaciones de producción es la que existe entre *las condiciones reales de apropiación de la naturaleza* (todas las relaciones sociales, factores culturales y físicos, que intervienen en el proceso de producción) y *las condiciones de expropiación* (las relaciones que determinan la propiedad y la distribución del producto).

Como es natural, los marxistas se han centrado en el estudio de las transiciones del feudalismo al capitalismo y del capitalismo al socialismo, dado que su proximidad a esas transiciones ha sido mayor que con respecto a cualquier otra. Resulta pues muy interesante que Lukács extienda aquí el análisis a un período de transición que ha sido raramente discutido de manera profunda en la literatura marxista, aunque los historiadores y sociólogos no marxistas le hayan prestado una atención considerable: me refiero a la transición del Imperio romano a la Edad Media feudal. De no aceptarse el evolucionismo, esa transición no puede ser considerada como un mero eslabón homólogo más en el encadenamiento histórico, de interés puramente académico, sino como un hecho autónomo de inmensa importancia, cuyas consecuencias es-

tamos viviendo todavía. Es lamentable que el trabajo detallado de los teóricos no marxistas ni tampoco esa iniciativa de Lukács hayan provocado una respuesta satisfactoria en los marxistas.

Otro aspecto capital en la crítica que Lukács realiza de Bujarin se refiere a su insistencia en la posibilidad de la predicción en las ciencias sociales. Tal como lo hace en *Historia y conciencia de clase*, Lukács hace resaltar que ese error metodológico se opone al espíritu revolucionario de la teoría marxista; desvía la atención de las posibilidades reales de la revolución —los problemas de la acción revolucionaria— hacia la afirmación de la inevitabilidad (o quizás de la imposibilidad) de la caída del capitalismo y su remplazo por el socialismo.

A pesar de su brevedad, este trabajo de crítica de Lukács reúne todos los aspectos esenciales de su teoría y hasta quizás con mayor equilibrio que en *Historia y conciencia de clase*. Un análisis histórico concreto, una crítica metodológica y una posición política aparecen aquí inescindiblemente unidos en una síntesis revolucionaria.

TECNOLOGÍA Y RELACIONES SOCIALES

Gyorgy Lukács. |

El nuevo trabajo de Bujarin viene a satisfacer la necesidad, experimentada durante largo tiempo, de un sistemático compendio marxista de materialismo histórico. Nada similar se ha intentado dentro del marxismo desde el *Anti-Dühring* de Engels (excepto el pequeño volumen de Plejánov). Los compendios de la teoría corrieron por cuenta de los oponentes al marxismo, quienes, en general, solo lo entendieron muy superficialmente. Por lo tanto, la tentativa de Bujarin ha de ser bienvenida, aun cuando sus métodos y resultados deban ser criticados. Sería menester decir que Bujarin ha triunfado en la descripción conjunta de todos los problemas importantes del marxismo, dentro de un compendio unificado y sistemático que es más o menos marxista; y además, que la presentación es, en general, clara y de fácil comprensión, de modo que el libro cumple admirablemente con su propósito en cuanto *manual*.

Puesto que el objetivo de Bujarin solo es la producción de un manual popular, el crítico debe ser indulgente en relación con afirmaciones particulares, especialmente en dominios más bien oscuros. Esto y la dificultad para obtener en Rusia la literatura pertinente, justifica también el hecho de que, en su manejo del arte, la literatura y la filosofía, Bujarin se apoye, casi sin excepción, en fuentes secundarias e ignore la investigación más reciente. Pero, con ello se intensifica el riesgo que corre Bujarin de *simplificar los propios problemas* en el esfuerzo por escribir un manual popular. Su presentación es brillante y clara, pero, simultáneamente, más bien oscurece muchas relaciones antes que explicarlas. Sin embargo, nunca debemos aceptar una presentación simplificada que simplifique a los propios problemas y soluciones y no a las constelaciones históricas de problemas y soluciones, especialmente si, como en el caso de la tendencia a la simplificación de Bujarin, no se limita a las creaciones ideológicas marginales, sino que trasciende a las cuestiones centrales. Por ejemplo, Bujarin establece un paralelo riguroso entre la jerarquía del poder en la estructura de la producción económica, por un lado, y la del estado, por el otro. Termina con esta acotación: «Vemos, por lo tanto, aquí, que la estructura del aparato del estado refleja la de la economía —v. g. las mismas clases ocupan las mismas posiciones en ambas». Esto es, sin duda, correcto como tendencia desarrollista. Es también verdadero que una importante contradicción de vasto alcance entre las dos jerarquías, en general, conduce a un levantamiento revolucionario. Pero, la historia concreta no se acompasará con la fórmula simplificada y superesquemática de Bujarin. Puesto que es

perfectamente posible que un equilibrio del poder económico entre las dos clases en competencia produzca un aparato estatal realmente no controlado por ninguna (si debe asegurar muchos compromisos entre ellas), de modo que la estructura económica en absoluto esté simplemente reflejada en el estado. Tal, por ejemplo, el caso de las monarquías absolutas a comienzos de la era moderna. Es posible que una clase logre, aún, el poder económico sin encontrarse en situación de modelar el aparato estatal de acuerdo completamente con sus propios intereses, o de signarlo con su carácter de clase. Mehring ha demostrado, de manera convincente, que la burguesía alemana temía tanto la ayuda proletaria en su revolución burguesa que, aun en la enérgica lucha por las reformas burguesas en el momento de su avance económico más rápido, dejó solo al aparato estatal de los *junkers* y aceptó tranquilamente la supervivencia de su feudal y absolutista estructura de poder. Por supuesto, no puede esperarse que un manual aborde estas cuestiones en profundidad. Pero la ausencia de la mínima indicación acerca de la importancia de dichas excepciones a la regla vuelve la presentación de Bujarin, de algún modo, sospechosa. Plejánov y Mehring han demostrado con frecuencia, en trabajos más especializados, cómo es compatible una presentación popular con un enfoque básicamente científico. Bujarin ha aceptado la oportuna e importante tarea de compendiar todos los problemas del marxismo; pero, en muchos aspectos, no alcanza el nivel logrado por Plejánov y Mehring.

Pero no debemos limitarnos a detalles. Más importantes que dichos descuidos, es el hecho de que Bujarin se desvía de la verdadera tradición del materialismo histórico en varios puntos no insignificantes, sin que, por ello, demuestre sus asunciones o supere el más alto nivel logrado por sus predecesores; en verdad, ni siquiera se acerca a este nivel. (Quede implícito que consideramos su producto, notable aun en sus errores, como tributario de la mejor tradición del marxismo; los vulgarizadores raramente tratan dichos temas). Esta observación conviene, particularmente, al capítulo filosófico introductorio, donde Bujarin se sitúa sospechosamente cerca de lo que Marx llamó, con propiedad, materialismo burgués. Aparentemente Bujarin no conoce la crítica que de esta teoría hicieron Mehring y Plejánov, para no mencionar a los propios Marx y Engels, crítica que restringe estrictamente su validez respecto de una comprensión del proceso histórico en virtud del peculiar lugar de la historia en el materialismo histórico y dialéctico. Puesto que todo «idealista», desde Bernstein hasta Cunow, ha invertido este real centro del marxismo, es comprensible y, en última instancia, saludable, que se produjera una reacción. Pero, en sus observaciones filosóficas, Bujarin rechaza todos los elementos del método marxista que derivan de la filosofía clásica alemana, sin advertir la incoherencia que esto implica. Por supuesto, Hegel es mencionado de vez en cuando, pero la esencial comparación entre su dialéctica y la de Marx está ausente. De modo característico, la única referencia a Feuerbach es para señalar que con él «el hecho adquirió relevancia»; «su influencia sobre Marx y Engels ayudó al desarrollo de la verdadera teoría del materialismo dialéctico». Ignora, totalmente, el problema de la relación entre el humanismo de Feuerbach y la dialéctica marxista.

Este punto ha sido particularmente subrayado porque revela claramente el error esencial en la concepción del materialismo histórico de Bujarin. La proximidad de la teoría de Bujarin al materialismo natural científicista burgués deriva de su uso de «ciencia» (en la acepción francesa) como un modelo. En su aplicación concreta a la sociedad y a la historia, por lo tanto, oscurece con frecuencia el carácter específico del marxismo: que *todos los fenómenos económicos o «sociológicos» derivan de las relaciones sociales entre los hombres*. El énfasis conferido a una falsa «objetividad» en la teoría conduce al fetichismo.

EL PAPEL DE LA TECNOLOGÍA

La discusión del papel de la técnica en el desarrollo social esclarece estos remanentes de una quiddidad no disuelta (*unaufgelöster Dinghaftigkeit*) y una falsa «objetividad». Bujarin atribuye a la tecnología una posición demasiado determinante, que en absoluto capta el *espíritu* del materialismo dialéctico. (Es indiscutible que pueden encontrarse citas de Marx y Engels *susceptibles* de una interpretación en tal sentido). Bujarin señala: «Todo sistema de técnica social *determina* [Gottl, *Wirtschaft und Technik. Grundriss der Sozialökonomie*, II, pp. 236-39] también, las relaciones humanas de trabajo». Atribuye el predominio de una economía natural en la época clásica al bajo nivel del desarrollo técnico. Insiste: «Si cambia la técnica, la división del trabajo en la sociedad también cambia» [31]. Afirma que, «en última instancia», la sociedad depende del desarrollo de la técnica, que es considerada como la «determinante básica» de las «fuerzas productivas de la sociedad», etcétera. Es obvio que esta identificación final entre la técnica y las fuerzas de producción no es válida ni marxista. La técnica es una *parte*, un momento, naturalmente de gran importancia, de las fuerzas productivas sociales, pero no es, simplemente, idéntica a ellas, ni (como algunas de las primeras aserciones de Bujarin parecerían implicar) el momento final o absoluto de los cambios en esas fuerzas. Esta tentativa de encontrar las subyacentes determinaciones de la sociedad y de su desarrollo en un principio distinto al de las relaciones sociales entre los hombres en el proceso de producción (y, por tanto, de distribución, consumo, etcétera) —es decir, en la estructura económica de la sociedad correctamente concebida— conduce al fetichismo, como el propio Bujarin admite en otro lugar. Por ejemplo, critica la idea de Cunow de que la técnica se vincula con las condiciones naturales, de que la presencia de una determinada materia prima es decisiva para la presencia de una determinada técnica, sobre el fundamento de que Cunow confunde materias primas y el sujeto del trabajo, pues olvida «que debe haber una *técnica correlativa* respecto de la cual la madera, los minerales, las fibras, etcétera, pueden desempeñar el papel de materias primas [...] la influencia de la naturaleza en el sentido de requisitos materiales es, en sí misma, un producto del desarrollo de la técnica». Pero, ¿por qué no aplicar esta crítica, válida como es, a la propia técnica? ¿Deducir que el desarrollo de la sociedad depende de la técnica no es acaso un ejemplo de «naturalismo» tan falso como la teoría de Cunow, una versión apenas refinada de las

teorías «naturalistas» de los siglos XVIII y XIX? Naturalmente, Bujarin no cae en el burdo error de este «naturalismo» de querer explicar el cambio por un principio fijo. Pues la técnica, por cierto, cambia en el curso del desarrollo social. Su explicación del cambio, por lo tanto, es correcta desde el punto de vista de la lógica formal, en cuanto explica el cambio por una instancia variable. Pero la técnica como fundamento autosuficiente del desarrollo es solo un refinamiento dinámico de este burdo naturalismo. Puesto que si la técnica no es concebida como un momento del sistema existente de producción, si su desarrollo no es explicado por el desarrollo de las fuerzas *sociales* de producción (y esto es lo que necesita clarificación), resulta ser lo que un principio trascendente, que se opone al hombre, como «naturaleza», clima, entorno, materias primas, etcétera. Nadie duda de que en cada etapa determinada del desarrollo de las fuerzas productivas, que determinan el desarrollo de la técnica, esta a su vez influya retroactivamente en las fuerzas productivas. Bujarin subraya esto con referencia a toda ideología (las últimas perspectivas teóricas de Engels son relevantes aquí); pero es simultáneamente incorrecto y antimarxista separar la técnica de las demás formas ideológicas y postular su autosuficiencia respecto de la estructura económica de la sociedad.

LA CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO

Este es un grave error, porque si la técnica es considerada solo mediatamente determinada por la sociedad, los cambios notables en el curso de su desarrollo quedan completamente sin explicación. Tómese como ejemplo la diferencia entre la técnica clásica y la medieval. Por primitiva que pueda haber sido la técnica medieval en su funcionamiento, por más que haya podido significar un retroceso respecto de los conocidos logros técnicos de la Antigüedad, el principio de la técnica medieval era el desarrollo en un nivel más elevado: v. g., la racionalización de la *organización* del trabajo si se lo compara con la sociedad clásica. La ejecución del trabajo permanecía sin racionalizar, y la racionalización de la organización del trabajo se consiguió más bien a través de la «puerta de la violencia social» [Gottl, *op. cit.*, pp. 236-39] que mediante el desarrollo de la racionalidad técnica. Pero, esto proporcionó los fundamentos para la posibilidad de las técnicas modernas, como lo ha demostrado con claridad Gottl en relación con el molino de agua, las minas, armas de fuego, etcétera. Este crucial *cambio en la orientación* del desarrollo técnico se basaba en un cambio producido en la estructura económica de la sociedad: el cambio en las potencialidades y condiciones de trabajo. Una de las esenciales causas codeterminantes del derrumbamiento de la sociedad clásica fue, por supuesto, su incapacidad para sustentar la base social de su organización productiva: la antieconómica explotación del inagotable material esclavo. La Edad Media procuró los fundamentos generales de la nueva forma de organización social necesaria. Max Weber [en *Economía y sociedad, N. del T.*] demostró de modo convincente que la coexistencia de esclavos y hombres libres en la Antigüedad obstaculizó el desarrollo de gremios y, en consecuencia, del estado moderno —otro contraste entre Oriente o la Antigüedad, y la sociedad moderna. La

organización social medieval surgió en circunstancias absolutamente opuestas (disminución del trabajo, etcétera) que, entonces, determinaron el curso esencial del desarrollo técnico. Por ello, cuando Bujarin afirma que «una nueva técnica volvió imposible el trabajo esclavo; puesto que los esclavos arruinan la compleja maquinaria, el trabajo esclavo ya no es provechoso», invierte la relación causal. La condición de posibilidad de la esclavitud no es un bajo nivel de la técnica; más bien, la esclavitud en cuanto es una forma de la dominación del trabajo impide que la racionalización del proceso del trabajo, y, por lo tanto, una técnica racional, sean posibles. Poco se ha investigado todavía en relación con la esclavitud como un enclave relativamente aislado dentro de una economía mundial basada en el trabajo asalariado, de modo que nuestros conocimientos acerca de las modificaciones que introduce son escasos.

Esta relación invertida aparece aún con mayor claridad si consideramos la transición de la producción medieval al capitalismo moderno. Marx subraya explícitamente que la transición de la artesanía gremial a las manufacturas no implicó cambio alguno en la técnica: «Por lo que se refiere al régimen de producción, vemos que la manufactura, por ejemplo, apenas se distingue en sus orígenes de la industria gremial del artesanado más que por el número de obreros empleados al mismo tiempo y por el mismo capital, número que en la manufactura es mayor. No se ha hecho más que ampliar el taller del maestro artesano. Por tanto, en un principio, la diferencia es meramente cuantitativa». (*El capital*, I, p. 259). La división capitalista del trabajo y sus relaciones de poder, es lo que produce las premisas sociales de un mercado de masa (disolución de la economía natural), que procura un cambio cualitativo. Las premisas *sociales* de las técnicas mecanizadas modernas, por consiguiente, surgieron primero; eran el producto de una revolución social de cien años. La técnica es la consumación del capitalismo moderno, no su causa inicial. Solo apareció después del establecimiento de sus prerequisites sociales; cuando las contradicciones dialécticas de las formas primitivas de manufactura se hubieron resuelto, cuando «Al alcanzar cierto grado de desarrollo su propia base técnica, estrecha, hízose compatible con las necesidades de la producción que ella misma había creado». (*El capital*, I, p. 300). Está de más decir que el desarrollo técnico se ha acelerado extraordinariamente en virtud de ello. Pero, esta interacción recíproca, de modo alguno supera la real primacía histórica y metodológica de la economía respecto de la técnica. En consecuencia, señala Marx: «Esta economía total, al surgir, como lo hace, de la acumulación de los medios de producción y de su uso *en masse*... se origina, en la misma medida, en la naturaleza social del trabajo, así como la plusvalía se origina en el trabajo excedente del individuo considerado separadamente». (*El capital*, III, p. 79).

SOCIOLOGISMO E HISTORIA

Hemos considerado esta cuestión con algún detalle debido a su importancia *metodológica*. Esta importancia no solo deriva de la posición central que tiene para el marxismo, sino también del hecho de que la solución de Bujarin es típica de su falsa metodología. Ya nos hemos referido a su tentativa

de constituir una «ciencia» al margen de la dialéctica. La exteriorización de esta tendencia en teoría científica es su concepción del marxismo como una «sociología general». Su inclinación hacia las ciencias naturales y su instinto dialéctico, con frecuencia agudo, se encuentran aquí, inevitablemente, en contradicción. Engels redujo la dialéctica a «la ciencia de las leyes generales del movimiento, tanto del mundo exterior como del pensamiento humano» (Marx-Engels, *Obras escogidas*, II p. 389). La teoría de la sociología, de Bujarin, como un «método histórico» está de acuerdo con esta opinión. Pero, como consecuencia necesaria de su enfoque natural-cientificista, la sociología no puede restringirse a un puro método, sino que se desarrolla como ciencia independiente con sus propios objetivos sustantivos. La dialéctica no requiere dichos logros sustantivos e independientes; su dominio es el del proceso histórico como un todo, cuyos momentos individuales, concretos, irrepetibles, revelan su esencia dialéctica, precisamente en las diferencias cualitativas entre ellos y en la continua transformación de su estructura objetiva. La *totalidad* es el territorio de la dialéctica. Una sociología general «científica», por el contrario, si no se trasciende en una mera epistemología, debe tener sus propias efectivizaciones independientes y sustantivas que solo admiten un tipo de ley. Bujarin oscila entre diferentes conclusiones. Por un lado, advierte que, evidentemente, no existe algo que pueda llamarse sociedad «en general», pero no ve lo que deriva necesariamente de esto, dado que su teoría (sus ilustraciones de su teoría, son, con frecuencia, mucho mejores que la misma teoría) considera a la variación histórica, meramente como una «determinada corteza histórica», un «uniforme» (*sic*). Por el otro lado, su tentativa de establecer una distinción entre «teoría» y «método» hace de la sociología una ciencia unificada, lo cual resulta inevitable, dada la forma confusa en que se formula el problema. La teoría básicamente incorrecta de la primacía de la técnica, que hemos analizado, es meramente el resultado sustantivo del intento de Bujarin de crear una sociología general. No se trata de un descuido accidental, sino de la consecuencia necesaria de premisas superficialmente examinadas.

Esta confusión emerge con particular claridad en la concepción de Bujarin de la ley científica. Afortunadamente olvida, en general, sus presupuestos teóricos en sus análisis concretos. Por ejemplo, deduce un tipo general de ley del equilibrio y de su perturbación en sistemas determinados, ya pertenezcan estos a la naturaleza inorgánica o a la orgánica, o a la sociedad. Marx y Engels, en virtud de esto, son colocados en una línea verdaderamente inorgánica. Pero, a pesar de su posición teórica, Bujarin admite que estas relaciones «solo pueden aplicarse a sistemas complejos tales como la sociedad humana *a lo sumo como analogías*». De tal modo, felizmente olvida su teoría en análisis concretos, con el resultado de que sus conclusiones, con frecuencia, son muy interesantes al margen de su punto de partida. Sus ataques en relación con las diferentes teorías «orgánicas» sociales y demás, a menudo conducen a notables comparaciones críticas.

PREDICCIÓN Y PRÁCTICA

Pero su preocupación por las ciencias naturales resulta muy burda cuando examina el *propósito teórico* de la sociología. «Todo lo que hemos dicho indica que la predicción es posible en las ciencias sociales *así como lo es en las ciencias naturales*. Por el momento somos incapaces de predecir el punto en el tiempo en que este o ese fenómeno aparecerá... Esto no ocurre porque no estamos todavía suficientemente informados respecto de las leyes del desarrollo social que son estadísticas en la naturaleza. No podemos decir la velocidad de los procesos sociales, pero conocemos su dirección». La inclinación de Bujarin por las ciencias naturales ha hecho que olvidara que nuestro conocimiento de las direcciones o tendencias, a diferencia de las predicciones estadísticas, no es un resultado de la diferencia entre lo que efectivamente sabemos y lo que ha de saberse, sino *de la diferencia objetiva y cualitativa en el propio objeto*. Marx y Engels sabían esto perfectamente bien. Solo necesito referirme, de paso, a las inteligentes y meditadas observaciones metodológicas de Engels, en la Introducción a *Las luchas de clases en Francia*, de Marx (Marx-Engels, *Obras escogidas*, 1962, 1, p. 113), sobre la imposibilidad de comprender el presente inmediato a través de estadísticas. Marx, por supuesto, en su teoría igualmente fundamental sobre la cuota media de ganancia, trazó una estricta distinción metodológica entre ciertos hechos estadísticos y las tendencias sociales del proceso como un todo. «En cuanto concierne a la cuota de interés perpetuamente fluctuante del mercado, sin embargo, existe en cualquier momento como magnitud fija, así como el precio de mercado de las mercancías [...] Por el contrario, la cuota general de ganancia jamás *existe* como algo más que una tendencia». (*El capital*, III, p. 359.) El propio Lenin subrayó repetidamente esta noción de la tendencia del desarrollo, cuyo carácter de tendencia no es el resultado de nuestra ignorancia, sino que se basa en el tipo de objetividad de los acontecimientos sociales cuya estructura también, por otra parte, fundamenta la posibilidad teórica de las relaciones sociales y la realidad de la «praxis revolucionaria». En su crítica del *Juniusbrochüre* [Véase *Obras completas*, t. XXII, p. 323] Lenin acentuó el carácter antimarxista de la tesis que sostiene que las guerras nacionales son imposibles en la era del imperialismo. Arguye que, aunque pueden ser poco probables, un análisis de las tendencias del desarrollo no puede, en absoluto, excluir su posibilidad. *A fortiori*, es metodológicamente imposible conocer la fecha de cualquier acontecimiento histórico. En su discurso al Segundo Congreso de la Internacional Comunista sobre la lucha internacional confirmó mayor énfasis, aún, a esta imposibilidad metodológica:

«Y ante todo, debemos señalar dos errores muy difundidos [...] algunos revolucionarios procuran demostrar que esta crisis no tiene salida alguna. Es un error. No existen situaciones absolutamente sin salida [...] Intentar <demostrar> anticipadamente la falta <absoluta> de salida, sería vana pedantería, o un simple juego con palabras y conceptos. Una verdadera <demostración> en este proble-

ma y otros similares, solo la práctica puede proporcionarla». (*Obras completas*, t. XXXI, p. 218.)

Marx, Engels y Lenin no han sido citados aquí solo como autoridades. Nuestro propósito es señalar que el propósito teórico de Bujarin es diferente del de la gran tradición del materialismo histórico, que desciende desde Marx y Engels, a través de Mehring y Plejánov hasta Lenin y Rosa Luxemburg (es azarosamente desgraciado, pero metodológicamente coherente que Bujarin apenas si se refiera a las esenciales tesis económicas de Rosa Luxemburg). Una discusión realmente acabada de ese propósito teórico excedería el espacio de una nota crítica. Tendría que mostrar cómo la filosofía de base de Bujarin se encuentra en completa armonía con el materialismo contemplativo; que, en lugar de realizar una crítica materialista histórica de las ciencias naturales y de sus métodos, *v. g.*, al develar su cualidad de productos del desarrollo capitalista, extiende estos métodos al estudio de la sociedad, sin titubeos, acriticamente, ahistóricamente y antidialécticamente. Pero, aunque el trabajo de Plejánov sobre Holbach, Helvetius y Hegel ha proporcionado parte de los fundamentos para una crítica de esa naturaleza, todavía no se la ha intentado, de modo que solo podemos señalar aquellas *consecuencias* de la concepción de Bujarin que confunden sus concretos resultados sociológicos y los llevan a callejones sin salida.

Esta breve crítica no puede considerar muchos de los detalles del libro. Se ha limitado a la demostración de la fuente metodológica de los errores. Debería subrayarse que estos errores subsisten a pesar del loable propósito de Bujarin de organizar sistemáticamente, en una forma popular, todos los resultados del marxismo. Quizás podamos expresar el anhelo de que en posteriores ediciones muchos de esos errores sean corregidos, de modo que la obra en su conjunto pueda lograr el elevado nivel de las secciones excelentes, que son muchas.

EL GRAN INTELLECTUAL FRENTE AL PROCESO HISTÓRICO

Cesare Luporini. |

Debo agradecer a la dirección de *Rinascita* el haberme confiado la presentación de este extraordinario texto de Lukács. Sin embargo, me pregunto cuál es mi derecho para ello. Quizás el de haber sido —entre los compañeros de la delegación cultural del PCI, que en junio de 1972 tuvimos la suerte de asistir, en la sede de la TV húngara, a una proyección privada de la entrevista a la que se refiere este texto— el que había conocido personalmente a Lukács y el que había tenido con él una relación discontinua (nunca epistolar), pero prolongada y jalonada de fechas, algunas de las cuales —por diversos motivos— de particular intensidad histórica: 1947 (Milán) [32]; 1948 (Wroclaw; se inicia para Lukács uno de los momentos difíciles dentro del movimiento comunista internacional), 1948 (París), 1956 (Italia, después del XX Congreso: un encuentro *fallido* en todo sentido) y 1956 (Budapest, en casa de Lukács). Debo agregar además que en cada una de estas ocasiones se trató de charlas más *políticas* que *filosóficas* (aun cuando la filosofía surgía siempre). Recuerdo esto porque contemplar el rostro y escuchar la voz del ya octogenario Lukács, verlo y escucharlo a través de la pantalla de TV, hablando con extrema fluidez y naturalidad, sin vacilaciones, casi sin dejar tiempo para las preguntas, exhibiendo una simplicidad y seguridad aún mayor que en la conversación privada, ha completado y dejado grabada en mi interior una imagen, incluso física de él, que no soy capaz de transmitir por la conmoción que provoca, pero que debo señalar de algún modo al lector. (Y digo esto con cierta intención, porque la impresión es que, encontrando la voz apropiada, tal grabación sería de notable eficacia aun traducida).

Pero vayamos al texto, que es de tal riqueza de ideas y temas critico-políticos y teórico-ideológicos —a distintos niveles de consideración—, que resulta difícil sustraerse a la tentación de un comentario constante, casi renglón por renglón. Sería un magnífico texto para un seminario político y teórico, que no se agotaría seguramente en pocas horas. Me limitaré a indicar las cuestiones que me parecen más importantes. Y no digo *actuales*, porque todo el discurso de Lukács se desarrolla bajo el signo de intereses y necesidades actuales, incluso urgentes, del movimiento obrero internacional. El que habla es un viejo militante revolucionario, un militante que ha cometido también errores (véase en este sentido la teoría del error en Lenin, recordada justamente por Lukács), pero que no se ha detenido nunca. Basándose en su enorme experiencia Lukács habla desde el presente para un futuro, quizá próximo. Habla

como un militante que comprende y mantiene —a los ochenta años— el sentido de la expectativa activa (véase la dialéctica de *paciencia-impaciencia*, en el texto, a propósito de Lenin, que no es por cierto una acotación psicológica, sino el dictado de un comportamiento revolucionario). Y digo activa porque está fundada en una estrecha relación entre teoría y práctica, así como en la permanente exigencia de replantear los principios dentro del «análisis concreto de la situación concreta».

Lo que venció el rechazo de Lukács a presentarse por televisión (como recuerda el entrevistador) fue la ocasión que se le ofrecía de hablar de Lenin y, a través de Lenin, del leninismo, y por lo tanto del estalinismo (aunque esta palabra no es mencionada). Lukács no se preocupa por dar una nueva «definición» del leninismo, sino más bien —a través de la sugestiva evocación de algunos momentos y de algunos aspectos (incluso permanentes), del Lenin «hombre real» (es decir, dirigente revolucionario «real», que no debe idealizarse artificialmente)— reconstruye aspectos esenciales del modelo de revolucionario que Lenin encarnaba («revolucionario de tipo completamente nuevo, contrapuesto a la tradición de los revolucionarios ascéticos», que había tenido, incluso en el movimiento comunista, «extraordinarios representantes», pero destinados a fracasar). Luego, *a posteriori* de estas acotaciones sobre el «comportamiento» (en este sentido es inolvidable la imagen de Lenin sentado sobre la tarima en el III Congreso de la Internacional), surgen otras cuestiones de principios y de método (las «cuestiones ideológicas», como las define Lukács, con una terminología discutible; alguien podría preferir llamarlas «teóricas»), que se refieren sobre todo a la teoría de la revolución y a la acción revolucionaria. Lukács expone los caracteres esenciales de estas cuestiones (reconduciéndose a Marx) en oposición a la posición sustentada por la socialdemocracia que «ha hecho del marxismo una especie de sociología» (con todo lo que implica). Lenin, en cambio, «partiendo de Marx, ha tomado seriamente en consideración, por primera vez, el factor subjetivo de la revolución». Indirectamente Lukács evoca aquí la decisiva polémica de Lenin contra la interpretación «objetivista» del marxismo (polémica que se remonta hasta la batalla leninista contra el populismo) que limita el marxismo a la registración de los efectos de las leyes económicas, dejando en la sombra el punto de vista clasista o de «grupo social» implícito, eliminando de este modo la relación existente entre el análisis objetivo y las posibilidades y deberes (de clase y de partido) que se abren ante la praxis, ante la acción revolucionaria.

Me permito recordarlo porque en estos años se han escuchado muchas trivialidades en torno del «subjetivismo revolucionario» (recurriendo o no a la autoridad de Lenin), y lo aclaro porque me parece necesario. Pero el «subjetivismo revolucionario», por otra parte, surge en toda su plenitud del modo en que Lukács reconstruye —con gran lucidez— lo que para Lenin es esencial para poder definir una «situación revolucionaria», proveniente de «una gran crisis social» en toda la sociedad, con las alternativas que puedan resultar (incluso el volcarse de las masas «en dirección reaccionaria»). Este es, a mi parecer, uno de los puntos de mayor significación y permanencia sobre el cual reflexionar.

Ante la necesidad de comprender y relevar intelectualmente la multidireccionalidad posible (manifiesta o latente) de los procesos reales —que se radicaliza y surge en los grandes momentos de crisis social—, Lenin contrapone a esta multidireccionalidad la «multilateralidad» del análisis dialéctico; la capacidad no solo de investigar, sino de superar las contradicciones (aun en el propio campo); el específico «realismo» característico de su accionar («la revolución socialista debe realizarse con los hombres que ha producido el capitalismo»); y, por último, aquello que Lukács —clarificándolo— llama «su accionar metodológicamente complejo». Accionar que se refiere también a las personas, a los individuos, como aclara Lukács contestando una pregunta concreta. Los nombres y los conceptos que evoca Lukács en su ejemplificación de ese «accionar» y de ese evaluar (a Bujarin, Trotski, y, bajo ciertos aspectos, a Djerdjinsky, y la cuestión de lo *justo* y lo *injusto* en la revolución) nos remiten principalmente a los duros años que siguieron a la toma del poder y, también de hecho, a los últimos y dramáticos meses de la vida de Lenin (aquellos de su enfermedad), durante los cuales siguió empeñado —desde la dirección colegiada del partido y del estado—, hasta el día de su muerte, en el esclarecimiento de los puntos decisivos para el futuro de la revolución. Y recuerdo esto porque el aparente *equilibrio* (entre lo positivo y lo negativo) de estos juicios formulados por Lukács y por él remarcados en su doble aspecto, debe ser situado también en aquellas difíciles circunstancias políticas, que hasta el día de hoy no han sido profundizadas históricamente. Con todo, según la óptica de Lukács, no es esta profundización lo fundamental, sino, una vez más, lo fundamental es un modelo de comportamiento que señala, eso sí, «un neto contraste entre los tiempos de Lenin y los posteriores», y que culminaron «en los así llamados grandes procesos de los años 1936-38». Pero el más serio obstáculo para alcanzar la verdad histórica —abiertamente discutida— sobre la revolución y sus desarrollos, es ciertamente la arbitraria praxis de transformar en «personalidades monóticamente reaccionarias» a quienes son derrotados en la lucha política interna, praxis esta que Lukács condena (por antileninista). La superación de este obstáculo se halla potencialmente encerrada en la dinámica del XX Congreso (al cual Lukács se remite constantemente en los últimos años); pero este paso decisivo no ha sido dado hasta el momento, con graves consecuencias —incluso prácticas— para el socialismo y el movimiento comunista internacional.

Ahora bien, el modelo de comportamiento leninista que Lukács contrapone, trasciende lógicamente la cuestión de los individuos, de las personas; se trata de ese método de la verdad, que aunque cruda, siempre ha sido esencial frente a la clase, al partido y a las masas (incluso como momento irrenunciable de educación revolucionaria) en el accionar de Lenin, y de tanto en tanto lo ha sido también en su «análisis concreto de la situación concreta». Este modelo de comportamiento abarca también la relación entre dirigentes y dirigidos, sobre la que Gramsci reflexionó tanto.

El «contraste entre la época de Lenin y la posterior a él» es, a mi modo de ver, la nota dominante y el hilo conductor de toda la entrevista. En ella encontramos ideas que Lukács ya había formulado en forma deshilvanada y ocasional

luego del XX Congreso; en forma más elaborada a veces, pero nunca con una comunicatividad y accesibilidad tan vividas. Ya he mencionado que Lukács se cuida muy bien de intentar una definición del leninismo, aun cuando replantea francamente el problema. Y a la inversa, encontramos en cambio extremadamente clara, lo que podríamos llamar una definición del «estalinismo», en la que, por otra parte, le reconoce a Stalin el haber sido un «revolucionario convencido» y un «táctico extraordinario». Se extrae esta definición de lo que Lukács señala como un vuelco producido por Stalin en la clásica relación (en Marx, Engels y Lenin) entre estrategia y táctica, vuelco que consiste en el hecho que Stalin «adecuó la decisión estratégica y la teoría a la decisión táctica». De lo que se desprende un cambio radical en la relación entre teoría y práctica revolucionaria, así como la consecuente reducción de la primera a mera justificación de la segunda y, para peor, forzada, en la medida en que se debe aparentar mantener inmutables los principios (renovándose así, en el comunismo, la disociación burguesa entre praxis real e ideología).

En otra obra Lukács ha explicado lúcidamente este punto capital. «La tendencia estalinista —ha escrito— es siempre la de suprimir, en lo posible, todas las mediaciones, e instaurar una conexión inmediata entre los datos más crudos y las posiciones teóricas más generales. Y es aquí donde surge más claramente el contraste entre Lenin y Stalin. Lenin hace una clara distinción entre teoría, estrategia y táctica, teniendo siempre en cuenta, y estudiando escrupulosamente, todas las mediaciones que relacionan estos dos puntos (muchas veces de manera extremadamente contradictoria)... Me limito a extraer de esta gran obra, un solo ejemplo: el concepto, tan importante para Lenin, del repliegue táctico. Es una regla metodológica bastante obvia que la necesidad y utilidad de una retirada puede ser comprendida solo en base a concretas correlaciones de fuerzas existentes en cada caso, y no en base a los principios teóricos más generales; estas relaciones de fuerzas determinan —en forma más o menos inmediata— los objetivos, etc., de la acción actual, y tienen una gran importancia para la retirada misma en cuanto contribuyen a determinar el modo, la medida, etc., de manera que no se transforme en un obstáculo para una nueva avanzada. Está claro entonces, sin necesidad de ulteriores explicaciones, que para realizar elásticamente la retirada, se requiere el conocimiento de un sistema bastante intrincado y complejo de mediaciones. Stalin, que no disponía de la autoridad de Lenin —surgida en virtud de grandes acciones e importantes realizaciones teóricas, al punto de llegar a ser algo «natural»— encontró la manera de dar una justificación inmediata y evidente de *todas* sus decisiones, presentándolas como la consecuencia directa y necesaria de las doctrinas marxistas-leninistas. A este fin había que suprimir todas las mediaciones, y la teoría y la praxis debían ser inmediatamente relacionadas entre sí. Es por este motivo que tantas categorías de Lenin desaparecen de su horizonte, y hasta el repliegue aparece en él como un avance» [33].

Creo que Lukács tiene la razón y pone el dedo en la llaga. Expresa, de todos modos, una clara posición, que no puede ser eludida en el debate marxista actual. Se hace evidente entonces la necesidad de investigar aquellas «categorías» leninistas de la praxis revolucionaria, es decir, de la lucha de cla-

se conscientemente dirigida, que se fueron perdiendo poco a poco y que hay que aclarar nuevamente para que se restablezca una relación verdaderamente plena entre dirigentes y dirigidos, así como entre partido, clase, masas (y también entre partido y movimiento sindical). Pienso también, por ejemplo, en la categoría de «compromiso» (político y de clase) —que encontramos en *El extremismo enfermedad infantil*—, afín, pero no idéntica a la de «repliegue táctico», y que obedece en la práctica a las mismas reglas de método revolucionario. Es esencial, en todos los casos, no confundir frente a las masas «repliegues» y «compromisos» con «avances», ya que esto impediría colocarlos en una correcta correlación con la perspectiva estratégica, oscureciendo por lo tanto a esta última.

Creo que la pregunta sobre qué proporción de *estalinismo* existe aún en los partidos comunistas (en el poder, o no) debe partir de este nudo teórico, y que esta es la única manera de sustraerla a la influencia ideológica del adversario de clase.

En el cuadro de este planteo, Lukács puede decir que, «en una cantidad de cuestiones esenciales, Stalin no ha sido el sucesor de Lenin sino más bien su opuesto». Y de Stalin llega a afirmar que «no poseía ningún tipo de sensibilidad ideológica» (es decir «teórica»). Es una afirmación que a más de uno le podrá parecer *provocativa* por su perentoriedad (pero debe ser entendida en todo el contexto del discurso de Lukács). En realidad, a mi parecer, detrás de esta afirmación hay un serio problema histórico que debe ser aclarado: el problema, justamente, de la relación entre Stalin y la elaboración teórica, relación que, en todo el transcurso de su proceso, aún no ha sido investigada. Este problema no puede ser resuelto (y ni siquiera planteado) aislado de la persona de Stalin, de sus escritos e intervenciones, de las tendencias presentes y contrastantes que existían en el movimiento comunista y en el estado soviético. No es marginal a esto la cuestión de: en qué cantidad y *cómo* Stalin utilizó, paso a paso, un material teórico (teórico-político) que se había ido acumulando desordenadamente a través del debate y las mismas luchas internas, por lo menos hasta que soluciones y tendencias opuestas pudieron expresarse y chocar; es decir, hasta que no se institucionalizó y absolutizó de hecho la autoridad ideológica (o teórica) del jefe.

Es evidente que, para Lukács, Stalin representa la degradación y, por consiguiente, el ocaso de una época histórica del marxismo en la cual se reunían «en una sola persona el gran ideólogo y el gran jefe político». Para Lukács ya no es posible, en las condiciones actuales, que se repita una coincidencia de este tipo, o por lo menos es extremadamente «improbable». Sería insensato —creo— querer discutir en abstracto esta posición sustentada por Lukács (y preguntarse, por ejemplo, si esa situación sería *deseable* hoy, etc.); y por otra parte creo que no sería fructífero comparar esta posición sin entrar en consideraciones histórico-políticas con, por ejemplo, la relación existente entre el comunismo chino y ese bloque teórico denominado «pensamiento de Mao Tse-tung». Más bien deberíamos resaltar —en esta posición de Lukács— la toma de conciencia de una situación determinada, concreta, y la correlativa exigencia de mantener incesantemente abierto un debate teórico colectivo

con los deberes y las responsabilidades que deriven, tanto en la vertiente inmediata política y organizativa, como en la vertiente de la investigación.

Lukács, que habla desde un país socialista, ve muy concretamente la cuestión y no la simplifica, no esconde su dificultad sino que, por el contrario, subraya su importancia vital: «... se plantea el problema de cuál debe ser la relación existente entre la formación ideológica y la táctica política de los partidos. En mi opinión es un problema irresuelto, y es una de las cuestiones más importantes que el futuro plantea al movimiento obrero».

Pero, a mi modo de ver, el discurso de Lukács levanta indirectamente la siguiente pregunta: ¿en qué medida y en qué sentido debe entenderse la confluencia en una sola persona de la figura —como dice Lukács— de «gran ideólogo» y de «gran jefe político» en los tres clásicos del comunismo marxista, Marx, Engels y Lenin? Es, por cierto, una pregunta histórica, pero es además un punto de comparación necesario para la problemática que Lukács nos impone. Tomemos el último ejemplo de esta serie, que debería ser el más elocuente, el de Lenin. También en este caso es instructivo el testimonio de Lukács.

El recuerda, al principio de la entrevista, cuán tarde llegó a comprender «la verdadera importancia de Lenin» y cómo «el mismo Béla Kun, el ideólogo más preparado» con el que él estaba en contacto, le hablaba «mucho más de Bujarin, como ideólogo, que de Lenin». Yo creo que no se trata de un desfase de perspectiva exclusivo de los comunistas extranjeros. Creo más bien que Lukács ha tocado aquí una situación históricamente típica, que caracterizaba de alguna manera, en la práctica y desde siempre, al propio grupo bolchevique. Quince años antes, durante la Revolución de 1905, y en el período siguiente, el «teórico» eminente —por ejemplo— era Bogdanov (contra cuyas ideas *filosóficas* Lenin debió luchar, probablemente sin mucho éxito al principio, incluso entre sus compañeros más cercanos). Plejánov, el patriarca reconocido, se encontraba lógicamente a otro nivel. En realidad, la separación *práctica* entre el jefe político reconocido (o los «jefes») y los «teóricos» —separación que proviene de la socialdemocracia alemana— pesaba sobre los mismos bolcheviques.

Naturalmente, en una investigación más acabada, deberán distinguirse diversos niveles teóricos (desde los más filosóficos, a aquellos relativos a la estrategia revolucionaria en forma inmediata, con las discusiones conexas, aun internacionales, por ejemplo con Rosa Luxemburg). Pero el nexo entre estos niveles, en determinado momento profundamente intuido por Lenin, generalmente se les escapaba. Este fue probablemente un obstáculo para que Lenin pudiera imponerse como teórico. Este conjunto de cosas es históricamente muy significativo y como tal debe ser tenido en cuenta: la importancia teórica de Lenin surgió más tarde, en sus últimos años y sobre todo después de su muerte (e incluso parcialmente; piénsese en la suerte corrida por los *Cuadernos filosóficos* durante los años de Stalin). El «leninismo» como concepto, es, de todas formas, una creación póstuma. Pero justamente esta situación posee un aspecto positivo ya que nos indica qué lejos se hallaba entonces el movimiento revolucionario (incluso los bolcheviques) de cualquier *institucionalización* de la autoridad teórica de un jefe. Esta autoridad debía ser con-

quistada con grandes sacrificios. (Para Marx y para Engels se plantea además esta pregunta: ¿en qué medida, con qué características diferenciales y dentro de qué límites —propios de su fase histórica— estos fueron «jefes políticos» del movimiento?).

Creo que estas consideraciones, lejos de alejarse del meollo del discurso de Lukács, pueden ayudar a comprender mejor, incluso dentro de nuestro clima político-cultural, el sentido de su propuesta de regresar al tipo revolucionario representado por Lenin, que él ha delineado como «el tipo humano de revolucionario socialista». Propuesta que si bien esta dirigida al mundo socialista, no puede ser reducida a los límites geográficos del mismo. Pienso que no sería inteligente ironizar sobre tal propuesta, teorizando (históricamente) sobre la imposibilidad de los «retornos» en la historia. Es justamente la historia la que nos demuestra que todos los grandes movimientos transformadores del mundo han recibido, en determinados momentos de su desarrollo, un empuje renovador proveniente del tema del «retorno» a sus caracteres propios y originales. Creo también que el movimiento comunista internacional se encuentra hoy en una situación semejante, y que el viejo Lukács ha planteado la exigencia del momento histórico que vivimos, por lo menos en algunos de sus aspectos esenciales. Por otra parte Lukács no se refiere solo a los países socialistas. Su amplitud de visión y su comprensión de la actualidad quedan demostradas, a mi parecer, a través de sus opiniones sobre los movimientos estudiantiles de Occidente, y sobre otros movimientos en relación al «capitalismo manipulado» (concepto que precisa en otra parte) [34]; alrededor de estas cuestiones hay que reflexionar y discutir atentamente. Naturalmente no todo lo que afirma Lukács posee igual fuerza persuasiva. Por ejemplo, la polarización, o mejor, la contraposición en que Lukács coloca a Lenin con respecto a Marx en relación al problema del pasaje del capitalismo al socialismo (es una posición que él ha expresado también en otras ocasiones, aunque no siempre de esta manera) [35], no es, a mi modo de ver, correcta. Es sabido que Marx, en los últimos años de su vida, observó con mucha atención los problemas de los movimientos progresistas y revolucionarios en Rusia, porque, por un lado, juzgaba posible que la revolución pudiera *comenzar* justamente en ese país atrasado, no excluyendo para este formas originales de pasaje al comunismo, más allá de la etapa de desarrollo capitalista (lo cual más tarde, hacia fines de siglo, fue rechazado por Lenin en su polémica con los populistas, pero en una situación económica y socialmente ya modificada). Por otra parte —y no es menos importante—, la Revolución de Octubre y sus primeros pasos, fue sostenida por la esperanza de que la revolución proletaria se extendiera a Europa, hacia donde, por lo tanto, necesariamente, debería desplazarse el centro motor de la revolución. La contraposición Marx-Lenin, en los términos planteados por Lukács, no me parece por lo tanto aceptable: esta contraposición me parece más bien un reflejo tardío del modo reductivo y esquemático en que Marx era interpretado por gran parte del socialismo europeo hasta 1917 y que le dictó, por ejemplo, a Gramsci, el famoso título *La revolución contra «El capital»*. La objeción que he expresado no incide, sin embargo, sobre

la manera en que Lukács reevoca y subraya la Revolución de 1917 en Rusia y evalúa las fuerzas en lucha, así como las decisiones que se tomaron.

Quizá sea oportuno recordar aquí que cuando la realidad de las cosas negó las expectativas, así como la hipótesis de la extensión de la revolución a Alemania y a otros países de Europa capitalista, surgió en Lenin la tesis opuesta, la del desplazamiento hacia Oriente (China e India) del movimiento, o por lo menos del centro revolucionario. (Es verdad por otra parte que Lenin había observado siempre con mucha atención los movimientos que fermentaban en las inmensas masas de Asia). De todos modos la idea del «socialismo en un solo país» maduró más tarde, en el fuego de la lucha y bajo la necesidad de las circunstancias. Esta es una cuestión que aquí Lukács deja de lado, pero a la que se ha referido en otras oportunidades en estos años. Me siento en la obligación de decirlo porque es un punto en el cual Lukács ha mantenido siempre total adhesión a esta elección estratégica de Stalin, considerada por Lukács, en contraposición a Trotski, no solo como correcta, sino como rigurosamente leninista. Incluso diría que es la única gran elección estratégica de Stalin que Lukács juzga verdaderamente justa y victoriosa, mientras denuncia en cambio como radicalmente errada (y lógicamente no es el único que lo hace) la estrategia de la segunda mitad de los años veinte, sobre todo la dirigida contra la socialdemocracia, que no recogió con la urgencia del caso la necesidad de estructurar la alianza de todas las fuerzas democráticas y populares para oponerse al fascismo en Europa. Y considera igualmente errada la estrategia de Stalin después de 1948 (que habría «facilitado la conducta de la guerra fría a los adversarios imperialistas») [36], por cuanto se basa en esquemas ya superados, así como en la completa incompreensión de la nueva situación mundial, producida principalmente por la victoria de la revolución en China. En torno a este punto capital se puede afirmar que Lukács enfoca una problemática (en la que se insertan las cuestiones de los nuevos caracteres de la guerra, luego de la aparición de las armas atómicas, y en general las cuestiones relacionadas a la estrategia de la «coexistencia pacífica») que, a partir del XX Congreso, incide directamente sobre las perspectivas actuales de los movimientos revolucionarios en el mundo.

Quizá debamos agregar también que, a grandes rasgos, Lukács comparte la idea de que hay una «conexión sistemática» [37] entre «el dogmatismo de Stalin y el período estalinista» —conexión esta que aún no ha sido aclarada—, análoga a otras «desviaciones» históricas «del método y de la doctrina del verdadero marxismo» [38]. Lukács afirma que solo «cuando sea localizado y superado el sistema de errores, y el marxismo operante haya pasado a ser un pasado histórico, solo entonces podremos pronunciamos adecuadamente sobre lo que está vivo y lo que está muerto dentro de él». Es evidente entonces que, en esta concepción, las cosas que hemos mencionado son, para Lukács, un primer intento de alcanzar esta localización y superación. Lukács ha cumplido, además, otro paso en este sentido cuando afirma: «Stalin formuló dos previsiones falsas en sí mismas y que se excluyen mutuamente. Una es la del continuo fortalecimiento de los contrastes de clase, que ya ha sido enérgicamente corregida en el XX Congreso. La otra es la del acercamiento casi in-

mediato del presente a la segunda fase del socialismo, al comunismo. Stalin trató de borrar la contradicción existente entre las dos perspectivas mediante la corrección de la teoría marxista de la extinción del estado: el comunismo podría realizarse aun en el período del bloqueo capitalista al único estado socialista: entonces se tendría la condición, «a cada uno según su capacidad, a cada uno según sus necesidades», pero naturalmente, con el estado, la policía política y todas sus consecuencias...» [39]. A mi parecer Lukács plantea un problema válido, aun para la época posterior «al periodo del bloqueo capitalista».

Me he permitido estos parciales agregados a la presente entrevista para que se viera que incluso cuestiones que en la misma están afrontadas en forma que podría parecer apresurada y aun terminante (particularmente la cuestión de la relación entre teoría, estrategia y táctica en Stalin), nacen de una profunda reflexión sobre una realidad histórica vivida directamente por Lukács, y en la que ha participado combatiendo desde su posición en el movimiento. Lo he hecho para evitar también que sea malentendido el sentido que le da Lukács a tales cuestiones.

En esta presentación —que quiere contribuir a facilitar la lectura y la reflexión— me he detenido solo en los temas directamente políticos, propuestos en la entrevista televisada a Lukács. Pero la misma es rica y abundante en otros aspectos: por ejemplo, la relación existente entre revolución y literatura (sobre el que otros podrán retornar, dado que está lejos de ser un tema agotado), o el nexo, diferenciado, del marxismo con las ciencias naturales y con las ciencias sociales, etc. Pero lo que rige todo el pensamiento de Lukács, es la trama política y la tensión política, alimentadas por una inextinguible pasión revolucionaria, dominada racionalmente.

Antes de morir, este gran pensador y militante marxista, consiguió expresar y resolver, con un alto nivel de comunicatividad, remitiéndose a Lenin, problemas que son más esenciales que nunca para el movimiento comunista mundial.

TEXTO DE LA ENTREVISTA A LUKÁCS

En 1969 la televisión húngara me invitó a realizar un reportaje a György Lukács. Durante mucho tiempo este proyecto pareció irrealizable, ya que Lukács, recordando las malas experiencias tenidas con los colaboradores de las televisiones extranjeras, rehusaba conceder entrevistas grabadas. Le parecía fastidioso y cansador estar delante de las cámaras, a las órdenes de un director, «como una estrella». Tenía miedo de la pequeña muchedumbre que habría invadido su casa, de la confusión que significaban las tomas, y que durante días lo alejarían de su ritmo de vida habitual. Pero fundamentalmente no le gustaba hablar de sí mismo.

Durante unas vacaciones en las montañas de Búkk, al norte de Hungría, me encontré con él y hablamos de Lenin. Nació así la idea de contestar frente a las cámaras de televisión a algunas preguntas sobre Lenin y sobre el contenido que posee hoy el concepto de revolución. Finalmente Lukács aceptó conceder la entrevista debido a que —como luego aclara— «el retorno al tipo de revolucionario que representa Lenin, es, desde un punto de vista humano, una de las cuestiones más importantes (...) que hoy tiene un enorme significado político de actualidad».

Lukács quería contribuir, incluso personalmente, a «no considerar a Lenin como una figura legendaria, sino como un hombre real».

La grabación se realizó el 2 de octubre de 1969, en la casa de reposo de Jávorkút, y duró una hora y media. [Publicamos aquí la primera parte dedicada a Lenin].

Andrés Kovács. |

—¿Tuvo usted un contacto personal con Lenin?

—Tuve con él un solo contacto personal, en ocasión del III Congreso de la Internacional, en el que era delegado del Partido Comunista Húngaro, y en tal carácter fui presentado a Lenin. No debemos olvidar que 1921 fue un año de áspera lucha de Lenin contra las corrientes sectarias que estaban desarrollándose en la Komintern. Y debido a que yo pertenecía entonces a la fracción sectaria —no se la puede llamar fracción, llamémosla «grupo»—, Lenin mantenía en lo que a mí se refería, una conducta de rechazo, como la mantenía en general hacia todos los sectarios. Por mi parte, no se me ocurre siquiera comparar mi persona con la de un Bordiga, que representaba el sectarismo en el gran partido italiano, o con el grupo Ruth Fischer-Maslow, que representaba al partido alemán. Lenin, por su parte, no atribuía igual importancia a un funcionario del ilegal partido húngaro.

Solamente en una ocasión, cuando en la revista *Kommunismus* de Viena tomé posición contra la participación de los comunistas en el Parlamento, Lenin insinuó en un artículo —que, nótese bien, estaba dirigido principalmente contra Béla Kun— que yo había escrito sobre el argumento un artículo muy radical y antimarxista. Esta opinión de Lenin fue muy instructiva para mí. En efecto, casi en el mismo período, él publicó su libro *El extremismo enfermedad infantil del comunismo*, en el cual se ocupa en detalle de la cuestión del parlamentarismo y analiza el punto de vista según el cual el parlamentarismo, visto en el ámbito de la historia universal, es una etapa superada. Con todo, esto no significa que el atraso del desarrollo histórico permita ignorar la táctica del parlamentarismo. Esta fue para mí una gran enseñanza, que sirvió para borrar de mi memoria, o mejor, para justificar plenamente, aquellas líneas —¿cómo decir?— de desprecio, que Lenin escribió sobre mí.

Independientemente de este episodio, en una ocasión fui presentado a Lenin e intercambiamos algunas palabras de cortesía en el intervalo del congreso. No debe olvidarse que en ese congreso participaban algunos centenares de personas, entre las cuales, aquellas que verdaderamente le interesaban a Lenin, eran 20 o 30: él demostraba por lo tanto hacia la mayor parte de los delegados solo una cortesía oficial. Mis contactos personales con Lenin se reducen por lo tanto a esto. Otra cuestión es que yo, como delegado, gozase de toda libertad para observar a Lenin.

Permítaseme contar un pequeño y significativo episodio. En aquella época, la presidencia no era algo tan importante como es hoy, no existía protocolo y el gran estrado donde se sentaban los miembros de la presidencia era más bien una especie de tarima, como en las aulas universitarias o escolares. Alrededor de una mesa se hallaban sentadas cuatro o cinco personas, que en aquella reunión constituían la presidencia. Cuando entró Lenin, los miembros de la presidencia se pusieron de pie para hacerle lugar en la mesa. Pero Lenin les hizo un gesto con la mano para que se quedaran sentados, y se sentó sobre un escalón de la tarima, sacó su agenda y comenzó a tomar notas de las exposiciones. Permaneció sentado sobre ese escalón hasta que finalizó la reunión. Comparando este episodio con las cosas que sucedieron después, lo considero un episodio extraordinariamente típico de Lenin.

—¿Cuándo oyó hablar de Lenin por primera vez?

—Muy tarde. No debe olvidarse que con anterioridad a la República de los Consejos yo no formaba parte del movimiento obrero, nunca había sido miembro del partido socialdemócrata. En diciembre de 1919 ingresé al partido comunista, primer y único partido del que formé parte jamás.

—Entonces ha sido miembro fundador del partido.

—No, no, no. Ingresé al partido unas cuatro semanas después de la reunión en la cual había sido fundado. Fue de esta manera: a pesar de no ser socialista, conocía, lógicamente a grandes rasgos, a los ideólogos franceses e ingleses, leía a Kautsky, Mehring y sobre todo al francés Sorel, que me había sido indicado por Ervin Szabo. Pero no sabía nada del movimiento obrero ruso, conocía solo algunas obras de Plejánov. El nombre de Lenin comenzó a significar algo para mí cuando me enteré, por la prensa, del rol que había desempeñado

en la Revolución de 1917. Pero, en el fondo, he podido evaluar la verdadera importancia de Lenin recién luego de la emigración a Viena.

Permítaseme expresar, nuevamente, que creo que es una leyenda la historia según la cual nuestros soldados que en 1918 regresaron de Rusia, habían tenido oportunidad de conocer a Lenin de cerca. El mismo Béla Kun, el ideólogo más preparado con el que, durante los primeros tiempos, mantenía vínculos personales verdaderamente buenos, en conversaciones privadas, me hablaba mucho más de Bujarin, como ideólogo, que de Lenin. Fue recién durante mis estudios en Viena que tomé conciencia del significado de Lenin como guía e inspirador del movimiento obrero.

—¿Qué aspecto de la conducta de Lenin le ha impresionado más a Ud., que fue su contemporáneo?

—El hecho que fuese un revolucionario de tipo completamente nuevo. Durante la transformación, un montón de gente pasó, naturalmente, de la derecha a la izquierda, llevando consigo todas aquellas características derechistas, con las cuales se habían adecuado anteriormente a la sociedad burguesa. Este tipo de gente no me interesaba. Me interesaba, en cambio, cierto tipo de revolucionarios ascéticos, con los cuales me sentía identificado intelectualmente, que se habían desarrollado en la Revolución francesa, en el jacobinismo del círculo de Robespierre. Este tipo de revolucionario ha sido ejemplarmente representado por Eugen Levine, ajusticiado en Múnich después de la caída de la República Consiliar Bávara. Levine había dicho: «Nosotros, los comunistas, hemos muerto estando de licencia». Este tipo de revolucionario tuvo extraordinarios representantes también en Hungría. No quiero nombrarlos a todos, quiero mencionar solamente a Otto Korvin, que era un típico representante de los revolucionarios ascéticos.

Lenin representó en cambio un tipo de revolucionario completamente nuevo: podríamos decir que, arrojándose con toda el alma a la revolución, solo vivió para esta, pero sin demostrar ningún tipo de ascetismo. Lenin era un hombre capaz de reconocer todas sus contradicciones, podría decirse que sabía gozar de la vida. Era un hombre que cumplía sus acciones tan objetivamente como si fuera un asceta, pero sin poseer rastro alguno de ascetismo. Es así como, apenas me formé esta idea de Lenin, observando en detalle su conducta, me di cuenta que en el fondo este era el gran tipo humano de revolucionario socialista. Esto naturalmente, está en profunda correlación con las cuestiones ideológicas, mientras que en el movimiento obrero de una época reinaba una abstracta separación entre vida e ideología.

Por una parte, la socialdemocracia redujo el marxismo a una especie de sociología, reconociendo la prioridad de la vida económica por sobre las clases que derivan de esta y, por otra, consideró a las clases como una cosa inevitable, totalmente objetiva y sociológicamente general. Lenin rechazó ambas hipótesis y fue el primero —partiendo de Marx— en tomar seriamente en consideración el factor subjetivo en la revolución.

La definición de Lenin, según la cual la situación revolucionaria se caracteriza por el hecho que las clases dominantes ya no pueden gobernar como antes, mientras las clases oprimidas ya no quieren vivir como vivían antes, es

conocida. Los sucesores de Lenin retomaron el concepto con alguna diferencia, es decir, entendiendo que el no querer vivir como se vivía antes significaba que el desarrollo económico transforma, con cierto automatismo, a los oprimidos en revolucionarios. Lenin, en cambio, tenía conciencia que este era un problema extremadamente dialéctico, es decir, que es una tendencia de la sociedad que presenta muchas direcciones.

Permítaseme aclarar esta postura de Lenin a través de un ejemplo muy significativo. En plena discusión sobre la revolución del 7 de noviembre de 1917, Zinóviev escribió en un artículo que no existía una verdadera situación revolucionaria porque en las masas oprimidas existían corrientes reaccionarias muy fuertes, mientras ciertas masas adherían inclusive a la «centurias negras», es decir, a la extrema reacción rusa. Lenin, con su agudeza habitual, rechazó esa concepción de Zinóviev. Según Lenin, cuando se produzca una gran crisis social, es decir, cuando la gente ya no quiera seguir viviendo como vivía antes, esta «falta de voluntad» revolucionaria, puede rebelarse, es más, no puede no rebelarse de manera revolucionaria y de manera reaccionaria. Además —afirma oponiéndose nuevamente a Zinóviev—, una situación revolucionaria no sería siquiera posible de no existir masas que se vuelquen en dirección reaccionaria y que, por lo tanto, eleven al cuadrado el factor subjetivo. Y es justamente deber del partido el hacer valer, en tales circunstancias, la posibilidad del factor subjetivo.

No es casual que Lenin considere totalmente errada la concepción anarquista que sostiene que la condición de la revolución es el desplazamiento de los individuos aislados que partiendo del egoísmo capitalista llegan a la socialización socialista. Lenin ha afirmado siempre que la revolución socialista debe ser realizada con los hombres que ha producido el capitalismo y que, bajo muchos aspectos, han sido arruinados por el capitalismo. El realismo de Lenin armoniza las diversas acciones individuales de los hombres con las necesidades sociales. Es a partir de esta armonización real que Lenin intenta hacer derivar los deberes propios de la revolución, de modo que —en base a la determinación leninista según la cual lo que se debe hacer es analizar concretamente la situación concreta— en el análisis concreto se pueda involucrar también el análisis de los hombres.

—Todo esto se refiere también a los individuos aislados, entonces...

—Nuevamente observamos aquí un neto contraste entre los tiempos de Lenin y los posteriores, ya que fue después de su muerte que tal contraste comenzó a delinearse, para desembocar luego en los así llamados «grandes procesos» de los años 1936-38. Según la praxis de estos procesos se podía demostrar que los que se oponían a la línea del Comité Central, eran, ya desde la juventud, elementos de la más feroz reacción: hemos creado así, personalidades monolíticamente reaccionarias. Lenin reaccionaba de manera radicalmente opuesta. La objetividad del juicio era en él absolutamente independiente de las simpatías personales. Por ejemplo, era muy simpática la personalidad de Bujarin, de quien subraya —en el partido— su legítima popularidad. Pero, en su llamado testamento, agrega que Bujarin no había sido nunca un verdadero marxista.

En otro momento, durante una conversación con Gorki, subraya los enormes méritos de Trotski en 1917 y en la guerra civil, sosteniendo que el partido puede estar orgulloso, y con justicia, de la capacidad y de las acciones de Trotski; pero agrega (como dice Gorki, «frunciendo el entrecejo») que aquí también se manifiestan fenómenos negativos. Según las palabras de Lenin, «Trotski camina junto a nosotros, pero sin formar verdaderamente parte de nosotros». Hay en Trotski ciertas desagradables características que lo hacen parecerse a Lassalle.

Estos dos ejemplos demuestran a las claras que Lenin sabía ver como correspondía a todas las personas que pertenecían al estrecho círculo de sus directos colaboradores, que sabía ubicar concretamente sus virtudes y sus errores, evaluándolos por lo que eran, sin permitir que simpatías y antipatías —por otra parte muy vivas en él— influyeran en sus decisiones políticas.

Lenin mantenía este modo de actuar, metodológicamente complejo, con toda persona con la que entraba en contacto profundo (esto valía lógicamente para un centenar o dos de personas, ya que no es posible imaginar que haya tenido contactos personales con cada ciudadano de la Unión Soviética o con cada miembro del movimiento comunista), y al mismo tiempo veía la contradicción que esto traía aparejado. Un ejemplo: Lenin ha comprobado claramente que es imposible actuar siempre según la justicia y la ley en una guerra civil a muerte.

En una ocasión, con su acostumbrada simplicidad, le dijo a Gorki —que se lamentaba describiéndole una riña en una fonda—: «¿Quién podría discriminar entre la bofetada que da origen a una riña y la que es inocua?». Pero agregó: «Es de suma importancia que el jefe de la organización que combate contra la contrarrevolución, Djerdjinsky, tenga sensibilidad por los hechos y la justicia»: es decir, que cada problema se presenta siempre complicado por una multilateralidad dialéctica, sea cuando se refiere a una gran decisión política, como cuando se refiere al juicio concerniente a cada individuo.

—¿Cuál fue la relación de Lenin con Gorki?

—Lenin estimaba muchísimo las capacidades de Gorki, y esto surge de sus cartas; de las cuales surge también que critica duramente al escritor cuando este toma un camino equivocado. Podemos apreciar una vez más cuán lejos estaba de Lenin el concepto según el cual existen hombres completamente exentos de errores, o que, a la inversa, están siempre equivocados.

En su libro sobre el extremismo dice muy claramente, cuando habla de los errores, que no existen hombres sin defectos. Hombre inteligente es aquel —dice Lenin— que no comete errores fundamentales y que corrige lo antes posible los errores cometidos. Aquí vemos claramente que cuando Lenin exigía el análisis concreto de la situación concreta, se refería también a los contactos, humanos y políticos, con las personas importantes.

—Es muy interesante la relación de Lenin con Márto. Cuando dos adversarios...

—Es interesante por el hecho que ya existía en los primeros años del siglo, cuando ambos pertenecían al movimiento ilegal y discutían continuamente; a pesar de ello Lenin quería mucho a Márto y a pesar de las diferencias lo tenía

por hombre honesto y capaz. Lenin demuestra claramente todo esto cuando, luego de la paz de Brest-Litovsk y de la guerra civil, se agudizaron las luchas de clase. En efecto, no instruyó proceso contra Márto, sino que hizo lo posible para que Márto abandonara la Unión Soviética y desarrollara sus actividades en el exterior. Lenin quería alejar a Márto del movimiento obrero ruso, pero no lo quería eliminar físicamente. Pero esto es justamente lo contrario de lo que ocurrió en los años sucesivos.

—*Creo que esto forma parte del realismo de Lenin, que había dicho: «Mejor un enemigo emigrado que un mártir en la patria».*

—Este también es Lenin... como decir... esto se origina en su realismo antiascético. Lenin —lo he recordado antes a propósito del diálogo con Gorki— no eludía la creencia de que en la guerra civil mueren también personas inocentes. Pero, compatiblemente con los intereses de la revolución, trató de reducir las consecuencias al mínimo, no utilizando medios extremos contra las personas cuando existía la mínima posibilidad de hacerlo.

—*Pienso que su relación con Gorki, además de lo que se pueda extraer desde el punto de vista humano, interesa en cuanto relación entre un político y un escritor, yendo aun más lejos, en cuanto relación entre política y literatura.*

—Exactamente. En este sentido —y es muy interesante— hay una cierta analogía con Marx, que amó y estimó muchísimo a Heine, aun cuando era claramente consciente que, bajo muchos aspectos, sus actitudes morales eran negativas. Esto se repite exactamente para Lenin, que consideraba con justicia a Gorki el más grande escritor ruso viviente. Esto se manifestó sobre todo a través de una simpatía muy personal; pero debe agregarse que Lenin tuvo simpatías no solo para Gorki.

En efecto, ciñéndonos a los apuntes redactados durante el período de la guerra civil, Lenin habla, con mucha ironía, de un escritor claramente contrarrevolucionario, del cual, sin embargo, reconoce el talento. Perdón, no recuerdo el nombre, no es un escritor importante, pero permítaseme agregar, porque es muy consecuente, que Krupskaja tiene absoluta razón cuando dice —en un artículo de 1905, que luego, en el período estalinista, se transformó en la piedra de toque de cómo hacer literatura— que Lenin no pensaba en lo más mínimo que las tesis allí expuestas fueran aplicables a la literatura: sino más bien solo a la nueva orientación que debía darse a la prensa y a las ediciones del partido, que surgía de la ilegalidad.

Naturalmente, Lenin tenía absoluta razón cuando pretendía que la prensa del partido tuviese una línea determinada, y que un artículo político fuera escrito siguiendo esa línea. Pero esto no tiene nada que ver con la literatura. Lenin no pensó nunca que la literatura debía transformarse en el órgano oficial del socialismo. Esto se puede explicar por dos motivos: por una parte, no tenía ninguna consideración por la así llamada literatura oficial, no la consideraba en absoluto verdadera literatura; por otra parte existía un marcado contraste en lo relacionado a la así llamada revolución literaria. Es sabido que Lenin consideraba al mismo Maiakovski con cierto escepticismo. En una ocasión, hablando en una reunión del Komsomol, dijo que él prefería a Puskin, al que consideraba un verdadero poeta. Pero esto no se refiere únicamente al reco-

nocimiento de la necesaria libertad de la literatura (donde naturalmente esta libertad no signifique propaganda contrarrevolucionaria, que Lenin evidentemente habría combatido, fuera o no literatura), sino que significa también la condena de aquella concepción —originada en la Unión Soviética— proveniente de la así llamada *Proletkult*, y que en Hungría fue representada por Kassák y su grupo, en los años próximos a 1919. Combate además a aquella tendencia que, partiendo del futurismo italiano, sostenía que la literatura revolucionaria debía ser radicalmente nueva, y debía condenar al museo o a la destrucción a las obras de la literatura clásica.

Lenin dijo, a propósito de la *Proletkult*, que la fuerza del marxismo se halla justamente en el hecho de que consigue apropiarse de cada auténtico valor que se manifiesta en el milenarismo desarrollo de la humanidad. De este modo Lenin fue el único que siguió la línea de Marx: es sabido que Marx remonta hasta Homero y lo señala como ejemplo del máximo poeta de la «infancia de la humanidad».

Si analizamos la relación de Lenin con Tolstoi, veremos cómo —al contrario de Plejánov, y de aquellos otros que critican despiadadamente a Tolstoi— Lenin sabe encontrar en él lo sustancial: el profundo sentido democrático del escritor ruso. A propósito de Tolstoi, quisiera citar otra frase de Lenin a Gorki, donde dice, entre otras cosas, que, antes de la aparición de este conde, no existía un verdadero campesino en la literatura rusa.

—¿Esta paciencia se refiere solamente al arte, a la literatura, o también a la acción ideológica en general, que naturalmente no se encuentra continuamente en contacto con la política, como por ejemplo la prensa?

—Lenin tenía un doble punto de vista, que —una vez más— expresa una dialéctica real. Lenin siempre reconoció —por ejemplo— los resultados de las ciencias naturales, rechazando la concepción según la cual el marxismo podría llegar a corregir a estas, erigiéndose en continuador de las mismas. Sabía perfectamente que la ciencia es un importante factor ideológico, y cuando combatió al idealismo que surgió en las ciencias naturales modernas, lo hizo tratando de no tocar las afirmaciones válidas de las ciencias naturales.

En el período en que escribía *Materialismo y empiriocriticismo*, se habían iniciado los nuevos descubrimientos de la física moderna, los cuales, según Lenin, deben ser totalmente aceptados siempre y cuando, por ejemplo, sus fórmulas sobre el átomo fueran correctas. Pero lo que verdaderamente importa es establecer si la concepción del átomo —como afirma la filosofía marxista— existe independientemente de la conciencia humana, o es en cambio su producto. Esta segunda hipótesis, que ya no es más la hipótesis de las ciencias naturales, sino que proviene de la elaboración de un enfoque filosófico de las ciencias naturales, ha sido rechazada por Lenin en *Materialismo y empiriocriticismo*, por considerarla una concepción idealista. Por otra parte, ha reafirmado este rechazo más adelante. Pero esto no ha significado nunca, para Lenin, ponerse a dirigir los descubrimientos de las ciencias naturales en nombre del marxismo.

—¿Todo esto se refiere también a las ciencias sociales?

—Según mi opinión, esto no se refiere a las ciencias sociales. Marx ha promovido una revolución irrepetible en las ciencias sociales. No hay que olvidar que revoluciones parecidas se produjeron también en las ciencias naturales. Piénsese en la época de Copérnico, de Kepler, de Galilei. No se puede, en efecto, definir como libertad de las ciencias naturales afirmaciones como esta: «Si yo quiero, es la tierra la que gira alrededor del sol; si yo quiero, es el sol el que gira alrededor de la tierra». En efecto Galilei nos ha confirmado sin posibilidad de duda, que es la tierra la que gira alrededor del sol.

Lenin consideró con toda justicia al marxismo como un descubrimiento de ese tipo, con el que no se puede no ajustar cuentas si se quiere ser considerado serio desde un punto de vista científico. Por eso a Lenin —y este es también un hecho natural— no se le hubiese ocurrido nunca permitir que en una universidad socialista se enseñaran Böhm-Bawerk u otras teorías económicas antimarxistas. Pero esto no se refiere a la cultura de la sociedad en su sentido más amplio. Lenin, en efecto, ha reconocido muchas veces la validez de filósofos, escritores y literatos que no eran para nada marxistas.

Se puede comprobar en otros casos esta dialéctica de lo justo y lo injusto en Lenin, dialéctica por la cual no existe una regla general, por la que se pueda deducir, por ejemplo, si un docente universitario cualquiera tiene o no derecho a ejercer su cátedra.

—*Es cierto. Pero creo que en la investigación ideológica, y por ende también en la investigación de las ciencias sociales, se debe tener la posibilidad de formular hipótesis que luego puedan no demostrarse exactas.*

—Lenin no consideró nunca al marxismo como una colección de dogmas válidos de una vez para siempre, sino como la primera teoría correcta sobre la sociedad, desarrollada en íntima conexión con el desarrollo social, de modo que así como ha avanzado también puede retroceder. En toda evolución existe esta duplicidad, reconocida por Marx, Engels y Lenin. Este último exigía tan solo que en la lucha ideológica se verificara la exactitud de la teoría. Lógicamente esta doble visión de Lenin no significa admitir que dos hipótesis sean igualmente correctas o igualmente falsas.

Lenin ha dado amplio espacio a estas discusiones porque sabía que alrededor de una determinada cuestión concreta, puede existir una sola verdad, mientras que lo que hoy sostienen los así llamados reformistas, en base a una concepción pluralista, es naturalmente algo ridículo ya que confunde dos cosas completamente distintas. El hecho de que pueda existir una situación por la cual sean necesarios estudios y discusiones, a lo mejor durante veinte años, para que finalmente surja la verdad, no significa de ninguna manera que la verdad pueda ser doble o triple: existe una sola verdad.

—*Podría decirse entonces que el camino que conduce a la verdad no es único...*

—No es único ni unitario. El mismo Lenin, en una cuestión importante, aceptó una situación completamente nueva respecto de Marx. No olvidemos que Marx había concebido el pasaje del capitalismo al socialismo en un sentido muy riguroso: el cambio se produciría primeramente en los países más desarrollados. Sobre este punto Lenin sostuvo en cambio una concepción que le es propia. El problema del socialismo se presentó en un país subdesarrolla-

do y Lenin optó por la solución socialista, es decir —y aquí permítaseme dar mi propia interpretación—, él decidió según la necesidad de esa determinada situación histórica. Quiero decir que en 1917 existían en Rusia dos enormes movimientos revolucionarios de masa. Uno recogía el rechazo de todo el pueblo contra la guerra imperialista, el otro representaba la secular exigencia campesina de disolver los latifundios y trabajar la propia tierra. Analizando abstractamente ambos movimientos, ninguno de los dos representaba una exigencia socialista, en sentido estricto de la palabra. En el fondo la paz puede ser conseguida incluso por un estado burgués, que también puede distribuir las tierras.

Pero en aquel entonces no solo los partidos burgueses sino también los populares como el partido socialrevolucionario, y entre los partidos obreros el partido menchevique, estaban, por un lado, contra una paz inmediata que pusiera fin a la guerra imperialista y, por otro lado, boicoteaban por todos los medios la distribución de las tierras. Para Lenin estaba claro que solo una revolución socialista habría podido satisfacer las aspiraciones de centenares de millones de personas. Por ello, en la Rusia subdesarrollada, Lenin no pensaba en hacer la revolución en el mes de octubre en base a una táctica abstracta, sino que partió del análisis concreto de la situación concreta existente en la Rusia de 1917.

—Se ha hablado mucho de la paciencia de Lenin con las diversas personas o con las diversas instituciones. ¿Usted piensa que la paciencia es un elemento importante en la conducta revolucionaria, si bien en un primer momento pareciera estar en contraste con el concepto de revolución?

—Se trata, aquí también, de dialéctica. En Lenin existía esa unidad dialéctica de paciencia e impaciencia, que lo llevaba a tomar las decisiones en base al análisis concreto de la situación concreta.

Quisiera explicar esta característica de Lenin con dos ejemplos. Después de 1905 se hizo absolutamente claro para Lenin que la revolución había sido derrotada y que se iniciaba un período de contrarrevolución. A esto se relaciona la cuestión de las elecciones y el contraste con la fracción Bogdanov-Lunatcharski. Esto se refiere a cuestiones menores, pero también a 1917. Cuando en el verano de 1917 reinaba gran agitación entre los obreros de Petrogrado y estos querían organizar una gran manifestación, Lenin se opuso porque sabía que la relación de fuerzas era tal que un choque directo entre proletariado y burguesía apoyada por las capas que la seguían hubiese sido catastrófico. Como se sabe, esta manifestación se produjo en contra de la voluntad de Lenin y tuvo ciertas características de guerra civil, pero sabemos también que en esa oportunidad el proletariado fue derrotado y que Lenin se vio obligado a refugiarse en la ilegalidad. Pero luego del fracasado golpe de estado de Kornilov, el empuje revolucionario tuvo un auge extraordinario.

Lenin manifiesta este fenómeno de dos maneras. Por una parte, si mal no recuerdo, escribió un artículo —en septiembre— en el cual invitaba a la mayoría de los socialrevolucionarios mencheviques de los consejos obreros a tomar el poder, prometiéndoles que el partido comunista, en la medida en que ellos hubiesen procedido a realizar reformas socialistas, habría de ejercer una

oposición leal en relación a ellos. Pero pocos días después escribió otro artículo en el que sostuvo que esta situación había durado solo algunos días, pero que ya había pasado.

Luego llegó octubre y Lenin, con la misma violencia e impaciencia con que se había opuesto a la manifestación de julio, exigió la inmediata toma del poder. Durante mucho tiempo interrumpió sus relaciones con sus más antiguos e íntimos compañeros que, como Zinóviev y Kámenev, no compartían su actitud. Es decir, que Lenin se demostró paciente en julio e impaciente en octubre, teniendo en cuenta los factores objetivos y subjetivos de la revolución. Volvemos así otra vez al punto según el cual, en lo referente a las grandes cuestiones ideológicas, es siempre el análisis concreto de la situación concreta el que decide.

—*Pienso en lo que dijo a propósito de Lajos Nagy, que esta impaciencia...*

—En 1934, se celebró en Moscú un congreso de escritores en el que participó también Lajos Nagy. Yo mantenía buenas relaciones con él. Me vino a ver y me preguntó hasta cuándo pensaba que iba a durar el poder de Hitler. Le contesté que no era un profeta, pero que, por lo que podía prever, duraría de 10 a 15 años. Lajos Nagy se enfureció y, enrojeciendo, golpeó la mesa con el puño, gritándome que él no era un buen comunista como yo desde el momento que para él las cosas iban a cambiar con la llegada de la revolución. Esto también es impaciencia.

Permítaseme ilustrar con otra anécdota la cuestión de la impaciencia. En Moscú, las grandes manifestaciones estaban muy mal organizadas; por ello, cuando querían que los obreros de una empresa o de un instituto desfilaran por la Plaza Roja a la una, ordenaban que se concentraran en algún lado a las seis de la mañana. Sucedió lo mismo con nosotros durante una manifestación. Por casualidad yo caminaba junto a una mujer muy buena, emigrada desde 1919. De pronto mientras caminábamos aparecieron las torres del Kremlin. La mujer entusiasmada, dijo: «¡Ve, bien valía la pena concentrarse a las seis de la mañana para ver todo esto!» Le contesté todo lo contrario de cuanto había dicho a Lajos Nagy: «Si Lenin hubiese tenido su misma paciencia, los bolcheviques no se hubiesen instalado nunca en el Kremlin».

No sé si estas dos anécdotas demuestran suficientemente que la paciencia y la impaciencia no son opuestos metafísicos que se excluyen mutuamente, sino que una misma persona debe ser —y nuevamente quiero citar a propósito de Lenin, el análisis concreto de la situación concreta— contemporáneamente paciente e impaciente.

—*En estos años se plantea la siguiente cuestión: en qué consiste, en el fondo, el comportamiento revolucionario en relación con los distintos sucesos que se presentan de los modos más diversos. Digamos, en general, de un modo en los movimientos estudiantiles occidentales; y, al mismo tiempo, en los países socialistas: ¿cómo es posible ser revolucionario en un país donde las fuerzas revolucionarias están en el poder, y donde tienen por lo tanto muy distintos deberes? Usted, que desde hace más de 50 años puede considerarse un revolucionario, ¿qué puede decir al respecto?*

—Detengámonos en los movimientos estudiantiles. Considero y observo con gran simpatía estos movimientos, sobre todo si comparo la situación actual con la del 45, cuando parecía que, verdaderamente, el *american way of life*, es decir, el capitalismo manipulador, se encontraba victorioso, aun en el plano ideológico. Ahora por lo menos una capa comienza a moverse, aun cuando no lo haga conscientemente, y aunque no utilice los instrumentos correctos esto no significa nada.

Permitaseme formular una paradoja: cuando, luego de la acumulación primitiva, nace el capitalismo moderno, instintivamente los obreros sintieron que a través de las máquinas eran degradados. Esta sensación dio origen al «ludismo», es decir, a la destrucción de las máquinas. Pero la destrucción de las máquinas no puede ser considerada una táctica correcta. Y sin embargo no hay dudas que la destrucción de las máquinas fue una etapa necesaria, que condujo más tarde a los obreros a organizarse en sindicatos. Yo no considero que los estudiantes sean hoy modelos de acción revolucionaria, sino iniciadores de un movimiento de la historia mundial. Me da lo mismo que los jefes estudiantiles piensen o no de esta manera: objetivamente detrás de todo está el hecho, como dicen ellos, de «no querer transformarse en idiotas de profesión manipulados», y por ello buscan otro camino. Este camino no lo han hallado aún, y no lo encontrarán mientras capas aun más amplias no estén en condiciones de rebelarse contra este capitalismo manipulador. Un inicio de estas rebeliones lo podemos ver, en formas muy primitivas, en América y otros lados, con los movimientos antibelicistas. Lo podemos encontrar en la cuestión negra y en las discusiones concomitantes. De modo que podemos decir que nos hallamos en la etapa inicial de una rebelión revolucionaria contra el capitalismo manipulador que corresponde por ejemplo —aunque aquí hay que tener cuidado, porque en la historia las cosas no se repiten— con el surgimiento del movimiento obrero, entre fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX. En esa época no se hablaba aún de marxismo, pero sin este el marxismo no hubiera nacido jamás.

Si nos referimos a nuestra situación actual, diría que el socialismo tiene frente a sí un nuevo y gran problema: Lenin fue la última gran figura de un desarrollo socialista que, siendo posible tiempo atrás, luego se hizo cada vez más imposible. No olvidemos que en los comienzos del movimiento obrero, si pensamos solamente en las grandes figuras de Marx, Engels y Lenin, vemos cómo en todos ellos se hallaban unidos en una sola persona el gran ideólogo y el gran jefe político. En estos tres personajes coexistían estos dos aspectos. Y esto debió ser así también para el sucesor de Lenin, Stalin.

Creo que, según un objetivo juicio histórico, Stalin era un revolucionario convencido. Era un hombre muy inteligente y de talento, un táctico extraordinario y, diría, privado de cualquier sensibilidad ideológica. En numerosos ensayos, que aquí no podría analizar, he escrito que en el período de Marx y de Lenin, existía en el movimiento socialista mundial una concepción ideológica de gran envergadura, de la cual hacían derivar su estrategia los movimientos obreros de los diversos países, y en el ámbito de la cual nacían ciertas decisiones tácticas. Stalin revirtió este orden: adecuó la decisión estratégica

y la teoría, a la decisión táctica... En el período de Stalin, el jefe del partido era al mismo tiempo el ideólogo del partido, que —como se sabe— sabía de todo. Así nacieron Rakosi, Novotny y otros. Debemos ser conscientes que es poco creíble que el movimiento obrero tenga otro Marx, Engels o Lenin. Se plantea así el problema de cuál debe ser la relación entre la formación ideológica y la táctica política de los partidos. Según mi opinión es un problema irresuelto, aun más, es una de las más importantes cuestiones que se plantearán al movimiento obrero en el futuro.

—Según usted, ¿qué posibilidades tiene hoy un hombre que quiere actuar?

—El hombre que quiere actuar no tiene naturalmente grandes posibilidades. Pero no existe ningún período en el que no se pueda hacer algo. Sobre todo no se puede interponer ningún tipo de obstáculo, de modo que aquellos que se sientan llevados por los estudios teóricos-ideológicos se dediquen a la elaboración ideológica y, a través de esta, hagan sentir su influencia, teniendo siempre muy en cuenta todas las dificultades y las soluciones que podrían conducirlos por camino equivocado. Llegado a este punto es solo necesario reconocer que en Occidente, el capitalismo manipulador no representa una nueva época —la cual no es ni capitalista ni socialista—, sino que debe ser analizado.

Por otra parte, entre nosotros —y a este punto le doy mucha importancia como ya he dicho siempre— hay que ser conscientes de que en una cantidad de cuestiones esenciales Stalin no ha sido el sucesor de Lenin, sino más bien su opuesto. En este sentido, desde un punto de vista humano, una de las cuestiones más importantes es la de volver al tipo revolucionario que Lenin representa. Por esto creo de máxima importancia ver a Lenin como un hombre real y no como una figura legendaria. Hoy esto tiene, además, un gran significado político.

KOMMUNISMUS

Vladimir Lenin. |

«REVISTA DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA PARA LOS PAÍSES DEL SURESTE DE EUROPA» (EN IDIOMA ALEMÁN). VIENA, CUADERNOS 1-2, DEL 1 DE FEBRERO DE 1920, AL 18, DEL 8 DE MAYO DE 1920

La excelente revista que se publica en Viena bajo este título ofrece mucho material, de sumo interés, sobre el crecimiento del movimiento comunista en Austria, Polonia y otros países, como asimismo la crónica del movimiento internacional y artículos dedicados a Hungría, Alemania, problemas de orden general, de táctica, etc. No podemos pasar por alto un defecto que salta a la vista, aun luego de una ojeada rápida. Se trata de síntomas indudables de esa «enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo», de la que adolece la revista, y a la que dediqué un pequeño folleto que acaba de publicarse en Petrogrado.

Quiero señalar sucintamente ya mismo tres síntomas de esta enfermedad que padece la excelente revista *Kommunismus*. En el número 6 (1 de marzo de 1920) se publica el artículo del camarada G. L. [40] *Sobre el problema del parlamentarismo*, al que la Redacción califica de polémico, y del que reniega francamente (por suerte), es decir, declara su desacuerdo con el mismo el camarada B. K. [41], autor del artículo *El problema de la realización del boicot parlamentario* (núm. 18, del 8 de mayo de 1920).

El artículo de G. L. es muy izquierdista y muy malo. Su marxismo es puramente retórico; la diferencia entre las tácticas «defensiva» y «ofensiva» es imaginaria; carece del análisis concreto de situaciones históricas bien definidas; lo esencial (la necesidad de conquistar y aprender a conquistar todas las esferas del trabajo y todas las instituciones donde la burguesía manifiesta su ascendiente en las masas, etc.) no se toma en cuenta.

En el núm. 14 (17 de abril de 1920), el camarada B. K., en su artículo *Los acontecimientos de Alemania*, critica la declaración del Comité Central del Partido Comunista alemán, fechada el 21 de marzo de 1920, que yo también critico en el folleto antes mencionado. Pero nuestras críticas tienen un carácter radicalmente diferente. La crítica del camarada B. K. se basa en citas de Marx, referentes a una situación que no se parece a la presente, se opone en conjunto a la táctica del C. C. del Partido Comunista alemán y olvida lo esencial. Olvida lo que es la esencia misma, el alma viva del marxismo: el análisis concreto de las situaciones concretas. Cuando la mayoría de los obreros urbanos se apartó de Scheidemann para acercarse a los kautskistas, y dentro del partido kautskis-

ta (o sea, partido «independiente» de la justa táctica revolucionaria) continúa apartándose de su ala derecha, para acercarse a la izquierda, es decir, en rigor, al comunismo, ¿es admisible descartar la posibilidad de tomar medidas transitorias de compromiso respecto de *estos obreros*? ¿Es admisible no tomar en consideración, silenciar la experiencia de los bolcheviques, quienes en abril y mayo de 1917 realizaron, en esencia, una política de compromiso, precisamente cuando declararon: no es posible derrocar sin más ni más el gobierno provisional (Lvov, Miliukov, Kerenski y otros) porque los obreros integrantes de los soviets todavía los apoyan y es necesario empezar por conseguir que la mayoría, o una gran parte de estos obreros, *modifiquen sus ideas*?

Creo que es inadmisibile.

Finalmente, el artículo antes mencionado del camarada B. K., publicado en el núm. 18 de *Kommunismus*, pone de manifiesto con particular evidencia, claridad y eficacia su error, que radica en simpatizar con la táctica del boicot de los parlamentos en la Europa actual. Pues el autor, desvinculándose del «boicot sindicalista», del boicot «pasivo», e inventando un especial boicot «activo»(¡ole, cuán «izquierdista»!), demuestra con ello con sorprendente claridad toda la hondura de los errores de su razonamiento.

El boicot activo significa —escribe el autor— que el partido comunista no se satisface con difundir la consigna contraria a la participación en las elecciones, sino que despliega en beneficio de la aplicación del boicot una agitación revolucionaria tan amplia, como si participara en las elecciones, y como si su agitación y su acción (trabajo, actividad, movimiento, lucha), estuvieran destinados a conquistar el mayor número posible de votos proletarios (pág. 552).

He aquí una perla. He aquí algo que matará a los antiparlamentaristas mejor que cualquier crítica. ¡¡Inventar un boicot «activo», «como si» participáramos en las elecciones!! La masa de obreros y campesinos ignorantes y semignorantes participa en las elecciones en serio, pues cree todavía en los prejuicios democrático-burgueses, todavía es prisionera de esos prejuicios. ¡Y en lugar de ayudar a los pequeñoburgueses ignorantes (aun cuando sean a veces «muy cultos») a superar sus prejuicios por su propia experiencia, nos dedicaríamos a mantenemos alejados del Parlamento y a divertimos *inventando* una táctica de la que estarían excluidas todas las vulgaridades de la vida burguesa!

¡Bravo, bravo, camarada B. K.! Con su defensa del antiparlamentarismo, usted contribuirá a matar esta tontería más rápidamente que yo con mi crítica.

12 de junio de 1920. |

NOTAS

[1] Se recordará que Lukács fue comisario del pueblo en educación y cultura en el gobierno de Béla Kun. (*N. del T.*)

[2] Insurrección de la dirección del Partido Comunista de Alemania en marzo de 1921, que terminó con una derrota sangrienta de la clase obrera (*N. del E.*)

[3] K. Marx y F. Engels. *Manifiesto del Partido Comunista* (v. *Obras Escogidas*, Moscú, s/f., t. 1. p. 32).

[4] K. Marx, *Miseria de la Filosofía* (Siglo XXI Argentina, Buenos Aires, 1971, p. 159).

[5] Rádek fue el último en *El desarrollo de la revolución mundial*.

[6] En el prefacio tan frecuentemente malentendido —y en forma intencional— a *La lucha de clases en Francia*, Engels piensa sin duda en esta táctica cuando dice que los partidos del orden se encaminan a la ruina debido a la situación «legalitaria» creada por ellos mismos. El análisis de tal situación es indudablemente llevado a cabo como si se debiese enfrentar una situación defensiva.

[7] Este aspecto se vincula estrechamente con el problema de las ventajas que la llamada división de los poderes otorga a la burguesía.

[8] En el escrito *La lucha de clases contra la guerra* (de 1916).

[9] Véase la propuesta de Max Adler de instituir al consejo obrero como «segunda cámara».

[10] Estas notas quieren solamente iniciar la discusión y no tienen en modo alguno la pretensión de haber resuelto el problema en sus líneas generales. Toda una serie de importantes cuestiones, como la aceptación de nuevos partidos en la III Internacional, no pueden todavía ser tocados.

[11] Para simplificar, se habla aquí solamente del significado económico-político de la nación. Su significado puramente cultural, una cuestión muy compleja, apenas se roza aquí dado que nunca tuvo una gran eficacia en el desarrollo capitalista, presentándose siempre como un pretexto o un eslogan de la verdadera batalla.

[12] R. Luxemburg, *La crisis de la socialdemocracia*. (De este texto de R. L. se ha preparado una introducción que aparecerá en un Cuaderno de PyP dedicado a *La revolución alemana*, *N. del E.*)

[13] Cuando los partidos socialdemócratas (como ahora el húngaro) son ilegalizados, o cuando los comunistas son legalizados (como el italiano) se trata de fases transitorias, nunca de la situación «normal».

[14] R. Luxemburg, *op. cit.*

[15] *Una gran iniciativa*, publicada en Berlín en 1920. Véase Lenin, *Obras Completas*, t. 29, Buenos Aires, Lautaro, 1960, pp. 401-426.

[16] Cf. el artículo del camarada Wladimir Sorlin, «El partido comunista y las instituciones soviéticas» (en alemán), en *Kommunismus*, n. 8-9, 1920, pp. 283 y ss.

[17] Sobre este problema véanse los artículos del camarada B. K. (Béla Kun). «En torno a la Rusia Soviética», en los números 7, 8-9, 21 de *Kommunismus*.

[18] Para la posición de Francia es justamente de decisiva importancia su interés capitalista financiero por Rusia.

[19] *Huelga de masas, partido y sindicatos*. Córdoba. Cuadernos de Pasado y Presente, n. 13, 1970.

[20] *Crítica del programa de Gotha*, en Marx-Engels, *Obras escogidas*, cit., t. II, p.26.

[21] *La ideología alemana*, Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos. 1968.

[22] *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia*. Sobre esto sacontecimientos, v. F. Mehring, *Carlos Marx. Historia de su vida*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1965, p. 167 y ss.

[23] La Internacional 2 y ½ fue fundada en Viena, en febrero de 1921, en la conferencia de partidos y grupos centristas retirados temporalmente de la Segunda Internacional bajo la presión de las masas obreras revolucionarias. En 1923 la 2 y ½ se incorporó a la II Internacional. (*N. del E.*)

[24] F. Engels. *La cuestión de la vivienda, Obras escogidas*, cit., t. I.

[25] Muchos ponen en relación este proceso con la división técnica del trabajo en la industria y plantean la cuestión como si debiese continuar también después del derrumbe del capitalismo. Aquí no podemos examinar este problema, pero basta señalar el hecho de que Marx tuvo una visión totalmente distinta de él: «La división del trabajo en el interior del taller y la división del trabajo en el interior de la sociedad» están en razón inversa la una de la otra: en una sociedad donde está desarrollada la primera, la segunda es atrasada, y viceversa». *Miseria de la Filosofía*, ed. cit., pp. 119-120).

[26] La economía política en cuanto ciencia autónoma es el reflejo de esta situación social. Antes de que tal situación se desarrollara no era ni siquiera imaginable una ciencia económica en el sentido moderno, y con el cese de la primera también deberá cesar necesariamente la segunda. Por consiguiente, concebir las leyes de la economía política como leyes naturales eternas, es decir como leyes válidas en absoluto, es mera ideología capitalista.

[27] Cf. mi artículo «Klassenbewusstsein», en *Kommunismus*, n. 14-15, 1920. (Este trabajo forma parte del libro *Historia y conciencia de clase* [Grijalbo, México, 1969] y fue publicado con el título de «Conciencia de clase» —*N. del E.*)

[28] *La revolución en peligro*, Viena, 1921. El partido que ha publicado este folleto no debe ser confundido con el Partido Comunista de Ucrania.

[29] Véase edición en esp. de Cuadernos de Pasado y Presente n° 31. (Córdoba, 1972).

[30] Véase este texto de Gramsci en Cuadernos de Pasado y Presente n° 19, *Gramsci y las ciencias sociales*, Córdoba, 1970.

[31] Véase, sin embargo, las notas de Marx respecto de la esclavitud en los Estados del Sur de los EE.UU. (*Elend der Philosophie*, pp. 93-94 [en esp. *Miseria de la Filosofía*. Siglo XXI. Buenos Aires, 1971, pp. 93-94] donde el aspecto puramente técnico es considerado solo como un momento de la totalidad de los procesos económicos y sociales.

[32] Lukács dio una conferencia en el congreso internacional desarrollado en la Casa de la Cultura de Milán entre el 18 y el 21 de diciembre de 1947, sobre el tema «El pensamiento marxista y la cultura contemporánea». Una parte de esta conferencia fue publicada por la revista *Società* (1947, N° 5).

[33] G. Lukács, «Carta al señor Carocci», publicada en *Nuovi Argomenti* N° 57-58. 1962; ahora incluida en: G. Lukács, *Marxismo e política culturale*, Turín, Einaudi. 1968. p. 123.

[34] Véase la conclusión del escrito «Sul dibattito fra Cina e Unione Sovietica» (1963) en *Nuovi Argomenti* N° 61-66, 1963-64, ahora incluido en *Marxismo e politica culturale*, cit.

[35] Encontramos un planteo distinto y (a mi parecer) más correcto en el artículo «Octubre y la literatura», publicado en el *Contemporaneo-Rinascita* de octubre de 1967 (cfr. G. Lukács. *Il marxismo nella coesistenza*, Editori Riuniti, Roma, pp. 42-43).

[36] G. Lukács, «Mi camino hacia Marx», *El joven Lukács*, Córdoba, Cuaderno de Pasado y Presente N° 16, 1970.

[37] G. Lukács, *Il significato attuale del realismo critico*, Einaudi, Turín, 1957, p. 8. (Hay ed. en esp.) Naturalmente que para Lukács se trata «de un falso sistema de ideas que se constituyó poco a poco», como se lee en la citada *Lettera al signor Carrocci* (v. *Marxismo e politica culturale*, citado, p. 129).

[38] G. Lukács, *Contributi alla storia dell'estética*, Feltrinelli, Milán, 1966, 1ª edic. 1957, p. 9. (Hay edic. en esp.)

[39] G. Lukács, *Il significato attuale del realismo critico*, cit., p. 144. (Hay ed. en esp.)

[40] G. L.: Gyorgy Lukács, miembro del Partido Comunista de Hungría [*N. del E.*].

[41] B. K.: Béla Kun, comunista húngaro, organizador y dirigente del poder soviético de Hungría en 1919 [*N. del E.*].

AL LECTOR

La Editorial quedará muy agradecida si le comunica su opinión de este libro que le ofrecemos, informa de erratas, problemas en la traducción, presentación o de algún aspecto técnico, así como cualquier sugerencia que pudiera tener para futuras publicaciones.

Los artículos incluidos en este volumen cubren un período que va desde la entrada en vigor del tratado de paz en enero de 1920 hasta el III Congreso de la Internacional, en julio de 1921. El centro es el III Congreso: el tema de la organización revolucionaria europea y la lucha política en torno a esto. La escisión del KPD, la escisión de la USPD, el VKPD, la crisis del SPD en la primera mitad de 1919 —y todo esto a la luz de la crisis de conjunto del «sistema weimariano», irreversible luego del *putsch* de Kapp—, tales son los acontecimientos analizados en los diversos artículos incorporados por Lukács a la revista. *Kommunismus* encarna la lógica de la izquierda comunista europea frente a estos acontecimientos: una determinada interpretación de la línea del II Congreso, como línea de la autonomía comunista, de la «educación» de la conciencia comunista «pura». Su silenciamiento después del III Congreso fue inevitable.

Además del mencionado artículo de Lenin, incluimos como apéndice el texto de la última entrevista concedida por Lukács, precedida de una introducción de Cesare Luporini donde se destacan la fecundidad aún no agotada del pensamiento de Lukács y su intento por desarrollar la teoría en momentos de marcado estancamiento teórico a pesar de las ricas experiencias prácticas del proletariado, en suma el papel que un gran intelectual desempeñó frente al proceso histórico.

